

Náufragos españoles en tierra maya

Reconstrucción del inicio de la invasión



Luis Barjau

NÁUFRAGOS ESPAÑOLES EN TIERRA MAYA
RECONSTRUCCIÓN DEL INICIO DE LA INVASIÓN

COLECCIÓN HISTORIA

•

SERIE ENLACE

NÁUFRAGOS ESPAÑOLES EN TIERRA MAYA
RECONSTRUCCIÓN DEL INICIO
DE LA INVASIÓN

Luis Barjau

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Barjau, Luis.

Náufragos españoles en tierra maya: reconstrucción del inicio de la invasión / Luis Barjau. – México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011.

160 p.: il., fotos; 26 cm. – (Colección Historia; Serie Enlace).

ISBN: 978-607-484-200-5

1. Aguilar, Jerónimo de, 1489-1531. 2. Guerrero, Gonzalo, 149?-1536. 3. Exploradores españoles – Naufragios. 4. Exploradores españoles – Asimilación cultural. 5. Mayas – Primer contacto con europeos. 6. Mestizaje – Yucatán – Historia. 7. Yucatán – Historia – Descubrimiento y exploración. 8. América – Descubrimiento y exploración – Españoles. I. t. II. Serie.

LC: F1437 / B37

Primera edición: 2011

D.R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia

Córdoba 45, Col. Roma, 06700, México, D.F.

sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición
son propiedad del Instituto Nacional de Antropología e Historia

ISBN: 978-607-484-200-5

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de esta edición.

Impreso y hecho en México.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción | 9 |
| PRIMERA PARTE | |
| La España del siglo XVI | 21 |
| El mundo maya | 35 |
| Los españoles en las Antillas | 42 |
| El naufragio y la suerte de los sobrevivientes | 49 |
| Jerónimo de Aguilar | 54 |
| Gonzalo Guerrero | 60 |
| Los tres viajes a Mesoamérica: Hernández, Grijalva y Cortés | 81 |
| Francisco Hernández de Córdoba | 81 |
| Juan de Grijalva | 87 |
| Hernán Cortés | 93 |
| Aguilar y Guerrero ante Cortés | 99 |
| SEGUNDA PARTE | |
| El conquistador y el indiano | 107 |

| | |
|---|-----|
| Efectos contemporáneos | 111 |
| Dos versiones desniveladas y equidistantes en el tiempo | 139 |
| Fray Joseph de San Buenaventura y Cartagena | 139 |
| Fernando Savater | 147 |
| Conclusiones | 153 |
| Bibliografía | 155 |

INTRODUCCIÓN

El estado de Quintana Roo, último en el país en cuanto a su integración con ese *status* político, es hoy una entidad pujante con un ritmo de cambio social vertiginoso, en principal medida, a causa del desarrollo del turismo de la así nombrada *Riviera Maya*.¹ Es una entidad apresurada por validar su identidad como ámbito histórico y social a partir de sus hechos particulares: ocupar el primer territorio del país, de sureste a noroeste; haber recibido españoles por vez primera en suelo mesoamericano; haber sido sede de los primeros sitios castellanos nombrados y fundados en el lugar; haber sido escenario del primer rito cristiano de la misa católica y, lo que es de mucha importancia, haber sido cuna del mestizaje nacional a partir de la pareja que foman el náufrago español Gonzalo Guerrero y una mujer principal de Chetumal con quien procreó los primeros hijos mestizos de Mesoamérica.

Por eso es relevante observar el proceso de identidad que urge al lugar, factor que matiza a nivel de las costumbres la singularidad regional frente al embate vigoroso de la globalización moderna. La respuesta a la pregunta *¿quiénes somos?* a escala regional cobra sentido más allá de las disquisiciones antropológicas de orden étnico y también más allá del imperativo quizás inevitable de la modernización en el sentido de las economías de mercado universales con su pujanza y sus lastres.

Fue la zona maya en el sureste de la península el escenario cultural que vio el enfrentamiento de dos mundos que habían permanecido por

¹ Litoral maya, en términos formales.

milenios separados. Los mayas dinámicos, refundando sus capitales en la costa oriental, fueron los primeros indígenas que presenciaron perplejos el arribo de naves extrañas sobre el mar, que traían seres nunca vistos ni imaginados. De esos primeros contactos destaca la presencia de un puñado de hombres en una barcaza, que llegó a Cabo Catoche o a Tulum, llevando en soleada mañana una decena de naufragos moribundos a sus costas. Esa escasa presencia habría de ser sin embargo la señal y la punta de lanza de la histórica invasión hispánica en la antigua formación social mesoamericana.

De los extenuados naufragos habrían de sobrevivir en tierra dos personajes: Jerónimo de Aguilar, que sería la llave lingüística para la flota que comandó Hernán Cortés en todo el territorio, porque traducía del maya y, a través de la Malinche, del náhuatl, puente que permitió la comunicación con todo Mesoamérica. El otro fue Gonzalo Guerrero, que permaneció entre los mayas de Chetumal, se convirtió a la religión y a la cultura locales, y procreó a los primeros mestizos históricos con una mujer de la tierra. Ambas figuras invisten las dos formas o fenómenos posibles de aproximación en los albores de la nueva realidad nacional que fue fruto del encuentro de los indígenas y los conquistadores en el siglo XVI.

En 1511, el expedicionario Diego de Nicuesa disputa en Panamá con Vasco Núñez de Balboa y decide ir a informar sobre el suceso al virrey gobernador de Las Antillas, Diego Colón, que se había asentado en Santo Domingo. Pero en este viaje naufragó su nave por una tormenta y los sobrevivientes se embarcaron en un batel: 20 marineros entre los que se contaba al propio Nicuesa, un marinero de Palos llamado Gonzalo Guerrero y un seminarista de Écija de nombre Jerónimo de Aguilar. Todos fueron a atracar por el mal tiempo a las costas de Yucatán. Muriieron 18, entre ellos Nicuesa. Se salvaron los célebres Aguilar y Guerrero. El primero fue esclavo de un cacique maya en un pueblo aún no localizado que se halla entre Cancún y Akumal y al que un cronista se refirió con el nombre de Xamancona. Gonzalo Guerrero vivió en Chetumal, la antigua Chaacte'mal de las fuentes, cuyas ruinas probablemente correspondan a la zona arqueológica llamada Oxtankah. Y vistas las aptitudes de Guerrero como marino, pescador y soldado, andando el tiempo el cacique del lugar lo casó con una de sus hijas y así se convirtió

en un principal de la zona; se tatuó, se horadó, vistió ropaje del lugar: se volvió un converso de la religiosidad y el mundo maya por haberse integrado a los estratos altos de aquella sociedad.

Aguilar vivió ocho años en el norte de la península antes de que lo rescatara Hernán Cortés en 1519. Guerrero decidió permanecer en su nuevo mundo para siempre, tuvo hijos con su mujer maya, nada menos que este matrimonio debe ser considerado, como se dijo, el procreator del mestizaje mexicano, inicio de la ulterior mezcla genética, masiva, en la población universal.

Jerónimo de Aguilar fue elemento clave en la comunicación de la gente de Hernán Cortés con el mundo indígena. A través de él, primero, los españoles se comunicaron con los mayas, comerciaron y pactaron con ellos. Hasta Centla, en las riberas del Grijalva en Tabasco, todavía era el traductor único. Y allí precisamente aparece la célebre Malinche, que hablaba maya pero también náhuatl. En San Juan de Ulúa Jerónimo y doña Marina triangularon la comunicación del náhuatl al maya y al español e hicieron posible que Hernán Cortés se comunicara con todo el mundo indígena.

La historia de los dos famosos naufragos del siglo de la Conquista consta en crónicas y documentos antiguos que detallaron su acción y su importancia del mejor modo posible. Esa información está dispersa en muchos libros antiguos y en documentos de archivo, pero además hay una fuente que nunca se ha consultado: el recorrido de los sitios donde vivieran los naufragos y, de especial importancia, la exploración de la memoria que en la actualidad puedan conservar los lugareños. La forma de subsistencia de esta memoria (es probable que hoy esté limitada a ciertos reiterados recuerdos de leyendas) constituye una fuente inapreciable para reconstruir la historia, para observar los procesos de construcción ideológicos en la zona y para contar con otro paradigma narrativo que permita la comparación con otras fuentes.

El estudio de estos dos españoles que permanecieron sin ningún otro contacto ocho años entre los mayas y que aprendieron a profundidad la lengua y las costumbres indígenas, es idóneo para mostrar: *a)* la comunicación entre los dos mundos en contacto (eso a través de Aguilar y de la Malinche, actuantes en la ruta de Cortés); *b)* una forma profunda de integración de un español en el “Nuevo Mundo” (el caso de



Figura 1. Procesión del día de La Santa Cruz. Foto del autor.

Gonzalo Guerrero), y c) el mestizaje. Son estos los puntos constitutivos de mi estudio que con la exploración del Caribe ofrecerán un ejemplo de la integración y el surgimiento de la identidad latinoamericana. Así mismo, ofrece una ocasión para el estudio comparativo con similares fenómenos culturales que ocurrieron en otras latitudes del continente.

Me he propuesto elaborar este nuevo libro sobre esos viejos hechos. He integrado un compendio de información bibliográfica ya existente, junto a la información actual recogida en varias comunidades del estado de Quintana Roo, correlacionándola y estudiándola en su, seguramente, compleja confrontación.

Examinaré hasta qué punto coincide la información histórica con la etnográfica actual obtenida de una temporada de campo en la cual se aplicó el método de la historia oral, es decir, con entrevistas a informantes clave, grabaciones de imagen y orales, pesquisas de otros recursos geográficos y semióticos.

Si es verdad que (como opinara Octavio Paz) México es un país occidental, aunque de la periferia, sería incuestionable que su historia y sus luchas, la fiebre que lo ha llevado a erguirse como una nación, han sido muy distintas de las de cualquier país europeo.

Hablo aquí de “nación” en el sentido que imprimiera al término Ortega y Gasset,² es decir, como una “intimidad” (agrego que como una noción) nueva en el concierto cultural del mundo.

Así, la especificidad mexicana estribaría en primer término en el hecho histórico de que sus procesos y el resultado final serían expresiones de la lucha del “paganismo”, propio de la religiosidad mesoamericana, contra el cristianismo. Hasta hoy perdura esa lucha inconsciente contra todas las ideologías de la concepción de la sociedad jerarquizada y patriarcal del cristianismo. O sea: el mestizaje cultural mexicano como un producto histórico cristalizado con ese trasfondo, que también se relaciona en forma pugnaz con las ideologías comunes de la concepción burguesa europea. Pero esta herencia se transformó en un ingrediente popular.

Veamos: ni la muy tardía Guerra Cristera, iniciada en el Bajío en 1923, ni los embates ideológicos actuales de la élite gobernante son fases discontinuas de la gesta evangelizadora de la conquista que iniciara en grande Hernán Cortés en la segunda década del siglo XVI. Antes bien, hay un eje *civilizatorio* que atraviesa todas las vicisitudes históricas a lo largo del tiempo y que arrancó del encuentro con los reinos indígenas milenarios del territorio; toda iniciativa política y todo trance histórico de la nación están signados por aquella arcaica dialéctica.

La conquista, amén de la guerra por el poder y por el oro, también fue la empresa evangelizadora de los antiguos cruzados cristianos.

Mientras Pánfilo de Narváez desembarcaba en las costas veracruzanas en 1520 con objeto de garantizar la unidad de la conquista en manos de Carlos I, Hernán Cortés derribaba personalmente los ídolos del Templo del Sol de Tenochtitlan, repartiendo barretazos a diestra y siniestra con una loca energía que no dejaron de apuntar los cronistas.

Mientras el general Lázaro Cárdenas expropiaba el petróleo en 1938 de manos de las compañías europeas, Salvador Abascal (padre del secretario de Hacienda en el régimen de Fox), jefe del sinarquismo nacional,

² José Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven*, 1962, pp. 132-133. La nación es “las secretas ilusiones y las secretas angustias de la vida de un pueblo [...] Una nación es una intimidad, un repertorio de secretos, en un sentido prácticamente idéntico a lo que pensamos cuando hablamos de la intimidad de una persona, del arcano solitario e impenetrable que es toda vida personal”.

restauraba la pausa anticristiana más radical que ocurrió en Tabasco bajo el delirio (hoy visto así) del gobernador Tomás Garrido Canabal.

La noción mexicana: pugna entre la Iglesia católica y los ídolos locales; después, entre un liberalismo justiciero de inspiración igualitaria y su reacción conservadora, con todos los matices que es posible agregar a cada una de dichas concepciones en las que, a tramos, ambas han ido adoptando elementos de los principios de su contrario para, al arribar a una cierta coyuntura de conveniencia, abandonarlos. Todo ello ante la constante invariable del imperio librecambista.

Lo esencial de la lucha por establecer en Mesoamérica una nación occidental basada en lo moral en el catolicismo y en lo económico en el mercantilismo, tiene origen en la evangelización de los reinos indígenas del territorio. Ésta empezó en el sureste. Primero en la isla de Cozumel, después en Centla (Frontera, Tabasco), después en Veracruz, luego en Tlaxcala, en Cholula y en Tenochtitlan, centros culturales de especial importancia.

En este libro me propongo reseñar el primer capítulo de toda esa historia: los hechos acaecidos en la isla de Cozumel y en sus alrededores de la tierra firme; esos primeros hechos que otorgan la inicial impresión de la historia mexicana, que habremos de conservar como ocurre cuando nos enfrentamos por primera vez a una persona que será compañera de ruta en nuestra vida. La historia de la nación mexicana empieza con el encuentro de los españoles con los mayas. Las vicisitudes históricas de los pueblos indígenas previas a este contacto son antecedentes múltiples de la nación referidos a esos reinos antiguos que configuraron un mosaico cultural que es difícil de penetrar con exactitud, y lo es, en primer lugar, porque carecemos de noticias que ellos mismos escribieran sobre su pasado; en segundo lugar, porque dicho mosaico estuvo constituido por diversos reinos unas veces separados entre sí, otras francamente enemistados, que no llegaron a configurar una sola nación, aunque hubiera alianza y dominación de vastos territorios. Así, México-Tenochtitlan ejerció presión militar sobre Texcoco y Tacuba, con quienes se alió, y esta alianza sometió a los reinos del centro, del sur y del sureste hasta las fronteras del mundo maya.

Antes de eso el mundo maya se había estructurado en forma de reinos independientes, formación social que dificultó la penetración de los

españoles. En los inicios que mencionan crónicas y documentos como el *Chilam Balam*, se refiere que la cultura maya reconoció cuatro figuras originarias o padres tutelares, los *balames*, identificados con el tigre o jaguar.

Es notable que estos cuatro patriarcas ancestrales se identificaran con esa suerte de referente totémico que resultó ser el jaguar, representación del poder de la violencia, donoso y ondulante entre el follaje oscuro y húmedo del trópico.

Los españoles, pues, primero se enfrentaron con este extraño pueblo, refinadísimo en artes plásticas, sobre todo escultóricas de altorrelieves, y en ciencia astronómica, a la vez que selváticos. Quizá de estos contrastes derive la especificidad de la civilización maya, a más de su arcaísmo cultural respecto de la Europa monárquica del siglo XVI.

La persistencia de la multiplicidad de reinos en la selva del área maya y la ausencia de un poder jerárquico unitario, así como la escasez del oro en comparación con el que había en el mundo nahua del centro montañoso, fueron factores que propiciaron la resistencia maya ante el embate conquistador, que duró hasta la Guerra de Castas de mediados del siglo XIX. El itzá fue el grupo maya más radical. Heredero de las rancias tradiciones de la ciudad de Chichén Itzá, replegado en las arduas selvas de Tayasal en el sur de la península, donde subsistió como el último que se negó a la desaparición de sus tradiciones y costumbres ancestrales, y la defenestración de sus dioses nacidos de la selva. La dinastía de los Canek, *balames* o atigrados, fue la de los últimos *halach uinic*, sometidos por los invasores ya entrado el siglo XVIII.

El felino serpenteante entre rocas y ramas, dorado y signado de negro, que habitaba desde el centro de México hasta Sudamérica y que hoy está casi extinto, fue venerado y esculpido en piedra desde la antigüedad olmeca hasta el imperio mexica. El tigre místico, exterminado por la civilización occidental.

La España de finales del siglo XV asumió simultáneamente el liderazgo católico y emprendió los grandes descubrimientos geográficos. Bajo la guía de Isabel y Fernando, reyes de Castilla y Aragón, se impuso eliminar del panorama peninsular a moros y judíos que amenazaban con perturbar, con sus propias ideas religiosas, el panorama cristiano en donde tendría cabida su gran imperio paneuropeo que culminó con el



Figura 2. Reproducción de un jaguar en El Cedral.

liderazgo de Carlos V en el siglo siguiente. Cristóbal Colón realizó cuatro viajes a América y estableció el control de las Antillas y de la costa occidental centroamericana a la altura del golfo del Darién. Estas posesiones fueron la trinchera desde donde se conquistó Mesoamérica en el siglo XVI.

El naufragio de un bergantín de Juan de Valdivia que hacía la travesía de las costas de Panamá hacia la isla de Santo Domingo y después el de un batel que sobrevivió tras el desastre y que fue llevado por la corriente hasta la costa norte de la península de Yucatán en 1511, capitaneado por Diego de Nicuesa, así como los viajes de Francisco Hernández de Córdoba en 1517, de Juan de Grijalva en 1518 y de Hernán Cortés en 1519, pusieron fin al aislamiento secular de los reinos indígenas mesoamericanos y dieron pie a la creación ulterior de las naciones americanas.

Esta historia prosiguió con las configuraciones nacionales. La intervención inicial de España en Mesoamérica creó un modelo de interrelación entre Europa y América. Ese modelo estuvo integrado estructu-

ralmente por los primeros episodios de conexión entre los españoles y los mayas y en él se definieron las formas mismas de la trazón de ambas civilizaciones. El primer capítulo de dicha conexión en territorio maya se escribió con la saga de los naufragos Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, junto a las primeras hostilidades bélicas de los tres primeros viajeros, Hernández, Grijalva y Cortés, en el vasto territorio de los mayas.

Los naufragos nombrados fueron verdaderos prototipos de españoles que, con su actitud, definieron el espíritu de la empresa conquistadora y de la reestructuración de las sociedades en Mesoamérica. Uno propició la comunicación con los reinos locales, conservó su espíritu de seminaria católico y se empeñó en la empresa transformadora de la cristianización. El otro fue un converso hacia el “paganismo” y peleó hasta la muerte tras su integración a la cultura indígena.

El estudio, pues, de ambas figuras es fundamental para entender la repercusión mundial de la conquista española como promotora de la interacción cultural; de la interrelación idiosincrásica, en fin, de la configuración de antecedentes para nuevas naciones.

La diferencia entre Occidente y Mesoamérica era abismal; abismo que se subsanó no obstante con el entrelazamiento físico-cultural, creando una nueva planicie que hoy es transitable.

Pero mientras Europa comenzaba a buscar su unidad política en función de una monarquía expansionista que tendía a unir conglomerados de muy diversas lenguas sobre la base de un modo de producción común, con religión de un monoteísmo hegemónico, Mesoamérica se integraba y desintegraba en un mosaico de muchos reinos con una alianza central que avanzaba gracias a la dominación militar que imponía un régimen tributario, politeísta y sacrificial; sin escritura gramatical, por lo tanto sin una historia acumulada en documentos y volúmenes escritos: sin memoria fija y, en su lugar, otra memoria mítica, fundada en la repetición oral. Occidente racionalista y progresista, apurado en la vorágine del cambio en el Otro perfeccionándose; Mesoamérica mitológica y conservadora, ritualizando el modo de ser idéntica a sí misma. El encuentro por lo tanto de estas entidades polares no podía ocurrir sino en arrebatos catárticos y en modo alguno como en continuidades discursivas determinadas por la negociación transparente.

Las sociedades indígenas que cruzaron su tiempo en el rito de su unicidad, después en la confrontación con la España en tránsito del Feudalismo al Renacimiento, que abreviaba ya su interés total en el fetiche del dinero, resultaron arcaizantes y autoconsumidoras.

España rezaba la búsqueda de su contrición en la reglamentación moral del cristianismo; Mesoamérica loaba el cosmos proponiéndose como alimento del mismo para garantizar su identidad.

PRIMERA PARTE

LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

En la España previa al siglo XVI existía toda una tradición de mestizaje cultural y genético que en nadie parecía despertar la menor inquietud. Si para la casta nobiliaria existen muchos testimonios, para los estratos populares, donde escasean, dicha tradición era sin duda mucho más intensa. Fue sólo después de la expulsión de judíos y moros cuando surgió la obsesión de la “limpieza de sangre” como una condicionante del prestigio social. Pero tal “limpieza” se refirió en un principio al hecho de poder demostrar que los antepasados de un individuo eran cristianos viejos. Y no aludía precisamente a relaciones interétnicas de mestizaje. He aquí algunos datos de convivencia intercultural a propósito de la nobleza:

Ramiro II, rey de León y muerto en 950, procreó con una princesa mora a su hijo Alboazar Ramírez, quien fuera sujeto de mucho renombre en la Reconquista, al punto de haber sido llamado El Cid cien años antes que el legendario Rodrigo Díaz de Vivar.¹

La seglar presencia de los judíos en España no estimulaba ninguna atención particular. En cierta ocasión el papa Paulo IV, que censuraba *sottoovoce* a Carlos V y a su hijo Felipe II, llamó a los españoles “la simiente de los infieles y judíos”. Alfonso V, quien fuera el abuelo de Alfonso VI, era comúnmente llamado por los moros *Adfunch-Ibn-Barbariya*, es decir, Alfonso hijo de mujer berebere. Y don Sancho, el hijo del propio Alfonso VI, fue procreado con una princesa mora.²

¹ Tyler Royall, 1987, p. 19.

² *Idem*.

Se dice que en Carlos V corría más sangre española que otra cosa aunque procediera de Flandes, y asimismo se reconoció en él un raigón francés proveniente no sólo de los Plantagenet incrustados en la realeza española y quienes siempre se consideraron franceses, sino por su descendencia por tres ramas de la casa Valois, como fueron los duques de Borgoña, de Borbón y de Berry.³ Por su parte, los antecesores de los reyes de Castilla eran llamados españoles de origen visigótico, esto es, con sangre de godos pero simultáneamente otro ascendiente moro fue don Hernando Alonso de Toledo.

El verdadero y más reputado fundador de la genealogía hispánica, don Pedro, conde de Barcelona (muerto en 1346), él mismo hijo ilegítimo del rey Denis de Portugal, escribió su célebre *Nobiliario*, que no se imprimió sino hasta 1640 pero que antes circuló discretamente en forma de manuscrito. En éste, a fuerzas rancio volumen, se menciona a Ruy Capón, quien fuera almojarife (puesto moro sobresaliente cuyos designados no podían ser completamente cristianos) y recaudador de impuestos de la reina Urraca, hija de Alfonso VI. La edición príncipe del *Nobiliario* omite hablar de la familia Ruy Capón, pero ya en la segunda edición de 1646 se incluye una nota (comienza a pesar ya la “limpieza de sangre”) que niega expresamente que Capón fuese judío. Y afirma que el pasaje de los primeros manuscritos que hacía tal referencia había sido omitido desde las primeras ediciones impresas. Pero fue un lugar común por duplicado la identidad de Ruy Capón como judío y como antecesor de las más ilustres casas españolas.⁴

María Roiz, hija de la reina Urraca y nieta por tanto de Alfonso VI, se casó con don Gonzalo Páez Tavera. Y por los Correa y Portocarrero dio origen a familias nobles e incluso reales.

Pero en América la descendencia mestiza se convirtió en el paradigma de la ilegitimidad. El gobernador de Cuba Diego Velázquez, representante real en las islas, dio expresamente a Cortés un documento que prohibía entre otras muchas cosas el comercio sexual con las mujeres de la tierra.⁵

³ *Ibid.*, p. 18.

⁴ *Ibid.*, p. 20.

⁵ “Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés”, Santiago de Cuba, 23 de octubre de 1518, en José Luis Martínez, 1993, pp. 45 y ss.

Alonso Hernández Portocarrero, acompañante de Cortés durante el viaje a México de 1519, personaje sobre el cual el conquistador tanto porfió a fin de ganar su anuencia por sus orígenes de hidalgo y por ende por su supuesta influencia en los negocios de España, provenía de notables familias. A este Hernández le regaló Cortés a la Malinche en la Villa Rica de la Vera Cruz, y además lo comisionó, junto con Diego de Ordaz y Francisco de Montejo, para llevar las primeras noticias y, sobre todo, elemento de mayor persuasión para el rey dilapidador, los primeros tesoros que enviaba Moctezuma como regalo. Cortés regalaba a la hermosa Malintzin al hidalgo español acaso con la doble intención de recordarle las bondades paganas que Isabel y Fernando prohibieron tan drásticamente.

“Cata Francia Montesinos”, había chanceado Hernández Portocarrero a oídos de Cortés a su llegada a Veracruz recordándole el recurrente *Romancero*:

cata París, la ciudad,
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar.

Entre otras cosas (porque hay más de una interpretación de este asunto), el noble Hernández advierte primero con el sentido de los dos primeros versos, que es necesario observar la singularidad y el esplendor del mundo que aparece a sus ojos como una oportunidad. Esta interpretación está confirmada por el propio Cortés que contesta que con gente importante como él, Hernández, bien sabrá aprovechar la oportunidad.⁶ Con el sentido de los versos restantes se tiene que aceptar que se alude metafóricamente al hecho del destino: como la naturaleza del Duero al desembocar en el mar es la llegada (imparable) de Cortés al Nuevo Mundo.

En 1560, don Francisco, el cardenal de Mendoza y Bobadilla y obispo de Burgos, tío materno de Felipe II escribe desde Chinchón al rey que-

⁶ Alonso Hernández Portocarrero remató así su cita del *Romancero*: “Yo digo que miréis las tierras ricas y sabeos bien gobernar”. Hernán Cortés respondió con admirable agilidad: “Denos Dios ventura en armas como al paladín Roldán. Que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender”. Bernal Díaz del Castillo, 1983, cap. XXXVI, pp. 87-91.

jándose por no haber sido admitido en una orden militar “porque no tenía sangre azul”. En su incómoda carta citaba en su defensa a don Pedro, conde de Barcelona, para demostrar que todos los Grandes de España tenían antecesores judíos e infieles. La carta se volvió un documento clandestino que circuló con el título de “El tizón de la nobleza”, y en ella se evidenciaba que si Pachecos, Portocarreros, Enríquez, Mendoza y Bobadillas tenían sangre hebrea, también la tenía el propio rey. De este “Tizón de la nobleza” hay una copia en los archivos de Toledo y de ella se sacaron tres más en el siglo XIX, que hoy resguarda la Biblioteca Nacional, en Madrid.

La propia tatarabuela de Carlos V, Alejandra, hija de Oldgerd Jagellon, príncipe de Lituania, nació y creció como pagana. Suárez de Toledo, otro antepasado del rey vía Fernando de Aragón, procedía de la casa imperial bizantina de Paleólogo, así como el emperador Federico III (abuelo de Felipe el Hermoso) era mezcla de alemán, lituano, polaco e italiano. Se habló mucho también del origen troyano de la casa de Austria, que conservaba sus armas primitivas: cinco alondras de oro iguales a las de Troya.

Cuando se conquistó México, el gran historial de mestizaje, que habiendo campeado entre la nobleza y el pueblo español y después reprimido vergonzantemente por complejas razones sociales y en particular por razones religiosas, hallaba en las tierras recién descubiertas un campo nuevo donde replantear con matices distintos los viejos estigmas y sobre todo los prejuicios del pasado español, pero vueltos férreas ideologías.

Al conquistar México los españoles advenedizos que entraron por la costa de Chalchiuhcuecan (Veracruz) mostraban la faz estupefacta, pero violenta y decidida, de quienes observan al infiel que hay que someter y redimir de su equívoca historia luciferina. De entrada, la ambigüedad hispana se movió a solas en el Nuevo Mundo lejos de la vigilancia inquisitorial, entre dos parámetros o actitudes explicables: era cierto por un lado que enfrentaban un mundo pagano, que en la península ibérica existía ya la convicción ideológica definida de que el bárbaro, el extranjero, como resultarían catalogados moros y judíos, eran los enemigos de la cristiandad que entonces lideraban los reinos de Castilla y Aragón. Y así los mesoamericanos eran para ellos pueblos de idólatras. Pero por otro lado, los recién llegados se encontraban también en el mismo

mundo impío que les había sido tan cercano por nueve siglos de dominación árabe, la presencia familiar de los judíos y un pasado más lejano de siglos góticos, visigóticos, bizantinos y romanos. Se contraponía la convicción imperante del emperador Carlos, el líder del cristianismo que dominaba el mundo europeo, con la larga tradición de peninsulares multiculturalistas. Pero Cortés y sus hombres, un segmento de temerarios y esforzados aventureros, actuaban lejos de la metrópoli frente a un mundo que creían necesario dominar de cualquier manera. Las consignas religiosas, morales y legislativas de la Corona hispana fueron olvidadas con frecuencia y en su lugar se adoptaban formas locales de comportamiento con el pragmatismo necesario para llevar a cabo sus propósitos. La primera desobediencia fue la cohabitación con las mujeres tropicales, de modos jamás vistos. El joven Cortés fue el primero que transgredió esa norma, en las islas, donde vivió siete años y tuvo una hija con una mujer taína; bautizó a la niña con el nombre de su madre, Catalina, y asignó a su concubina el de su abuela materna, Leonor. Este es un dato asombroso. Las prohibiciones escritas con las que el gobernador de Cuba instruyera a Hernán cuando salió rumbo a Yucatán fueron rápidamente y en alta medida olvidadas, pues era impráctico sobrellevar los usos, costumbres, leyes y creencias de España frente a un mundo que aparecía ante sus ojos no sólo como alucinante, sino que lo obligaba constantemente a entrelazarse con él si lo habría de comprender y dominar. La ambigüedad de Cortés se expresaba pues frente a un mundo simultáneamente deseado y repudiado, pero sobre todo ambicionado por sus riquezas.

Cuando llegaron a España las primeras noticias del descubrimiento y conquista del reino mexicano, Carlos V visitaba la península ibérica por vez primera. De modo que ni México ni el Perú exaltaron en nada su imaginación. En cambio, el centro de su preocupación en ese trance fue la venganza de la injuria a la fe cristiana perpetrada por los turcos que habían tomado Constantinopla. Perdía un reino colosal: el infiel avanzaba rompiendo las fronteras de su mundo cristiano.

Con Carlos, la Europa posfeudal había encontrado (toda proporción guardada: igual que Mesoamérica bajo el imperio de Moctezuma) el ensueño de su potente unidad. En su caso, indispensable para enfrentar África, el Medio Oriente y ahora las Nuevas Indias. Pero el rey llegó a

Zaragoza en enero de 1519 y siguió rumbo a Cataluña, donde permaneció a lo largo de un año; mientras que Cortés en su “modesta” empresa desembarcaba en la isla de Cozumel. En marzo de 1520 Carlos estaba de vuelta en Valladolid, después iría a Galicia. Reunió a las Cortes en La Coruña como acción inicial de su reinado en la península, pero regresó a Flandes el 20 de mayo de ese mismo año. De modo que durante su visita a España solamente estuvo seis meses en Castilla, nueve en Aragón y doce en Cataluña. Y en su breve estancia en Castilla impuso como regente a su tutor y consejero personal, Adriano de Utrecht, y a una flota de funcionarios borgoñones. Chièvres, por ejemplo, propició que se celebraran las Cortes en Galicia para poder escapar con la fortuna que había acumulado en Castilla como producto de la venta de altos puestos que realizara personalmente. Los castellanos se sintieron menospreciados y estalló la revolución de los comuneros como respuesta a la injusticia de los borgoñones y a la indiferencia del rey. Pero en Austria también surgieron desórdenes similares a los de las comunidades de España, y el eterno rival, el rey de Francia Francisco I, quien luchó contra Carlos durante diez años, aprovechó la rebelión de las comunidades para declarar la guerra. Cuando el rey regresa a Castilla en 1522, allende el océano se había consumado ya la caída de México-Tenochtitlan, un hecho perdido e indiferente en buena medida para el monarca que no imaginaba esa gesta ocurrida en remotas tierras recién exploradas.

Las alianzas de familias estabilizaron el sur y el este de los extensos estados germanos, pero Carlos se ocupaba del problema más grave: Francia.

Durante su primera visita a España había muerto Le Saurage, su brazo derecho borgoñón, y habría de ser reemplazado por Mercurino Gattinara, que no era su incondicional y se manejaba con gran perspicacia política para beneplácito de los castellanos, pero que a su vez ofrecía al rey sus brillantes planes de unificación europea. Carlos había sido elegido rey de Romanos (rey de Alemania) y emperador en Francfort el 28 de junio de 1519. Y el otro gran problema interno de su liderazgo católico fue el cisma cristiano causado por la Reforma luterana que obligaba al rey a dedicarse a la unificación de Alemania, lo cual exigió como primera medida la firma de un edicto contra Lutero. Eran demasiadas amenazas: la externa de los turcos, la interna del luteranismo y la

indeclinable rivalidad francesa para que el rey se ocupara de los problemas de inciertos reinos que se hallaban más allá del océano. El 22 de abril de 1521, cuando empezaba el asedio a la ciudad de México, Francia había declarado la guerra al emperador. El 9 de enero de 1522, Adrian Dedel Florizoon de Utrecht, tutor de Carlos y regente de España, fue electo papa con el nombre de Adriano VI, pero murió un año y ocho meses después, el 14 de septiembre de 1523. Lo sucedió Clemente VII (quien legitimó al hijo que Hernán Cortés tuvo con la Malinche), personaje que causara al rey Carlos V infinidad de problemas en sus propósitos políticos.

La magia y la guerra son instancias de viejo cuño interconectadas. Muchas culturas de la antigüedad han presenciado su misteriosa amalgama. Pitonisas y oráculos formularon presagios de guerra en la antigua Grecia. De finales del siglo XV se conservaron sus populares profecías, cuando Carlos VIII de Francia (1493) preparaba su expedición a Italia. Se le adelantan las creencias y se conserva hasta hoy que se habló en Abulia de la aparición de tres soles simultáneos. Que cerca de Arezzo surcaban el cielo unos guerreros a caballo. En los templos sudaban las imágenes sagradas. Todo ello presagiaba grandes males para Italia. Y hubo un antecedente remoto también de mucha importancia: Séneca, el trágico latino nacido en Córdoba (3 a.C. a 65 d.C.) y que escribió que “la armonía total de este mundo está formada de una natural aglomeración de discordancias”, profetizó en el acto II de su tragedia *Medea* la aparición de un Nuevo Mundo (véase el *Libro de las profecías*). Curiosamente el párrafo correspondiente lo tradujo Cristóbal Colón en sus notas del cuarto viaje en 1502. Su hijo Hernando lo refiere en *Vida del Almirante D. Cristóbal Colón escrita por su hijo*.⁷

Las profecías mexicanas que se refirieron un siglo más tarde, y que fray Bernardino de Sahagún subrayó como creencias existentes en Tenochtitlan antes de la llegada de los españoles, fueron parecidas. Aquí también, además de otros seis fenómenos proféticos de mal farío, de repente apareció en el cielo una franja luminosa semejante a un largo pino triangular de punta perdida en el cenit que se vio diariamente por espacio de un año.

⁷ Publicado por el FCE, 1947. Véase José Luis Martínez, 1993a, p. 74.



Figura 3. Códice Florentino.

Y una tarde le llevaron a Moctezuma una extraña ave que fue atrapada en el lago por unos pescadores. Tenía en la frente un espejo. Cuando el tlatoani decidió observarla llevándola al Salón Negro o de la Noche, vio que en el espejo se reflejaba un cielo surcado por jinetes guerreros que luchaban entre sí. Malos augurios para el futuro de los reinos tenochcas.

Las profecías cabalgan en leyendas de antiguo y oscuro capricho cultural. Son verdades parafraseadas coincidentes con símbolos previos a grandes males que después de ocurridos se completan o se conectan en grandes leyendas de la narrativa popular.

Cuando confluieron favorablemente sus piezas, el emperador español dominaba el amplio territorio de sus reinos donde no se ponía el sol. El 4 de agosto de 1523, secundado por el papa Adriano VI (su ex tutor), Fernando de Austria, Enrique VIII y Venecia, Milán, Florencia, Siena, Lucca y Borbón, Carlos V se lanzó por fin contra Francia: Enrique se encargaba de invadir Francia mientras Pescara, Leyva y particularmente el general español Carlos de Lannoy derrotaban en Pavía a los franceses y aprisionaban a Francisco I, aunque fuera para una breve reclusión.

Si la formación social europea estuvo redefinida por guerras, también contó con el gran sistema de interrelación de los enlaces políticos matrimoniales. El siglo XVI, aunque ello fuera una práctica socorrida en toda la historia, tuvo sus propios enlaces estratégicos. Cuando murió la

emperatriz Isabel de Portugal, en mayo de 1539, y Carlos quedó viudo, Francisco I desde París le hace la oferta de matrimonio de Margarita de Francia, pero Carlos no aceptó. Francisco I murió (igual que Hernán Cortés) en 1547 después de haber reinado 32 años e hizo su propio esfuerzo en el mismo sentido. La pujanza francesa también se refleja en los matrimonios de la nobleza: el duque de Orleans se casó en 1533 con la sobrina del papa, Catalina de Médicis.

Por su parte, en el mundo expansionista mexica predominó el sometimiento total por vía guerrera, que condenaba a los pueblos vencidos al férreo sistema tributario. Si allí la política matrimonial fue importante, no se puede comparar con la europea.

Las alianzas y las estrategias signaron el imperio de Carlos V. El monarca oyó la célebre comunicación de Lutero el 18 de abril de 1521 y discrepó radicalmente de ella, mientras que allende el mar Hernán Cortés preparaba la invasión de México-Tenochtitlan.

Pero para Carlos V las circunstancias políticas podían variar enormemente. Si en el Concilio Ecuménico de Trento celebrado el 13 de diciembre de 1545 el objetivo fundamental fue buscar un acuerdo entre la Iglesia católica y los príncipes luteranos, al año siguiente empeoraron las relaciones entre el papa y el emperador. El papa proponía una liga contra Inglaterra, reino que no era hostil a Carlos, mientras que éste meditaba a solas que si el papa se negaba a ayudar, él se vería obligado a tomar el partido más favorable: Y ése era la búsqueda de un acuerdo con los luteranos.

La legitimidad muchas veces resulta una ilusión frente al pragmatismo político; prevalece la oportunidad en medio de las circunstancias reales. La actuación de Cortés en México no fue legítima o claramente dirigida por la Corona en su afán conquistador. No respetó las reglas ni las costumbres de la España recalcitrante. De hecho ni los propios legisladores se atienden estrictamente a las normas que imponen. Así como el capitán había engendrado en “Temistitan” hijos con mujeres de la tierra, el rey Carlos procreó a don Juan de Austria (el futuro vencedor de Lepanto, donde Cervantes perdiera un brazo) “con una atrevida hija de burgués”,⁸ doña Bárbara Plumberger (o Blomberg), el 24 de febrero

⁸ Tyler Royall, 1987, p. 76.

de 1547 (cuando muere Cortés). Varios años después la desaforada Bárbara le confesó dramáticamente a su hijo cuando cumplió 29 años que su padre no había sido el rey, sino un mozo de cuadra. Mas toda irregularidad tiene su componenda: don Juan fue (como Juana la Beltraneja, también tachada de ilegítima) paradigma de la nobleza hispana; el reino de la Nueva España que hasta 1535 fuera gobernado por el primer virrey ya engordaba en forma significativa las arcas de la Corona. De 1534 a 1543 los ingresos habían alcanzado 252 000 ducados por año.⁹ Lagasca, obispo de Palencia que fue enviado al Perú, volvió a España en 1550 con dos millones de ducados en metales preciosos.¹⁰

Es verdad que España fue próspera antes de la llegada de Carlos y que para la política de expansión regia ningún dinero fue suficiente. Los dos millones de Lagasca se disolvieron entre la campaña de Argelia y la reapertura de las hostilidades con Francia. Además, ni los préstamos que recibiera Carlos ni el monto que se sacó de las Indias necesariamente se le notificaban al Consejo de Hacienda, y era bien sabido que los gastos del rey fueron mayores que los ingresos. Para las hostilidades con Francia, Carlos V tomó en préstamo cuatro millones de ducados en 1552, cuando las riquezas de América para el mismo año importaron dos millones. Como siempre, los bancos se llevaban su tajada: la Corona pagaba a los banqueros intereses de 43% anual para arriba. Un préstamo de 339 000 coronas costó 960 000.¹¹

Ahora aparecía México con sus sociedades teocráticas y sus regímenes sacrificiales para mayor preocupación de los cristianos viejos castellanos, quienes habían logrado salir desde 1492, con la expulsión judía, de la tragedia religiosa que significaron los quince siglos de convivencia con las comunidades judías en las ciudades españolas.¹² Además, en el siglo

⁹ *Ibid.*, p. 181.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Ibid.*, p. 184.

¹² La expulsión de judíos es uno de los misteriosos dramas de la historia universal. En Europa los primeros en expulsarlos fueron los ingleses, en el año 1290. De Francia hubo una doble expulsión: una en 1306 y otra en 1394. De la Germania en un largo periodo intensivo que duró de 1347 a 1354. De España en 1492, y de Portugal, por último, en 1496 (véase José Luis Martínez, 1993, p. 60). Se puede decir que la de España fue tardía, a más de que contó con un filtro considerable: la reina Isabel aceptó a 240 000 conversos al cristianismo, y el resto, 160 000, fueron expulsados. Los destinos de los desterrados fueron Macedonia,

xv hubo un amplio movimiento de conversión de judíos, al punto de que algunos llegaron incluso a ocupar altos puestos en la Iglesia y en el Estado, como Pablo y Alfonso de Santa María (padre e hijo) que fueron obispos de Burgos entre 1415 y 1456.¹³

Pero al final del reinado de Carlos V y durante el siguiente de su hijo Felipe los derechos que se cobraron por la legitimación de hijos de clérigos fueron una nada despreciable fuente de ingresos. De clérigos pero también de otros personajes de la “ilegitimidad”, como el propio Cortés de las Nuevas Indias.

La población del Nuevo Mundo constituía un frente de impiedad idolátrica. Ya en Sevilla, donde se había organizado un grupo de protestantes, Carlos había dado un espectacular escarmiento. Un mulero de nombre Julianillo había llevado de Ginebra a Sevilla dos barriles llenos, no de aceite ni de vino, sino de libros heréticos (1559), los cuales se distribuyeron entre la casa de Juan Ponce de León, hijo del conde de Bailén y el monasterio de San Isidro del Campo. Con ese bagaje se formaron escritores protestantes de gran renombre, uno de ellos fue Cipriano de Valera. Ochocientos miembros de esta organización fueron juzgados por la Inquisición y muchos de ellos fueron quemados en la hoguera. Así terminó en la península el luteranismo organizado.¹⁴

Turquía, el norte de África y el centro y norte de Europa. Entre los conversos en España destacan dos celebridades: Fernando de Rojas, autor de *La Celestina* (1499), y Juan Luis Vives (Valencia, 1492), que fuera amigo de Erasmo de Rotterdam y del papa Adriano VI (Utrecht, el tutor de Carlos V), maestro en Oxford y en la Sorbona (véase Domínguez Ortiz, 1973 y 1980; José Luis Martínez, 1993, p. 63). Vives fue también colaborador de Tomás Moro y se le ha considerado precursor de Bacon y de Descartes, figura cumbre del pensamiento renacentista, uno de los primeros en aplicar el método inductivo a la psicología y a la filosofía. Algunas de las obras de Vives fueron: *Introducción a la sabiduría*, *Diálogos* y, como una muestra del grado de su conversión cristiana, *Instrucción de la mujer cristiana* (véase Lexipedia. *Diccionario Encyclopédico Británica*, 1995-1996). Acaso en el drama de expulsión (y de persecución) sufrido por los judíos a lo largo de su historia pese más de la cuenta el peregrino destino de este pueblo obligado en su trashumancia histórica a desarrollar identidad y lazos de solidaridad excepcionales para poder subsistir en los conglomerados donde se detienen sus pasos, y acaso sean precisamente éstas sus herramientas sociales, psicológicas y estratégicas, condensadas en su proverbial solidaridad (que se convierte en competencia invencible para los nacionales), un elemento de las causas de la repulsión provocada en las sedes donde se estacionan.

¹³ Tyler Royall, 1987, p. 89.

¹⁴ *Ibid.*, p. 96.

Próximo a su fin, Carlos pidió a Felipe II que impusiera un tributo sobre toda riqueza americana, tanto a comerciantes como a particulares:¹⁵ semilla primeriza sobre el *humus fecondo* que habría de ser siglos más tarde el largo proceso de la independencia.

Ante los empeños políticos y militares de Carlos V en Europa, también ante su indiferencia por los asuntos americanos, llegó a España Hernán Cortés en 1528: “el ilegítimo” ante el orden imperial representado en Cuba por Diego Velázquez. Pero era el conquistador de los reinos mexicanos que regresaba a cobrar los privilegios que le correspondían. Un hombre muy rico y poderoso que reclamaba la atención del rey. Pidió pues audiencia, ya que el rey así lo había escrito a Nueva España mediante un requerimiento. Y con su comitiva integrada por el duque de Béjar, almirante de Castilla y el comendador mayor de León, salió Hernán Cortés del monasterio de Guadalupe hasta Toledo, donde lo habría de recibir el rey. Ya en el salón imperial Cortés, embarazado por el protocolo real que veía por primera vez, pero decidido, se arrodilló; el monarca le mandó levantarse. Enseguida Cortés refirió sus servicios y conquistas y el viaje a Las Hibueras, además de todo lo que le había ocurrido en su ausencia de México. Días más tarde (25 de julio) Cortés envió un escrito mejor articulado que su discurso, documento que no se ha hallado hasta la fecha. En la audiencia el rey vio indios de diverso linaje y vestidos a su usanza ceremonial, animales raros y objetos preciosos en una exhibición preparada por el visitante. Es cierto que la vio con rapidez: estaba preocupado por su primer ataque de gota y porque había desafiado al rey de Francia y éste había aceptado la guerra.

A raíz de la entrevista el conquistador cayó gravemente enfermo. Sus amigos le informan al rey. En efecto, el capitán debió haber presentado un aspecto funesto para que sus amigos se atrevieran a sugerir al monarca una visita a su posada de enfermo; Carlos aceptó y fue al día siguiente “muy acompañado de nobleza” a visitarlo. ¿La fuerza del poder?: Cortés se recuperó pronto y se sintió “privado de SM”;¹⁶ repentinamente se daba cuenta de cuánta era su importancia en la corte. Dicen cro-

¹⁵ *Ibid.*, p. 126.

¹⁶ José Luis Martínez, 1993a, p. 503.

nistas confiables como Bernal o Herrera¹⁷ que días más tarde, un domingo, Cortés, invitado a misa regia, se dio el lujo, a propósito, de llegar después del rey a la iglesia. Pasó frente a los nobles “con su falda de luto alzada”, con aires especiales a juzgar por la historia, y se fue a sentar cerca del conde de Nasao que a su vez estaba cercano al emperador. El gesto fue tomado como agravio entre los cortesanos. No sabemos qué pensaría Cortés sobre el mismo.

Tenía 43 años y había pasado 24 en México. Por quién llevara falda de luto alzada en su retraso a la misa, es incierto. Datos y cronologías únicamente refieren para esas fechas el deceso de una sola persona que le hubiera sido cercana: Malintzin. Su entrada a la catedral de Toledo diseminó un breve escándalo por las memorias históricas. Habrá visto el indiano que regresaba de ultramar ese escenario protocolar tan representado por los pinceles del Renacimiento. Y acaso en su imaginación apelara a la inserción de rápidas imágenes relacionadas: el protocolo indígena con Moctezuma que avanza bajo un toldo de tela azul y roja, el baldaquín sostenido con varas labradas y engastadas en oro, el rey de faz color de té y alargada también como la del Borbón, pero enmarcada en un haz de plumas flexibles y tornasoladas, como si toda ella, de ojos mansos pero intensos, fuera la sola puesta en escena de un teatro, y atrás, detonante, la música brutal de tambores, chirimías, teponaztles. ¿Avanzaría con el luto alguna imagen de Marina? Su india lejana e ida al Mictlán, el Eros violento de su juventud porque avanzara sobre femineidad de silencio dócil y desconocido, entre ruinas antiguas y un tiempo cifrado de manera imposible.

Además, como todo indiano y con la desmesura que los caracteriza, quería volver para mostrar a los suyos cuánto había hecho, cuánto tenía y cuánto se había engrandecido por su propio esfuerzo aquel mozo sin oficio ni beneficio que tantos años atrás saliera de Extremadura.¹⁸

¹⁷ Bernal Díaz del Castillo, 1983, cap. CXXV; Herrera, 1934-1937, décadas IVa., lib. Iv, cap I.

¹⁸ José Luis Martínez, 1993, p. 494.

EL MUNDO MAYA

El mundo maya se dividió, en sus orígenes, en cuatro reinos creados por cuatro grandes señores fundadores, padres de la etnia maya: 1) *Balam Akab* (“tigre de la noche”) con su dios tutelar *Abilix*, su mujer *Khaonika* (“agua limpia y pura”) y su descendencia, los *xiues*, que ocuparon el territorio sureste de la península; 2) *Balam Kitze* (“tigre de la risa buena”) con su dios *Thoil*, su mujer *Kaxa Paluma* (“agua del cielo”) y su descendencia, los *quiches*, que ocuparon el territorio sur hasta Guatemala; 3) *Balam Koutak* (“tigre fiero”) con su dios *Hakavitz*, su mujer *Tezununika* (“agua de las aves”) y su descendencia los *itzaes*, que fundaron Chichén Itzá pero que se replegaron al territorio sur de Quintana Roo, en los alrededores de Tayasal, y 4) *Balam Iki* (“tigre de las estrellas”) con su dios *Nicaktakach*, su mujer *Kakixaka* (“agua de los ríos”) y su descendencia, los *cocomes*, que ocuparon el territorio norte de la península.

La unión creadora del tigre y el agua. El agua con sus especificidades. El tigre nocturno, risueño, fiero, cósmico. Noche, risa, furia y cielo, instancias cósmicas y del ánimo de los hombres, mezclados con el agua originaria.

La unidad cultural mesoamericana es un hecho y es forzoso tomar a los antiguos olmecas como modulares respecto de tal unidad. Por eso encontramos que el panteón de los mayas era similar al de los tardíos mexicas. Hasta ahora no queda más que aceptar que a partir del desarrollo olmeca del centro de la costa del Golfo se difundió hacia el noroeste y hacia el sureste la tradición cultural milenaria que habría de signar este gran mosaico de pueblos que permaneció aislado del resto del mundo hasta el siglo XVI.

El politeísmo maya tiene representatividad en nueve principales deidades que guardan un notorio paralelismo con las otras, deidades principales también, del universo de los nahuas:

Itzamná, que es un dios todopoderoso, equivale a Tezcatlipoca.

Chaac, que es numen de todas las aguas es muy cercano a Tlaloc.

Xuumkak (o Yum K'aax) es deidad de los bosques, de la agricultura, de la comida y la bebida.

Ah Puk es dios de la vida y de la muerte.

Zaman Ek representa a las estrellas.

Abilix que es dios del aire, tiene correspondencia con Ehécatl que es advocación de Quetzalcóatl, aunque con posterioridad surgiría Kukulkán como adopción (fenómeno religioso común a toda Mesoamérica) de la serpiente emplumada.

Thoil, dios de las batallas tiene su equivalencia en Huitzilopochtli y en Painal.

Hacabitz es un numen del trabajo, de los hilados y tejidos, de los lazos.

Nikaktacak es el fluido sagrado del tiempo, instituyó la religión como ejercicio protocolar, las fiestas, las celebraciones.

También figuran las deidades femeninas, protagonistas de un complejo ceremonial que incluye la presencia de especies de vestales o vírgenes consagradas, en cuya iniciación se les tiñe desnudas, por completo, de una suerte de añil azul, y sobre un chac mool sufren del corte del himen a cuchillo de pedernal.¹ Las diosas a las que quedan consagradas y a su servicio en los templos son Ixchel, Ixtakab, Ixmukané e Ixbalanké.

El mundo maya, como el del resto mesoamericano, se estructuró bajo la antigua teocracia sacrificial con una división estamentaria también similar, gobernada por el *halach huinic* que es equivalencia del *tlatoani* mexica. Le sigue en importancia la casta sacerdotal que organiza el culto religioso, la educación, y que conserva para sí el conocimiento de la escritura, artes, calendarios, astronomía y astrología. Y hacia abajo de la pirámide social se hallan los guerreros, los comerciantes y los agricultores.

Nikaktacak, dios del tiempo, es auxiliado por una serie de deidades subalternas y entre ellos cuentan el tiempo signándolo en sus ruedas

¹ Fray Joseph de San Buenaventura, 1994, pp. 75 y 76.



Halach uinic



Sacerdotes



Guerreros



Comerciantes



Agricultores

Figura 4. Estratos sociales de los mayas. Museo arqueológico de Chetumal.

calendáricas. La fecha *Katun 8 Ahau* es aciaga e indica, desde el paradigma astrológico de los mayas, el tiempo en que se derrumban las ciudades-estado. Un *katun* equivale a 20 años, un *tun*, a un año. Medio *katun* son diez años o *tunes*; en este tiempo se colocan dos dioses en el Templo de la Sabiduría. Un *katun* tiene 20 *tunes* (o años); un *tun* tiene 20 *uinales* (o meses); un *uinal* tiene 20 *kines* (o días).

El orden que tenían en contar sus cosas y hacer sus adivinaciones con esta cuenta [dice Landa] era que tenían en el templo dos ídolos dedicados a dos de estos caracteres. Al primero, conforme a la cruz del círculo arriba contenido, adoraban y hacían servicios y sacrificios para remedio de las plagas de sus 20 años y en los diez años que faltaban de los 20 primeros, no hacían sino quemarle incienso y reverenciarle. Cumplidos los 20 años del primero comenzaban a seguirse por los hados del segundo y a hacerle sus sacrificios, y quitado aquel primer ídolo ponían otro para venerarle otros diez años.²

Desde luego que el panteón maya es variable no sólo en función de los diversos grupos y reinos que lo forjaron, sino también respecto de las fuentes, códices y estudiosos del tema. El arqueólogo Tomás Pérez Suárez, del Centro de Estudios Mayas de la UNAM, prefiere relevar la clasificación hecha por Paul Schellhas a principios del siglo pasado. Y así, enumera trece deidades, la mayoría de las cuales tiene ya la ubicación de sus nombres y atributos, nombres que en la clasificación de Shellhas se restringían sólo a letras del alfabeto por exigencias de ordenación.

1) Itzamnaaj, el dios creador (D) es simbolizado por reptiles de dos cabezas. Como ave representaba al cielo (Itzam Ye), como lagarto a la tierra (Itzam Kab Ayin).

2) K'inich Ajaw (G), dios del sol representado por una flor de cuatro pétalos que aludía a los rumbos del universo. De sol se transforma en jaguar para entrar en la noche y al inframundo.

3) K'awiil designa los linajes de orden divino de los hombres (K). Humanizado, tiene una pierna que es una serpiente, cabeza sobrehumana con vírgula en un ojo, hocico de reptil y colmillos.

4) Nal, dios del maíz (E), porque el hombre fue creado de la masa de este grano. A veces es representado con cabeza de mazorca y cabellos

² Véase Solís y Bracamonte, en fray Diego de Landa, 1989, p. 127, n. 152.



Figura 5. Plato maya. Deidad del maíz emergiendo del caparazón. Sus hijos Hunahpú, a la izquierda, e Xbalanqué, a la derecha.

de elote. Germina sobre el caparazón de la tortuga, que es representación de la tierra.

5) Yum Kimil, patrón de la muerte (A), se le representa como esqueleto humano.

6) Ix Chel, diosa de la luna (I), de las fases del embarazo, parteras, de la medicina, hilados y tejidos, la pintura, el agua, el arco iris, la vegetación, la noche.

7) Dios L, la noche, el inframundo, Venus, la muerte, el comercio, la destrucción pero también el momento de creación cósmica.

8) Pawahtún (N), que desdoblado sostiene las cuatro esquinas del mundo; en su representación plástica puede ser el caparazón de la tortuga o emerger de una flor o de un caracol.

9) Ek' Chuak (M) representa a los comerciantes, “escorpión negro” del centro del mundo, patrón del segundo mes, hace autosacrificio punzándose el pene.

10) K'u preside todo acto sagrado (C), tiene rostro de mono aullador, representa la sangre sacrificial y está sentado en el sol.

11) Chaak, el dios del agua (B), aún se venera entre los campesinos yucatecos cuando siembran.

12) Dios Q, de la guerra y el sacrificio.

13) Dos dioses remeros que transportan en un cayuco al dios del maíz por los ríos del inframundo, lo que garantiza la germinación del grano.³

La tentación mistificadora de muchos observadores del mundo antiguo maya los ha inducido a suponer contenidos especiales del barroquismo plástico de las significaciones, cuando en realidad muchas veces no existen más allá del encuentro fortuito de los símbolos que han sido concebidos por separado. Me explico: muchos quieren ver, por ejemplo, un mensaje metafísico o una insinuación extremadamente compleja en la asociación de dos símbolos: el maíz germina sobre una tortuga. ¿Qué quisieron decir los mayas con esta aproximación tan bizarra y cuya representación plástica excede toda posibilidad de interpretación? Pero sólo se trata de dos iconos concebidos por separado y unidos de forma inmediata: sobre la tortuga crece el maíz. Y así resulta solamente que el dios del maíz, alimento sagrado y fundamental del indígena, tiene como intermediación al hombre, porque su carne fue creada con masa de este grano. Por otro lado, la tortuga con su caparazón, redondeada como la tierra y pegada a ésta por reptación, le sirve de símbolo y está relacionada también con la deidad de la tierra. La unión de ambos símbolos, el maíz y la tortuga, sólo repite plásticamente que el alimento fundamental crece de la tierra. Y la unión arbitraria de la planta creciendo de un caparazón, como conjunto conceptual carece de significado, pues éste se reduce a la simbolización simple de la planta que crece en la tierra.

Es necesario referir que hay mayistas que señalan que el politeísmo es un estadio religioso complejo y en constante cambio, que alberga a una infinidad de seres sobrenaturales que no llegan a ser definitivamente dioses en el panteón, sino que fungen como entidades intermedias a las que acuden los hombres para significar fenómenos, sitios y situaciones específicas; les exigen respuestas más o menos precisas sobre inquietudes místicas, como la fiesta, la cosecha, el sacrificio, cerros, montañas, lagos, el parto, la muerte, etc. Estos investigadores observaron que dio-

³ Tomás Pérez Suárez, 2007, pp. 57-65.

ses propiamente tales no existieron en el mundo maya sino hasta épocas tardías como el año 1000 d.C. en adelante, etapa que se ha designado como posclásica:

En la civilización maya, los dioses aparecen tímidamente hacia 1000 d.C., en Chichén Itzá, Yucatán, debido al impulso de otras religiones mesoamericanas. A partir del siglo XIII y hasta la Conquista su número no cesa de aumentar, así como de precisarse su condición.⁴

Y es comúnmente aceptado, entre los analistas de la religiosidad del mundo mesoamericano, el hecho fehaciente de que el culto en todos los reinos indígenas se caracterizaba por su notable apertura hacia la adopción de deidades de otras regiones, las que eran asimiladas por ambos extremos contendientes, en sus invasiones, guerras y conquistas. Fue por ello que con frecuencia se alojó entre las profecías locales una parte del discurso mítico de los vencedores. Pero debido a esta circunstancia también se favorecía en el pasado prehispánico la unidad cultural del mundo mesoamericano.

La identidad cultural dinámica de los mesoamericanos no opuso total resistencia a la inserción de partes discursivas, mitológicas o políticas de los occidentales, lo que permitió la fácil remodelación de las profecías.

La más nítida explicación que he hallado sobre el lugar común de la historiografía que simplifica la creencia de los indígenas en la llegada de los españoles como el regreso del dios Quetzalcóatl (adoptado bajo la figura de Kukulcán en el preclásico maya) se puede hallar en modo aceptable y llano en el estudio de Pedro Bracamonte y Sosa:

Después de la Conquista, los mayas reescribieron su pasado al hacerlo coincidir con una versión narrativa de corte occidental de la historia a partir del *katún 11 ahau* (1539-1559) mismo que coincidió con la llegada de los europeos [...] En noviembre de 1510 los *ahkines* mayas formularon los pronósticos del *katún 13 ahau* que concluiría en la fecha maya del mes *xul* del año 11 ix, justo en el mes en que bajaba Kukulcán, quien llegaría del oriente [...] El arribo de

⁴ Claude François Baudez, 2007, pp. 33 y ss.

los conquistadores [...] se entrelazó con el mito del esperado hombre dios del panteón mesoamericano.⁵

Para establecer sus conclusiones, este autor se auxilia con el examen detallado que otros grandes especialistas hicieron sobre profecías mayas.⁶

Los mayas fundaron ciudades fabulosas. Ante las particulares exigencias de sus latitudes tropicales se adaptaron con gran exactitud a los rigores de montañas y selvas, como no han logrado hacerlo las sociedades castizas y mestizas posteriores. Desarrollaron una medicina herbolaria acorde a las enfermedades de la zona, también artes y ciencias admirables. Una sociedad colorida y ritual entre la selva alta que una mañana observó de pronto y con grande asombro la llegada de bergantines y naos españolas que se acercaban deslizándose hacia sus costas.

LOS ESPAÑOLES EN LAS ANTILLAS

Los reyes católicos, designados de tal manera por el papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia o Borja), se convirtieron en la punta de lanza del cristianismo en Europa. Eso obedecía al hecho de haber expulsado la influencia de otras creencias religiosas encarnadas en moros y judíos. De este gran conglomerado, imposible de ser expulsado en su totalidad, quedó una enorme población de conversos y, con ellos, la práctica rigurosa de la observancia de la puntualidad teológica del catolicismo. De los conversos judíos se dijo que surgió el arrebatado genovés Cristóbal Colón, que se ganó misteriosamente la voluntad de la reina Isabel a niveles insospechados. Y con el error heredado de Tolomeo, de que entre Europa y la China no había más que agua salada, partió a su primer célebre viaje transatlántico financiado por la Corona, aunque los posteriores los pagaría el capital privado. Dicho error proverbial conservó hasta la fecha el nombramiento de “indios” para todos los habitantes indígenas de América, por haber creído el almirante que desembarcaba

⁵ Pedro Bracamonte, 2004, pp. 18 y 21.

⁶ René Acuña y David Bolles, 1999, p. 232

en la India cuando dio con sus naves en las costas de Guanahaní en las Lucayas o Bahamas, el 12 de octubre de 1492. El error pasa hoy a nuestros ojos como sencillo, no así para el conocimiento cartográfico medieval.

El griego Eratóstenes, tres siglos antes que Tolomeo, no sólo se convenció junto a otros pensadores de la Antigüedad acerca de la redondez terrestre, guiados por observación de la Luna, sino que calculó con impresionante corrección la circunferencia de la Tierra. Y cuando siglos después Tolomeo desconfió de dicho cómputo y al osar medirla de nuevo se equivocó al calcular 30% menos, lo que le acarreó deducir que entre Europa y Asia sólo mediaba el mar inmenso navegando hacia el Oeste.⁷ Y por esta ruta se embarcó Cristóbal Colón.

El almirante convenció al papa con la intermediación de la prestigiosa reina de Castilla de que la magna tarea de cristianización de los salvajes “indios”, que era una perla más en la corona regia, bien valía una especial recompensa para su promotor. E Isabel creó para Colón el inaudito puesto de virrey, almirante y gobernador vitalicio y hereditario de todas las tierras descubiertas. España se ponía a la cabeza del desarrollo europeo. Al mismo tiempo que celebraba su triunfo definitivo al lograr la expulsión de moros y judíos, “con exaltaciones beatas, festines de agradecimiento y alardes de destreza guerrera”,⁸ su enviado Colón descubría el “Nuevo Mundo”.

Los españoles se asentaron en las islas más grandes del Caribe y descubrieron Florida y el istmo de Panamá y costearon por Centroamérica y Sudamérica. Pero en 25 años de asentamiento no navegaron hacia el oeste, donde los aguardaba la civilización mexicana. No se conoce hasta hoy la causa de esta rareza.

Mientras en España se libró la larga y caótica batalla contra los moros, que en ocasiones se encontró a los propios españoles luchando en el bando enemigo como aliados o mercenarios, también se sucedieron batallas intestinas.⁹ Hasta que cayó Granada, en 1492; entonces Hernando Cortés, el que habría de ser el conquistador del reino de los mexicas, tenía sólo siete años.

⁷ Véase Richard Lee Marks, 2005, p. 24.

⁸ *Ibid.*, p. 28.

⁹ *Ibid.*, p. 21.

España comenzaba la hazaña de enfrentamiento con un continente aislado que nadie nunca había imaginado. Un continente excéntrico que llegó a configurar reinos fabulosos y que había vivido apartado del resto del mundo a lo largo de cuarenta mil años, desde que unas bandas peregrinas de corte asiático habían deambulado hacia el este y luego al sur hasta saltar el estrecho de Bering. La civilización americana se desarrolló por su cuenta y al margen de todo contacto con el plano universal hasta el siglo XVI. Sus costumbres, sus ritos y sus lenguas fueron creación aparte, como si ellos solos fueran un todo universal. De la banda al Estado. Del nomadismo al imperio agrícola, militar, comercial. Con una religión propia que convenció a las almas de un territorio mucho más vasto que el llamado mesoamericano. Con el conocimiento de la rueda en la forma previa de cilindros de madera para transportar grandes piedras con las que construyó sus edificios; en forma de juguetes infantiles; como moldes calendáricos... sin llegar a emplearla para el transporte humano y otros usos como hicieron todos los otros grandes pueblos del mundo. Mesoamérica significó otra visión, distinta y propia, de la realidad. La confrontación de este mundo, aislado durante siglos, con los europeos, le hizo representar tan rápida como frívolamente el papel de las civilizaciones arcaicas. Aunque Tenochtitlan con su propio desarrollo era contemporánea de los prósperos reinos de Castilla y Aragón, del París de Francisco I, de la esplendorosa Florencia de los Medici.

Los españoles que llegaron a América tenían una idiosincrasia medieval cribada a duras penas en los moldes del derecho de las Siete Partidas, un cuerpo jurídico imperante desde el siglo XIII pero que se remontaba por una parte al Código Justiniano de los romanos, por otra a los visigodos y a los moros. Su esencia fue “estipular los derechos y prerrogativas de los individuos de cada clase social” y establecer los procedimientos para los miembros de dichas clases, determinando así su pertenencia legal a cada una. Una estrategia jurídica siempre favorable al rey.¹⁰

Cuando Hernando Cortés, joven tarambana de 19 años oriundo de Medellín, partió de Moguer (cerca de Huelva) a las Indias occidentales,

¹⁰ *Ibid.*, p. 28.

los españoles habían sentado sus reales en Santo Domingo, llamada por Colón, La Española, hacía un cuarto de siglo. Diego, el primogénito de Colón, había heredado el almirantazgo y detentó también el puesto de virrey en la isla después de un gobernador interino de apellido Ovando. Pero aquel joven galán y pendenciero de Extremadura, Hernando, con recomendación de Ovando hacia el próspero hidalgo Diego Velázquez de Cuéllar, que resultó ser el gobernador de Cuba, vio su nuevo mundo y fue conciliando su diligente estrategia de riqueza y poder que lo llevaría, como un Alejandro Magno, hasta la conquista de México.

Después de trabajar en Azúa (en La Española) durante cinco o seis años, en agricultura, minería y comercio, el ricohombre Hernán Cortés partió hacia Cuba bajo el mando de Velázquez, quien le cedió en propiedad un vasto territorio que incluía millares de almas y varias minas muy ricas. Con el grueso y de sobrada humanidad Diego Velázquez, Cortés habría de desarrollar una amistad íntima, de jolgorios y banquetes (también de grandes empresas), que terminaría favoreciéndolo con el tercer viaje programado (y efectivo) para descubrir las costas de Yucatán. Mientras tanto, Cortés es padre primerizo con una india taína. Poco después desembarcan en Cuba procedentes de Santo Domingo las nombradas Marcaidas. La madre, tres hijas y un hijo. Mujeres de alegre ánimo, de las primeras que concurren a las nuevas tierras en pos de mejor vida. Diego congenia con la mayor, Cortés con Catalina y otra hermana, y juntos concurren a frecuentes saraos. La mayor es dama de la prometida de Velázquez. Se dijo que Cortés en un banquete ofreció matrimonio a Catalina Xuárez Marcaida, pero después se retractó.

Pero los planes de Velázquez estaban trazados. Le exigió a Hernán que cumpliera su promesa y al final el gobernador resultó ser el padrino de la boda. La fortuna de Cortés se acrecentaba porque el padrino importó ganado vacuno, ovino y equino para su hacienda, además de darle el cargo de alcalde de Santiago. Enseguida Cortés invirtió dos mil castellanos en una empresa comercial en la que tuvo como socio activo a Andrés de Duero.

El joven de 19 años, Hernán, que llegó en el barco de un tal Quintero a Santo Domingo por la desembocadura del río Ozama, se distinguió como un buen guerrero y cobró prestigio contra los indios de Baoruco, Aniguayagua e Higüey, que se habían rebelado. Y a esa edad empezó a

fungir como una suerte de encomendero, pues se le asignaron en propiedad, muchos indios.

Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa (sabemos ya que con este último habrían de naufragar Aguilar y Guerrero años más tarde) parten a Cuba en pos de más indios a ser tomados por la fuerza e invitan al aguerrido Cortés, pero el joven está enfermo, tiene un tumor en la pierna derecha cuya hinchazón le llega hasta la pantorrilla y, a pesar de que lo esperan tres meses, no puede ir.

Hernán Cortés pasó siete años en La Española y sólo a los 26 pudo ir a Cuba al lado de Diego Velázquez, nombrado por Diego Colón, hijo del Almirante ya fallecido, el gobernador de la isla. Diego Colón ya era un veterano de guerra que había vivido 17 años en La Española. Era rico y ambicioso. Y Velázquez, amigo de Cortés, insistió en llevar a éste consigo. Eso fue en el año 1511, cuando Nicuesa naufragaba yendo del Darién hacia La Española.

La acción de los españoles en esta isla fue devastadora. De varios miles de indios que la poblaban quedaron unos cuantos, por eso los viajes a otras costas en busca de esclavos. Se apagó el dios Zemí de aquellos indios y los sobrevivientes conocieron a otro dios de boca del obispo Alonso de Fuenmayor.

Si Hernán Cortés tuvo gran amistad con el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, no faltaron las envidias e intrigas que veían en el joven emprendedor un peligro para el futuro ejercicio de control y mando no sólo en las islas ya descubiertas sino en otras posibles tierras por explorar. Y así, tres allegados del gobernador, dos de nombre Antonio Velázquez, de quienes se ignora si acaso fueran parientes de aquél, más un Baltasar Bermúdez, se dedicaron a intrigar con astucia contra Cortés. Las evidencias de la ambición de Hernán junto al recelo despertado en el gobernador crearon en éste una franca animadversión y un buen día decidió poner a Hernán en prisión. Pero a esas alturas el futuro conquistador se había ganado la voluntad de la mayoría española de la isla, era muy popular y ya ejercía, si se quiere, un cierto liderazgo que en pocos días habría de aumentar con rapidez. En la cárcel, Cortés conspira contra Velázquez. Cristóbal de Lagos, el alcaide de la prisión, disimulaba no sólo para que fueran muchos a visitarlo sino que fingió no escuchar que una noche el reo logró escaparse. Cortés entonces, con el apoyo del

clero, logra ocultarse en una iglesia en donde continúa aduciendo razones a favor de una mejor organización de los negocios de las islas. Se confía y se pasea bajo las arcadas de la iglesia. Entonces los soldados del gobernador al mando del alguacil Juan Escudero lo aprehenden de nuevo. Lo llevan ante Velázquez atado de manos y éste ordena ahora encarcelarlo en un barco. De nuevo el astuto Cortés logra tomar un bote, refugiarse en otro barco y de aquí en un esquife llegar a tierra para esconderse en otra iglesia. Como resultado de estas maniobras, que desde luego dejan en claro al gobernador que el reo no puede estar actuando solo, comienza por enviarle mensajes y después le propone la posibilidad de un arreglo.

Una noche Cortés llega clandestinamente a la casa de Velázquez. Sorprende al gobernador revisando cuentas en su escritorio y a más de la sorpresa éste lo recibe con cortesía. Lo invita a la cena. Beben vino, llegan a acuerdos de importancia y la sobremesa transcurre en alegría de los viejos amigos. Amanecen al día siguiente dormidos en la misma cama.

Juntos Velázquez y Cortés fundaron siete poblaciones con cabecera en Baracoa (Santiago), a orillas del río Macaguanigua. Más tarde, en una ocasión en que Cortés, yendo en una canoa indígena de las bocas de Bani hacia Baracoa, naufraga a causa de una tormenta, logró asirse a su embarcación volcada y así arribó hasta la costa en Macaguanigua donde sus gritos fueron escuchados por unos indios que diligentemente le dieron ruta prendiendo una fogata.

Cortés resultó imparable en Cuba. Fue el primero en hallar minas de oro y también el primer ganadero de la isla, con ganado de toda clase llevado de La Española. Pionero, casado y rico.

La población indígena fue mermada en gran medida por la violencia y por la peste. Muchos de ellos fueron llevados a la conquista de México.¹¹

Después de los viajes de Hernández de Córdoba (1517) y de Juan de

¹¹ “Vida de Hernán Cortés. Fragmento anónimo”, escrito originalmente en latín, en Joaquín García Icazbalceta, 1980, pp. 309 y ss. Juan Bautista Muñoz es el descubridor del documento en 1782, hallado en el Archivo de Simancas, Sala de Indias, legajo “Relaciones y papeles tocante a entradas y poblaciones”. Juan Bautista Muñoz sugiere que el documento puede ser de Calvet de Estrella, cronista de Indias. De este cronista hay 20 libros: *De rebus gestis Vaccae Castri*, mss., conservados en el Colegio del Sacro Monte de Granada.

Grijalva al año siguiente, Cortés recaló en la isla de Cozumel en 1519; dejó sus negocios en Cuba, a su primera mujer indígena y a su hija mestiza; huye también, se puede decir, de un primer matrimonio indeseado que había durado cuatro años. Cuando se casó con la Marcaida, en 1514 o 1515, nacía su hija mestiza, también de nombre Catalina, a la que más tarde (1529) llevaría a España para ser legitimada junto a sus medios hermanos Martín y Luis.

Hernán Cortés es ya hechura del Nuevo Mundo. Su psique y su talento se labraron a hachazos en ese ardiente panorama que pocos hombres del resto del mundo habían visto. Los trópicos, los indios y las indias, el Caribe, las minas de oro, el trabajo de millares de almas a su servicio. Un jaguar serpenteó entre ramas y ruinas en la memoria del conquistador cuando volvió, mucho después, a España... el rito del sacrificio, la música ancestral de obsesiva fantasmagoría de caracoles, teponaztles y chirimías, de los caciques empenachados de plumas brillantes bajo baldaquines coloridos en el sol ardoroso.

Los factores que signaron la conquista de México fueron determinantes en la creación de un modelo especial de interrelación sociocultural que contuvo desde un principio la semilla de la independencia respecto de la Corona española. En primer lugar estuvo el antecedente de la relación entre Cristóbal Colón y la reina Isabel, de donde el almirante consiguió la posesión de las islas descubiertas, su gobierno vitalicio y hereditario, y el *status* insólito de virrey. En segundo, la relegación de los asuntos de Indias dentro de los intereses belicosos de Carlos V que consistieron en la retención de sus reinos heredados y de su actividad incesante para apoderarse de los demás en el plano europeo. En tercero, de la débil representatividad de la monarquía española a medida que se descubría un nuevo territorio: cada vez que se daba un paso a un nuevo sitio, el control central se debilitaba al tiempo en que aumentaba el del capitán de la fragata. Así el proceso de poder diferido que ocurrió entre Isabel la Católica y Cristóbal Colón; entre éste y su hijo Diego; entre éste y Vasco Núñez de Balboa y Diego de Nicuesa en la conquista del Darién; también entre Diego Colón y Diego Velázquez en la ocupación de Cuba; en fin, entre Diego Velázquez y Hernán Cortés en la conquista de México. Toda esta posposición accidentada del control directo fue creando la ilusión de la independencia.

EL NAUFRAGIO Y LA SUERTE DE LOS SOBREVIVIENTES

El hijo de Cristóbal Colón (Diego) era ya el gobernador de las Antillas en 1511 y tenía residencia en La Española (Santo Domingo). Había enviado a Juan de Valdivia al Darién en Panamá con objeto de colonizar y apresar a los nativos para luego enviarlos a trabajar en sus dominios. Pero las condiciones de vida en esa costa eran más que precarias, porque escaseaban los alimentos para saciar a la tropa y el entorno era hostil en convivencia con los indígenas, que conformaban un conglomerado extraño y selvático. Pronto empezaron las rivalidades y Valdivia peleó con Vasco Núñez de Balboa, otro navegante con ínfulas de colonizador.

La disputa se agudizó a tal punto que Valdivia y Diego de Nicuesa, que era de su bando, se embarcaron el 15 de marzo de aquel año rumbo a la isla del almirante Colón para informarle sobre el caso y buscar solución. Iban entre otros en la nao *Santa Lucía* el seminarista de Écija Jerónimo de Aguilar y el marinero Gonzalo Guerrero, de Palos —aunque alguien dijo que era extremeño y hombre de armas y letras—. Pero tras una jornada de navegación sobrevino un violento temporal que no cesó en siete días y trajo la embarcación a la deriva entre las oscuras simas de la mar enfurecida. El aguacero duró hasta el mediodía del 22 de marzo y la *Santa Lucía* encalló en unos escollos donde quedó escorada por la banda del estribor, se partió el palo de la banda y el de la batayola y murió un marinero en el desastre. No quedó otra posibilidad que soltar la barcaza de estribor, donde se apretujó una veintena de hombres desesperados, entre ellos Nicuesa, Aguilar y Guerrero. Lograron rescatar una barrica de agua (una arroba) y un cubo lleno de carne salada, pero sería

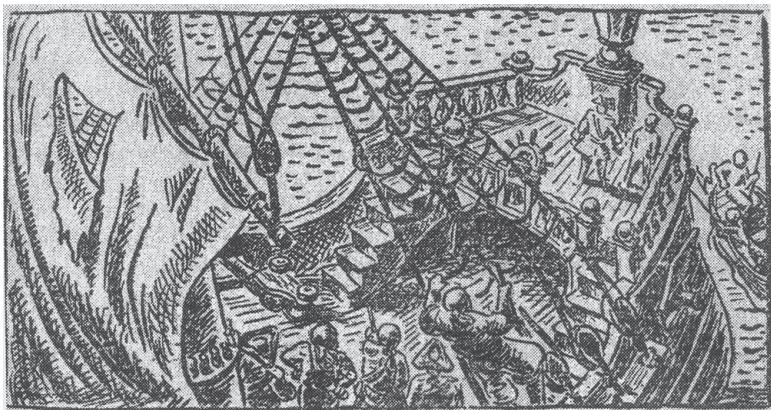


Figura 6. Embarcación del siglo XVI.

escaso alimento para un día. Unos saltaron desde la borda y fueron a nado hasta la lancha. Y con ruin aparejo de remos entraron en una neblina espesa y no vieron más la nao olvidada, que crujía y amenazaba con desfondarse. Dieciocho hombres y dos mujeres pronto sin pan ni agua, de los cuales murieron siete en poco tiempo y el resto bebía lo que oían. Arrastrados mar adentro, tropezaron con piedras no visibles en la bruma cerrada; el agua entraba por la proa que cada vez era golpeada por fuertes olas. Una mañana después de la pesadilla abrió el día y pegó fuertemente el sol. Un enfermo de tabardillo impresionaba con vómitos y diarrea que le obligaba a quedarse al borde de la popa. Hacia las tres de la tarde golpeó una gran ola y otro hombre, un tal Ángel de Santa Cruz, cayó al agua y fue despedazado por los peces carníceros o tiburones.

Juan Sánchez de Albornoz, en la borda junto a los remos, acurrucado con la cara metida entre los brazos por encima de las rodillas, aunque parecía descansar, estaba muerto. Ya estaba engarrotado cuando lo descubrieron y así lo tiraron al agua, donde se hundió lentamente como una escultura pétrea. Jerónimo de Aguilar, desesperado, intentó suicidarse contra una espada engastada por el mango en la quilla, pero se lo impidieron.

Al octavo día, vieron una gran mancha en el horizonte y pensaron que eran nubes. Por la madrugada había entrado un viento muy fuerte de sotavento y cuando amaneció, limpio y claro el día, por fin vieron la tierra. Estaban frente al cabo Catoche, en el septentrión de la península

de Yucatán. Ese nombre habría de recibir después este punto en el viaje de Francisco Hernández de Córdoba en 1517, seis años más tarde.

Pero los sobrevivientes de 1511 se desmayaron en la arena de la playa. Cuando despertaron estaban rodeados de gente muy extraña que los observaba: ricamente emplumados, embadurnados los rostros de almagre y chapopote, con flechas y arcos, rodelas de algodón trenzado fuertemente, taparrabos y sandalias, con lanzas en ristre y hablando una lengua extraña y decidida. Enseguida los apresaron y los condujeron por una vereda entre la selva hasta dar con un claro donde se extendía una arcaica ciudad con templos piramidales, plazas y casas de piedra con altos techos de pencas cocoteras. La sorpresa terminó por despertarlos por completo entre el clamor inaudito de una multitud excitada que abarrotaba calles y plazas ante su llegada.

Los desnudaron, los untaron por completo con pintura vegetal de color azul intenso y los empezaron a sacar uno por uno de la cárcel que les habían improvisado en un cuarto frente a la plaza y la pirámide. Desde ese cuarto los prisioneros pudieron ver cómo subieron lentamente a sus compañeros hasta la cúpula del templo y allí, a la intemperie, los acostaron sobre una piedra triangular, sujetos por cuatro hombres que tiraban de pies y manos, para que un quinto en discordia se abalanzara endemoniado y asestara el tajo definitivo de su cuchillo de pedernal. Los cuatro eran sacerdotes embijados de negro y de cabelleras enmarañadas; un conjunto de gente ataviada con bizarría rodeaba la escena y subía un clamor ancestral de voces anhelantes entre el hilo agudo del sonido de chirimías y el rencor profundo de grandes caracoles y *tunkules* o tambores de madera. Los prisioneros presenciaron azorados el clímax de un escándalo que era un rito que jamás en sus vidas habían visto, pero que parecía concentrar un fervor definitivo en los habitantes de esta selva.

La ceremonia duró horas, hasta entrada la noche, y Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero (no así el capitán Diego de Nicuesa y los otros) se salvaron de ella aunque los hubieran dejado encarcelados en el cuarto y vigilados por guardias para la próxima ocasión. Pero lo que acababan de ver los había llenado de espanto. Para ellos cualquier otra suerte era preferible y por eso decidieron intentar la fuga actuando en total silencio y calculando que los guardianes de la entrada se hubieran relajado en la noche intensa. Ayudándose entre sí, ambos hombres lo-

graron escalar un muro interior y alcanzar el techo de paja por un ángulo posterior; con mucho esfuerzo y sigilo lo perforaron y así pudieron escapar por la selva en sentido opuesto al camino que los trajera. Corrieron cautelosamente durante la noche y en el día descansaron ocultos en el hueco de un gran árbol, y así anduvieron muchas jornadas hasta que escucharon que los perseguían. Por eso decidieron separarse y atenerse a las consecuencias. Estaba echada su suerte.

Después de pasar la frontera de ese reino que les pareció diabólico, Aguilar cayó en manos de una cuadrilla que rondaba y fue conducido hasta un pueblo al sur de Catoche y al oeste de Isla Mujeres. No se ha ubicado dicho paradero, pero era la zona de los tazes, un grupo maya norteño. Los pueblos más cercanos eran, al norte Aké, Chahuacah, Conil, Ecab. Al sur, por la costa, estaban Moc-hi, Xamananha y Pole. Los pueblos de Aké y Xamananha son los mejor ubicados con las indicaciones que se han dado y donde pudo haber parado el seminarista.

Guerrero por su parte continuó la huida durante muchos días más, comiendo frutos, plantas y raíces por el camino hasta que llegó a un gran pueblo en el sur de la península: la vieja Chaacte'mal (Chetumal) que los arqueólogos de hoy nombran Oxtankah, como se dijo. Ahí lo recibió el *halach uinic* o cacique del reino, llamado Ah Nachan Kan Xiu, admirado de recibir a un ser tan extraño.

Los naufragos sobrevivieron ocho años y más hasta que en 1519 llegó Hernán Cortés a Cozumel y envió un pelotón a rescatarlos. Aunque, con seguridad, los naufragos oyeron las noticias de la llegada de Francisco Hernández de Córdoba en 1517 y de Juan de Grijalva al año siguiente, sin que pudieran establecer un contacto seguro. Pero ante Cortés, el ex seminarista Aguilar volvió solícito y se postró vestido de maya e irreconocible ante sus coterráneos que llegaron a salvarlo. Estaba rapado como esclavo y en un morral conservaba algunas viejas hojas curtidas de un misal. Gonzalo Guerrero en cambio permaneció entre los mayas.

Habían corrido una suerte distinta durante esos largos años. El cacique del pueblo de Aguilar, extrañado de los hábitos y del celibato del joven, lo había tomado a su servicio doméstico para cuidar a sus mujeres, para cortar y acarrear leña del bosque. Ah Nachan Kan Xiu en Chetumal, en cambio, pronto notó las muchas habilidades desconocidas del mari-

nero de Palos. En la pesca, en la marinería, en la carpintería y en otros usos. Lo tomó a su cargo para adiestrar en artes de guerra, distintas pero eficaces, a su heredero. Y terminó casándolo con su hija mayor, Ixpilotzama “la noble avizorante”, de linaje materno de Cozumel.

Jerónimo de Aguilar se convirtió en la llave lingüística que permitió a Hernán Cortés comunicarse en todo el mundo maya, y después, con la intermediación de la Malinche en Chalchiuhcuecan (Veracruz), con todo el mundo nahua y, por ende, con toda Mesoamérica.

Gonzalo Guerrero en cambio procreó tres hijos con su mujer maya y así se inició el mestizaje de toda esa parte del continente. Se tatuó, se horadó, se peinó y se vistió a la usanza local, adoptó las costumbres y la religión mayas, peleó al lado de los guerreros y en ocasiones dirigió combates contra los propios españoles. Esto se dijo en las crónicas con vivo recelo y con la voluntad de creer que los nativos por sí mismos nunca los hubieran hostilizado.

Los importantes avatares de estos náufragos del inicio del siglo de la Conquista moldearon los primeros hechos de la historia mexicana, las formas de interrelación de dos mundos completamente desconocidos entre sí. Uno, Aguilar, conservó sus costumbres aun a costa de la esclavitud, con la convicción de evangelizar a los nativos, la decisión esperanzadora de dominar todo el ámbito recién descubierto. El otro, Guerrero, se integró por completo a una de las culturas mesoamericanas, dio pie al fenómeno del mestizaje, peleó incluso, se dijo, contra los suyos acaso con un oscuro o inconsciente afán de autonomía.

Paradojas en la conducta humana: Aguilar el sumiso, consintió la esclavitud para salvar la vida hasta la abyección del servilismo. Servil entre “bárbaros”, conservaba su cultura católica hispana, para después sumarse a las filas de los conquistadores, donde aportó su ayuda invaluable no sólo como traductor. Más tarde también sería el segundo regidor de una villa en suelo mesoamericano. Gonzalo Guerrero, el astuto y valiente, se insertó ventajosamente en un reino maya casándose con una principal, ascendiendo a capitán de un cacique y guerreando en el bando indígena. Se había convertido a la religión y a la cultura mayas, se había tornado en un traidor a los ojos de sus coterráneos y había desaparecido junto con su progenie mestiza en el mundo milenario de los mayas.

JERÓNIMO DE AGUILAR

El seminarista Jerónimo de Aguilar miró al suelo una vez que su amo el cacique Ah Kin Cutz lo llevó hasta su aldea. No quería provocar en modo alguno la violencia que había observado días antes. A la vez los aldeanos se admiraban de su mansedumbre.

La obra de Diego López Cogolludo es una de las fuentes más importantes de la historia maya y en ella quedó asentado el relato de vivos colores que contribuyó a la leyenda del seminarista en las playas del Caribe. Ah Kin Cutz murió en poco tiempo y le sucedió el jefe Ahmay, menos benevolente que el primero y dispuesto a encontrar motivos para eliminar al extraño. De modo que Jerónimo de Aguilar entendió que debía plegarse a la sumisión total y al servicio expedito para su amo y en general para cualquier miembro de la comunidad. Y así, “apenas si alzaba los ojos para mirar a las mujeres” para no ocasionar ningún encono entre los varones.¹ Ahmay, que tenía gran curiosidad por la conducta del esclavo, ideó según López una trampa para probarlo. Esto parece un cuento con el tono de las viejas consejas árabes e indias contenidas en *Las mil y una noches*, consejas que empezaban a circular de boca en boca en el siglo de la Conquista. Ya que Jerónimo en efecto bajaba la vista al paso de las desenfadadas mozas con indiferencia impenetrable, el cacique pudo sin embargo observar que había una en particular con quien se veía “más tentado, y que necesitó mucho del auxilio divino para no caer como flaco”. López guardó estas palabras del propio cacique: “Enviéle una vez con una india muy hermosa, moza de catorce años, industriada de lo que había de hacer, a pescar a la mar una noche”. Y he allí que “antes del amanecer para la pesca ella se echó en una hamaca y lo llamaba. Él se apartó a la playa donde hizo lumbre y se recostó. Ella le llamaba con halagos” pero también con provocadores denuestos: que no era un hombre de verdad y que le hería su desinterés. La moza tenía 14 años y el seminarista 30.² Pero él se acordaba de su doble

¹ Fray Diego López Cogolludo, 1954, p. 106.

² Puesto que en 1529 Jerónimo de Aguilar declaró en el juicio de residencia que se aplicó a Cortés que era de la edad de 40 años. Véase el documento núm. 100, “Algunas respuestas de Jerónimo de Aguilar del 5 de abril de 1529”, en José Luis Martínez, 1993, 1a. reimpr., p. 64.

promesa, a la Iglesia y a las consignas de las autoridades de La Española, de no tener acceso a mujer infiel y así regresaron conturbados a la aldea, ella provocada por la extraña determinación del fuereño.

Después la joven fue sometida a un interrogatorio a solas. Entonces el cacique “hizo mayor estimación de Jerónimo de Aguilar, confiándole su casa y su familia”.³ El extranjero había asumido la actuación de un eunuco en el harem del “Gran Cairo”, como fue llamada Tulum cuando por vez primera fue vista desde las naves por los españoles.

Allá quedaría la playa de la tentación del maligno en la memoria del seminarista, el mundo de los naturales cuya historia había transcurrido toda bajo el poder dominador de Lucifer, como después se señalaría con insistencia. Pero Aguilar se guiaba por las consignas católicas de su cultura española; eran su herencia. Y confiaba en que sólo con ella podría sobrevivir y era lo único que le daba un sentido a su vida en medio de paganos. Pensó que también a San Antonio lo había asaltado el diablo con idénticas tentaciones. Él era un virtuoso cristiano y acaso observara, como casi cuatro siglos más tarde observó William Prescott, que “la continencia es virtud rara y difícil entre salvajes”,⁴ y que sólo ellos, los españoles católicos y civilizados podían asumirla; aunque fue una realidad la influencia enorme que la cultura maya imprimiera en la mentalidad de Aguilar, como se demostró por el escueto uso del taparrabos como único vestido, el uso de macana, arco y flechas, el dominio de la lengua, el hecho de que el vestuario español le resultase insopor-table en su encuentro con Cortés, el saludo indígena de tomar tierra y llevársela a la boca. Se había compenetrado sin duda con el mundo maya, al punto en que Bernal Díaz señala que al encontrarse con los españoles hablaba con mucha torpeza su propia lengua materna que en buena medida había olvidado en los largos días de la selva. Por eso López Rayón descubre la confesión de Aguilar, que dijo que ante la hermosa india de la hamaca, en la noche de su prueba frente al mar, hubo un momento en que estuvo a punto de flaquear.

López Rayón también aportó el dato de que Hernán Cortés, para compensar los servicios que Aguilar había proporcionado en la Con-

³ *Ibid.*, p. 107.

⁴ William Prescott, 1976, p. 129.

quista como traductor del maya y como soldado, lo había nombrado regidor de la villa de Segura de la Frontera en la provincia de Tepeaca, cargo que habría confirmado el rey en el año 1523.⁵

Ocho largos años de Jerónimo en aquel mundo fabuloso y brutal. Que acaso hubiera aceptado ya como su destino hasta el fin de sus días, si no fuera porque la contrición y el celibato impuesto por su cultura católica le salvaron la vida paradójicamente, dándole un lugar como esclavo. Y de esta forma sirvió a la familia principal del cacicazgo haciendo tareas domésticas de acarrear leña, prender el fuego con los métodos locales, limpiar, sembrar, pescar, cazar, cuidar de las mujeres y pelear en las batallas contra los reinos vecinos. Era consciente de sus circunstancias y estaba enterado de que hacia el sur, en Chacate'mal, vivía su compañero de aventuras Gonzalo Guerrero, cuya suerte había sido opuesta a la propia porque aquél se había convertido a la religión de los mayas.

Aguilar encontró sitio bajo la tutela de Ahmay a pesar de que los vecinos de este cacique lo presionaban constantemente para que sacrificara al extranjero que no habría de traer nada bueno a la comunidad. Pero cuando en cierta ocasión Ahmay entró en batalla contra otro cacique rival, de otro reino, Aguilar se alistó para la guerra y peleó victoriósamente armado de rodela, macana, arco y flechas, lo cual le acarreó mayor apreciación de su amo. Corrió entonces la voz y se juntó una congregación de pueblos enemigos para atacar a Ahmay con el pretexto de que los dioses estaban muy enojados con el extranjero.⁶ El concejo del cacicazgo, que sin embargo ya incluía la presencia y el voto de Aguilar, se reunió para considerar la seria amenaza de guerra. Unos opinaban que era necesario dar la cara a la afrenta, pero a otros les parecía indispensable sacrificar al extranjero para evitarlo. Cuando tocó el turno de Aguilar para referirse al problema, dijo:

⁵ Ignacio López Rayón escribió una biografía de Jerónimo de Aguilar supuestamente basada en Herrera y en un manuscrito anónimo titulado *Vida de Cortés*, del Archivo General de la Nación, que José Luis Martínez, quien reproduce la biografía, declaró que la obra anónima no ha podido ser hallada en el AGN. Sin embargo, la *Vida de Cortés* de autor anónimo si existe y está traducida del latín, lengua en que fue escrita y publicada por Joaquín García Icazbalceta, 1980, pp. 309-357. Este documento fue descubierto por Juan Bautista Muñoz en el Archivo de Simancas, Sala de Indias, legajo “Relaciones y papeles tocante á entradas y poblaciones”, el 6 de enero de 1782.

⁶ *Ibid.*, p. 109.

Yo espero con toda confianza en mi Dios, a quien adoro, que pues la justicia está por nosotros, he de conseguir victoria contra nuestros enemigos; y para que esto llegue al efecto que aseguro, yo con algunos nos cubriremos con la yerba, donde el enemigo no nos sienta y por aquella parte se dará principio a la batalla, retirándose los nuestros, hasta que los contrarios hayan pasado donde yo estuve. Despues les harán rostro, y yo acometeré por las espaldas, con que se turbarán, y no sabiendo cuántos somos, se han de desbaratar, y poner en fuga.⁷

Milagrosamente, fue aprobada la propuesta. Se deja ver en este episodio que la intuición indígena, que contemplaba la costumbre de la adopción divina, era proclive ya al dios extranjero, que a través de Aguilar apuntaba a la victoria en cuestión de guerra.

Dice el cronista que en el encuentro Aguilar arengó a su gente de esta manera: “Señores, ya veis el enemigo, y os va ser esclavos suyos, o señores de todo; acordaos de lo concertado, y buen ánimo”.

No solamente, pues, fue la simpatía que el dios extranjero despertó entre los nativos, sino que en el fragor de la batalla éstos oyeron la arenga de Aguilar que contenía un punto de vista diferente y un cálculo más pragmático del futuro.

Enseguida, el bando de Ahmay fingió irse retirando de la batalla hasta pasar del escondrijo de Aguilar, quien con los suyos salió por la retaguardia para dar al enemigo un duro golpe sorpresivo que permitió que los de Ahmay arremetieran de frente, lo que causó gran desconcierto y pérdidas entre los enemigos y así murieron muchos en la trampa de Aguilar, que además proponía la eliminación constante de los contrarios sin esperar a atraparlos vivos para el sacrificio (ritual que prohibía su religión católica); Ahmay sí tomó muchos principales prisioneros para sacrificarlos y el saldo constituyó una gran victoria. El reino de Ahmay se engrandecía repentinamente, su prestigio, su leyenda, penetraban en los alrededores de la selva.

Apunta Diego López en su crónica que precisamente en ese momento de gloria, Aguilar recibió una carta de la isla de Cozumel: era de Hernán Cortés que lo llamaba para que se reintegrara con los suyos.

⁷ *Idem.*

Cuando el novicio informó al cacique de esa llamada, éste aprobó por el prestigio del guerrero y por agradecimiento, y además por tener un aliado entre los poderosos extranjeros que arribaron en once grandes naves a sus costas. Desde luego hay quienes piensan que el cacique consintió la partida de Aguilar ante el llamado de Cortés por las cuentas de colores que éste envió junto con su carta para pagar de tal modo el rescate.⁸

Según Diego López, Aguilar contó que en la fiesta de triunfo después de la batalla habían izado muy alto a un perrillo para flecharlo, una costumbre que deja ver el orgullo del triunfo en la guerra, resumido en esta ceremonia no extraña a otras equivalencias medievales del mundo europeo. Un principal que estaba en la fiesta, bien ataviado de plumas, sayal, adornos y pintura facial le salió al paso con ánimo agrio de rencor y suspicacia, y asiéndolo fuertemente del brazo le espetó: “observa la puntería que tienen, ¿crees que errarían si te pusieran a ti en vez del perro?” De nuevo Aguilar se defendió con la astucia que la necesidad había hecho que nunca le faltara:

“Señor, tu esclavo soy, y podrás disponer a tu voluntad de mi persona; pero no querrá la bondad de tu corazón perder sin causa a un esclavo, que con toda voluntad te servirá en lo que mandares”. El principal terminó por confesarle que lo había enviado el cacique para ponerlo a prueba una vez más, con lo que Aguilar quedó más advertido.⁹

Es claro que Hernán Cortés tenía conocimiento de la existencia de los naufragos de Yucatán. Francisco Hernández de Córdoba, el rico hacendado avecindado en Cuba, que realizó el primer viaje en 1517 tuvo información sobre el caso. También informa (dato de gran importancia) de la existencia de una tierra rica en oro llamada “Culúa”, y esta información procedió de boca de los mayas de Cabo Catoche cuando se enteraron de que el interés principal de los recién llegados era sobre ese metal. Cuando su fragata conducida por el piloto Antón de Alaminos regresa a Cuba con dos rehenes tomados en la punta Catoche, los célebres mayas Julianillo y Melchorejo, también lo habían confirmado. Al año siguiente, cuando llegó Juan de Grijalva a la isla de Cozumel, una

⁸ Juan Miralles Ostos, 2004, p. 18.

⁹ *Ibid.*, p. 110.

india de Jamaica que junto con su marido había sido arrojada por el mal tiempo hasta sus costas, informó de los náufragos puesto que ya hablaba un poco de maya y con seguridad su información fue a dar al español por medio de Julián y de Melchor, que ya habían aprendido sus rudimentos. Por último, en el *Pliego de instrucciones* que le dio Diego Velázquez a Cortés antes de que partiera se especificaba expresamente que Melchorejo conocía a los caciques que mantenían prisioneros a los dos náufragos. Este documento de archivo está firmado en Santiago de Cuba el jueves 13 de octubre de 1518 ante el notario Vicente López. Copia del mismo se incluye en el *Cedulario cortesiano* que compilaron Beatriz Arteaga Garza y Guadalupe Pérez Sanvicente. También está incluido este valioso escrito en los *Documentos cortesianos* de Martínez, aunque en esta versión se fecha el documento el 23 de octubre.¹⁰

Pero Hernán Cortés hizo caso omiso de las *Instrucciones* y no sólo en lo que atañe a los náufragos, de cuya existencia escribió que se hubo enterado a su llegada a Cozumel, sino del conjunto de sus recomendaciones que lo obligaban tan sólo a llegar a Yucatán, hacer algunos “rescates” y regresar a Cuba. Y así, en la *Carta del cabildo* (dirigida a Carlos V), documento que con seguridad fue redactado por él aunque firmado por el resto de la armada, se dice: “Supo el capitán que unos españoles estaban, siete años había, cautivos en el Yucatán en poder de ciertos caciques.”¹¹

De los dos rehenes mayas tomados por Hernández de Córdoba en punta Catoche sobrevivió Melchor, que desertó del bando español en Centla aprovechando la confusión de la batalla. Y de allí regresó a su tierra, Catoche. Julianillo, como atestigua Bernal Díaz del Castillo, había muerto.¹²

Cuando Aguilar encontró a Hernán Cortés en Cozumel habían pasado ocho años de su naufragio, el que lo relegara entre los mayas de

¹⁰ *Cedulario cortesiano*, 1949, pp. 23 y 24; véase Miralles, 2004, p. 17; José Luis Martínez, 1993, p. 45. Es muy probable que la fecha de la firma asignada por Martínez sea la correcta en vista de que fue cotejada con el *Cedulario cortesiano* de Arteaga y Pérez, y también con Francisco Cervantes de Salazar, 1985, y con William H. Prescott, 1976, parte II, documento V.

¹¹ Hernán Cortés, 1870, p. 17.

¹² Bernal Díaz del Castillo, 1983, p. 61.

un reino cercano a Isla Mujeres sin ninguna esperanza de volver a ver a los suyos. Cortés quiso saber por boca del naufrago en qué consistía el mundo de los mayas, pero Jerónimo sólo pudo informarle de las cosas de la aldea donde había vivido sin haber salido nunca más allá de cuatro leguas, adonde iba a cazar y a recoger leña, siempre vigilado por una cuadrilla. Cortés lo había salvado, a pesar de que Juan de Grijalva había declarado en Cuba al regresar de Yucatán que era falso que hubiese naufragos.¹³

Bernal Díaz del Castillo (cap. CCV) por último, dijo (lo cual citó Ignacio López Rayón en su esbozo biográfico) que Jerónimo de Aguilar, que era buen soldado, “murió tullido de bubas”. Y esta insólita referencia no puede en modo alguno evitar que sus lectores quedaran con dudas respecto de la santidad cristiana del célebre traductor, entre las vastas selvas del mundo maya y en las correrías posteriores de las huestes de Cortés, de las que hizo parte, en la alucinante empresa de la conquista de México-Tenochtitlan.

GONZALO GUERRERO¹⁴

Cuando los seis naufragos españoles prisioneros de los mayas en alguna aldea del sur de Cabo Catoche lograron escapar rompiendo el techo, huyeron por cualquier camino de la selva por espacio de unas siete leguas. La escapatoria se organizó por sugerencia de Gonzalo Guerrero, aunque el artífice principal y el guía hubiera sido Jerónimo de Aguilar, el de mayor rango, pues según se dice, a más de seminarista era alférez de montada: el que porta el estandarte cuando un grupo principal delantero va a caballo. Habían visto cómo sacrificaban a Juan de Valdivia y aun llegaron a saber cómo comieron sus carnes en una ceremonia espe-

¹³ Hernán Cortés, 1870, p. 19.

¹⁴ La información en que se basa este apartado proviene principalmente de la obra de fray Joseph de San Buenaventura ya citada (cuando no se indique a otro autor): *Historias de la conquista del Mayab 1511-1697*, 1994. Para observaciones sobre este autor y su obra véase el último capítulo de este libro: “Dos versiones desniveladas y equidistantes en el tiempo”, p. 139.



Figura 7. Oxtankah, la antigua Chaacte'mal donde vivió Gonzalo Guerrero. Ruinas de la ciudad. Fotos del autor.

cial y así dijeron que comían “la gente humana como los salvajes del Darién”.

Pedro Mártir de Anglería contó en sus *Décadas* la cruda anécdota que llegó a oídos de la madre de Jerónimo de Aguilar, en Écija, del rumor de que los indios se habían comido a su hijo allende el mar. La pobre mujer se desgarraba las vestiduras cuando veía carne asada y decía: “Ved ahí pedazos de mi hijo: ved en mí la más desgraciada de las mujeres”.

En la huida llevaban el sol a la espalda: iban hacia el poniente. Se puede inferir de este dato de San Buenaventura que la primera aldea de los captores se ubicaba al suroeste de Catoche, pues el destino final de la fuga de Guerrero fue en la costa sureste de la península, en Chetumal, Chaacte'mal, la hoy ruinosa Oxtankah. Y que tal ocurría en las primeras horas de la mañana. Los seis fugitivos aterrados y exhaustos todavía llevaban la visión de la aldea, la alta pirámide donde sacrificaban, la muchedumbre ataviada de modo nunca visto, los “chaces” o sacerdotes embadurnados de negro y con los pelos largos, tiesos y enmarañados, la víctima desnuda pintada de azul, la gente frente a la cual habían pasado, que se admiró de verlos por primera vez, y muertos de risa, porque “estas gentes siempre se están de risa así las mozas como los mancebos”.¹⁵

Encontraron un arroyo y bebieron, ávidos de mitigar la sed; se detuvieron a descansar. Pero fue entonces cuando de nuevo son sorprendidos y atrapados. Tres de ellos se bañaban, otro se había quitado las botas y huía descalzo y pronto cayó. La confusión del momento permitió que Aguilar y Guerrero lograsen escapar, aunque cada quien tuvo que huir por su lado, y aquí hay un hito en la historia de ambos personajes.

Gonzalo Guerrero corrió lo más que pudo, después caminó durante veinte días, nunca supo nada más de sus compañeros excepto de Aguilar, años más tarde. En su huida se topó con un jaguar al que logró esquivar, el animal sagrado de los mayas, esa especie de tótem antes referido. Comió frutos desconocidos y yerbas hasta que llegó a un pueblo de la costa, que vio de lejos entre la foresta: el mismo patrón del otro, las pirámides, construcciones de piedra, bajareque, techos de palma, plazas y mucha gente circulando. “Lo descubrieron dos mancebos y dos mozas que paseaban”, que dieron aviso de inmediato y pronto Gonzalo fue

¹⁵ Fray Joseph de San Buenaventura, 1994, p. 23.

aprehendido por guardias y conducido hasta la plaza principal. “Mucha gente en torno, mujeres y viejos mirábanme mucho y hablaban y se reían de mí en todo momento. Después vinieron cuatro soldados adornados de muchas plumas, también sus armas [...] lo llevaron a una gran casa de bajareque pintada de verde”, las demás estaban pintadas de blanco.¹⁶ La casa verde tenía muchos petates en el piso del salón, del techo colgaban unas telas de grueso tejido, las paredes estaban decoradas con figuras de colores y de ellas pendían otras telas gruesas bien bordadas: era un gran aposento. Lo vigilaban dos filas de cinco soldados cada una, inmóviles y serios. Al fondo y contra la pared había una suerte de trono hecho de piedra, con las dos patas delanteras labradas como patas de felino y cubierto con una gruesa tela tejida de plumas de colores. Y entonces apareció un hombre distinto, con su séquito y bizarramente ataviado con un gran penacho o arandela de largas plumas verdes y rojas, que enmarcaba su rostro. Era el rey, o cacique. Vestía una larga capa bordada y con muchos adornos, una corona con alto frontal al parecer de oro puro, zarcillos de lo mismo en las orejas y collar con cuentas y una tablilla plana también de oro. Brazaletes de oro. Sandalias de hilo de henequén muy tejido y de fuerte trama. Llevaba en la mano un cetro largo de piedra verde con plumas en la punta. La túnica era blanca y pura. Los soldados de inmediato hicieron su saludo a modo de reverencia agachándose, tocando el suelo y llevándose el pulgar a la boca. Cuando el cacique ocupó su silla y miró al prisionero, éste hizo una reverencia a su modo: descubriendose, llevando la diestra al pecho e inclinándose. Los ancianos del séquito se sentaron sobre las esteras. También habían entrado al salón unas mujeres bien vestidas, adornadas con finas piedras verdes y oro. Se distinguía una moza que era hija del cacique, llamada Yxpilotzama y era acompañada de un ballet de muchachas bien ataviadas. Cuando Guerrero hace su reverencia, las mozas no reprimen sus risillas, el cacique menos, pero de inmediato se puso a hablar largamente con el concejo de ancianos y Guerrero oyó conturbado el lenguaje desconocido lleno de interjecciones enérgicas y fluidas.

El cacique sale. El prisionero es conducido a un gran patio “con pi-

¹⁶ *Ibid.*, p. 27.

lastrones redondos y estancias por dentro".¹⁷ Éste fue su primer encuentro con el *halach uinic* llamado Ach Nachan Kan Xiuu.

El conturbado Guerrero no habría podido imaginar entonces que Yzpilotzama sería su esposa, que tendría hijos mestizos y que su vida daría un vuelco indecible.

Dos sirvientes lo acomodaron en una estancia y le llevaron tinajas de agua para que se lavara y ropa limpia consistente en una suerte de túnica blanca, además de una manta corta para usarse de taparrabos. Poco después le llevaron comida: frijoles (*bu'ul*), tortillas (*cim*), faisán cocido, frutas y un refresco desconocido. Llegó la noche y pudo descansar a sus anchas, pero temprano a la mañana siguiente lo despertó el ajetreo de gente que salía de las estancias, que hablaba, lo observaba con atención y se reía bobamente: hilaridad sólo por la diferencia. Se sentaron a la orilla de las gradas a contemplarlo y pronto trajeron desayuno para todos, en tinajas grandes, ollas de dos asas, cestas de henequén, platos de barro, la bebida se sirvió en jícaras.

Después llegó un maestro con los materiales necesarios para enseñarle a tejer telas gruesas como hacían los demás, y aquí Gonzalo entendió que estaba en un sitio para esclavos. Aprendió, trabajó, se confundió entre los demás y pronto comenzó a hacer amistad con otro esclavo llamado Ah Zinac Xiuu que desde un principio se mostró solícito y amigable con él. Después de algunos días, el extranjero pidió maderas y herramientas para trabajarlas y en cuatro días, ante la curiosidad general, construyó un banquillo como nunca se había visto y se lo regaló a su amigo. Pronto sería la fiesta de Kukulkán, el dios del viento; el amigo enseñó el curioso banquillo a los capataces y éstos se lo llevaron al *halach uinic* (el "Calanchioni", como decía Bernal Díaz) Ah Nachan Kan Xiuu, que entendió que el extranjero tenía conocimientos muy distintos y quiso saber cuáles eran, así que ordenó que lo llevaran ante él y su familia, que ardía de curiosidad, sobre todo Yzpilotzama, la hija mayor. Guerrero había aprendido algunas palabras y giros del maya de su amigo Ah Zinac Xiuu y pudo contestarle afirmativamente al cacique que le preguntó si él había construido el banquillo. Como contestara en maya todos rieron. Además de la princesa estaban una vieja gorda,

¹⁷ *Ibid.*, p. 28.

una niña, otra joven y un muchacho que vestía engalanado con cintas de colores cruzadas que le subían por las pantorrillas, como cinturón una faja verde bien bordada, cinta carmesí de dos dedos de ancho atada a la frente y cayendo a las espaldas, una camisa sin mangas, brazaletes de oro, collar de cuentas de oro y una tablilla. Era el heredero, el *ahau galel*, Ach Balam Cahuel Xiuu. La moza mayor era Yzpilotzama¹⁸ y la pequeña, Yxpilotzili.

El cacique consultó con el concejo para que el extranjero adiestrara a su heredero en las artes que conocía, de carpintería, de guerra, de pesca y otras, que a señas y tropiezos Guerrero pudo indicar que conocía. A partir de entonces el extranjero cultivó amistad con el *ahau galel*, y por éste con toda la familia caciquil.

“Que en Chaacte’mal hay mucha prosperidad, grande abundancia de comida y bebida y mucho atavío para toda la gente”¹⁹ Las opiniones sobre Gonzalo Guerrero son apasionadas y naturalmente divididas. San Buenaventura apunta que era hombre instruido. Hijo de don Juan de Guerrero y de doña Rosario de Bahamonde, ambos hidalgos. En cambio Gonzalo de Oviedo reclama para el naufrago un origen “humilde y dudosos en cuestiones religiosas”, criado entre baja y vil gente “e no bien enseñado ni dottrinado en las cosas de nuestra sancta fée cathólica, o por ventura (como se debe sospechar), él sería de ruin casta é sospechosa a la mesma religión chripstiana”²⁰ Estas diferencias radicales de opiniones habrían de durar a lo largo de los siglos.

La risa que inicialmente despertara Gonzalo Guerrero entre los mayas, pronto se trocó en gran admiración, pues además de los conocimientos que demostraba, también era escultor, y como ebanista sabía hacer instrumentos musicales. La admiración y la sorpresa de todos llegó a su límite cuando un buen día terminó de confeccionar un gambarrino o vihuela corta para su caro alumno. La caja la hizo con caparazón de *wech* (*weech*: armadillo) y las cuerdas con tripas de algún gato

¹⁸ El prefijo *Ix* se antepone a los apellidos femeninos de linaje. *P'il* quiere decir “abrir los ojos, estar sobre aviso”. *Tzama* es el nombre de un linaje de Cozumel. José Luis Martínez, 1993, p. 154. “La noble cozumeleña avizorante” podría ser el significado del nombre.

¹⁹ San Buenaventura, 1994, p. 36.

²⁰ Gonzalo Oviedo y Valdés, 1851-1855, vol. 3, lib. XXXII, cap. III, p. 157, nota 38. Véase Gabriela Solís Robleda y Pedro Bracamonte en fray Joseph de San Buenaventura.

salvaje (*och*) de la zona. Poco después este instrumento y otros de cuerda habrían de ser adoptados por los músicos mayas y empezaron a sonar en las fiestas y rituales a las deidades en plazas y pirámides.

Tuvo que haberse dado el caso, en alguna mañana ociosa del tiempo de la selva, en el gran salón de los artesanos, en que Guerrero enseñara a presionar las cuerdas contra el diapasón. Dos o tres posiciones habrían sido suficientes para acompañar con los nuevos instrumentos el cencerro de los sones de caracoles, tunkules y chirimías de los mayas. Acaso los alumnos advirtieron algún rasgueo distinto que el maestro ejecutara al modo andaluz y quedaron sorprendidos del punteo de la lira, un nuevo modo, extraño y agradable, que entraba por sus oídos.

Pasaron los meses y se estrecharon las relaciones. Un día el *halach uinic*, previos protocolos acostumbrados en cuanto a las formas de petición de la novia (en el altiplano nahua eran realizados por la *cihuatlanque* o pedidora), convino en aceptar al extranjero como esposo de su hija mayor a cambio de un “rescate” o especie de dote que éste (ante la ausencia de su familia) debía pagarle en forma de siete años de trabajo. Y llegado el día de la boda unos sacerdotes condujeron a Gonzalo hasta la efigie de Itzamná para purificarlo en la “Casa de las iguanas”, recinto del dios, donde lo sahumaron con estorache (*pom*). Itzamná era el dios principal de la élite después de Hunab Ku y procedía de la vieja estirpe rectora de la antigua Chichén Itzá. Estaba esculpido en fina piedra verde y tenía muchos adornos de oro y media más de media vara.²¹ Al día siguiente se celebraría la boda en una ceremonia de matrimonio colectivo. En un gran patio cerrado, entre quince mozos y quince mozas, separados por sexo, toman de los cabos una larga cuerda de henequén (*nechen*) teñida de colores. Un sacerdote pregunta a los padres de ellas si se cumplió debidamente el “rescate”. Sahúman esta vez la estatua de Chaac, dios de la lluvia, que está a ras del suelo con piernas y manos cruzadas, con anteojeras y una nariz larga. Entran los músicos que ya incluyen dos gambarrinos hechos por Guerrero y suenan entre el tunkul, chirimías y caracoles y así se organiza de la gran multitud una peregrinación que lleva a los novios hasta el templo mayor o pirámide culminada por Kukulkán, la Serpiente Emplumada, que es un numen proce-

²¹ Medida de longitud equivalente a 835 milímetros y 9 décimas.

dente de la altiplanicie central de los nahuas. En el atrio hay otro Chaac, esta vez de pie sosteniendo una calabaza de piedra en las manos. Ahí los sacerdotes menores y el mayor toman la cuerda y la atan por ambos cabos dejando a los hombres al interior del círculo, mientras que a las mujeres las llevan ante Ixchel que está esculpida en piedra y es una figura humana con cabeza de serpiente, una suerte de Cihuacóatl o mujer-serpiente, que es una deidad femenina, y delante de ella apartan del pubis de las mozas una concha que las preservaba como solteras; entonces las meten entre la cuerda masculina donde las parejas se toman de la mano para ser sahumadas. Entran bailarines y cantores que actúan frente a los ídolos, ellos portan largas capas de colores y muchos cascabeles en tobillos y muñecas, con sonajas de jícaras que están llenas de semillas. Después de una hora otras mozas sacan a las parejas del aro y llevan la cuerda ante Ixchel como augurio para que ellas mismas se casen “con mancebo de su buen agrado”,²² y llevan en andas a ambos ídolos. Enseguida, un banquete abundante y los novios deben comer con quienes (varios) los inviten, así que tienen que repetir sobre varios manteles. Hay muchas reverencias a Yzpilotzama y acuden desde sus casas otras mozas que portan regalos de cerámica, telas y flores para ella, que los hace recoger con sus sirvientes.

A este punto es conveniente dejar hablar al propio Gonzalo Guererro, cuyas palabras, según asegura fray Joseph, fueron retenidas por él de un documento escrito con características que serán observadas posteriormente (v. *infra* cap. “Dos versiones desniveladas y equidistantes en el tiempo”, p. 139).

Y fuimos presto a la casa grande y había en la casa un grande festejo y celebraron mucho la nuestra entrada a la casa, y yo corrime todo el tiempo de mucha vergüenza por el halago que de la mi persona hacían. Y así que festejamos toda la aquella tarde, vínose la noche y fuime con la mi mujer a su aposento y holgueme mucho con ella por la falta que de la mujer tenía. Y fue de mucha felicidad para mí y para ella.²³

²² Gonzalo Oviedo y Valdés, *op. cit.*, p. 41.

²³ *Idem.*

Pasan los meses y llega el primer crío y, como se trata de un evento memorable puesto que con él aparece el primer mestizo de Mesoamérica, vale mucho la pena seguir teniendo la referencia del cronista y escuchar esa voz que se urdió entre el tiempo de los mayas:

Nos nació un niño que no es blanco ni moreno, pero que tiene los ojos claros y tiene blanca la piel del cuerpo más que en la faz. [...] Fue muy grande maravilla y peor asombro para toda la familia real y para mucha gente de este pueblo y de los pueblos de cerca y de lejos, que venían por mirar al niño mi hijo, pero que la madre tenía de aquesto mucha reserva porque tenía temor de que lo mirara mucha gente por ese mal que suele darle a los niños aquí, que dicenle el mal del ojo caliente y que en jamás dejó que lo miren los brujos y los zahorines y jamás lo mostró a los chaces y ah kin, ni nacon, ni a la esa caterva proscrita de los sacrificadores, pues que temía mucho de ellos.²⁴

La fuente que citamos es única y novedosísima. Entre otros asuntos, es la única que matiza fuertemente el lugar común de la historiografía que cree que Gonzalo Guerrero fue un converso total a la religiosidad y a la cultura mayas (por lo tanto un traidor a los ojos de los españoles), por el hecho de que prefirió casarse y vivir entre ese grupo; por el hecho de haberse tatuado, horadado y vestido a la usanza maya; también por haber puesto estas circunstancias como definitivas para no regresar con los españoles cuando Hernán Cortés se lo solicita; por último, por haber (así lo anotan también otras muchas fuentes) incitado a los mayas a la guerra contra los españoles, y aun por haber participado en dichas batallas.

San Buenaventura registra el dato de que Yzpilotzama, a pesar de ser miembro principal del cacicazgo de Chetumal, por lo tanto modelo de usos y costumbres mayas, que debía estar imbuida de éstos, que conformarían el fondo de sus convicciones, pregunta a su marido que si en el país de donde él procede existen las mismas creencias e ideología. A este punto la hija del cacique aparece como alguien que repudia el sacrificio humano y las prácticas sacerdotales y que pregunta con frecuencia a su marido si acaso en España existieron o consentirían tales costumbres.

La respuesta a este asunto, contenida en la fuente, sólo permite dudar acerca de que las opiniones que la fundamentan sean en efecto de Gon-

²⁴ *Ibid.*, p. 43.

zalo Guerrero o del autor que reseña sus hechos. Pero si la respuesta afirmativa recae sobre el autor, la sustancia del hecho no tiene una gran distinción: hubo españoles de principios del XVII (y, lo que es aún más polémico, que tales fueron miembros de la Iglesia católica, puesto que el autor fue fraile y activo misionero y evangelizador) que consideraron que la conversión de Guerrero no fue total, y que tampoco la convicción de los principales mayas, respecto de sus propias creencias religiosas y del régimen sacrificial, fueron muy sólidas. De hecho el caso fehaciente de que existía la costumbre religiosa de la aceptación y adopción de deidades fuereñas entre todos los reinos del mundo mesoamericano apoyaría este segundo caso aludido, relativo a las convicciones de los principales: ellos no serían reacios a adoptar otros dioses.

En primer término tenemos que Yzpilotzama renegaba de los sacrificios y otras prácticas religiosas. Y que al considerar que en España no existieran tales la predisponía a aceptar como preferible la religión española. En segundo, encontramos a un Gonzalo Guerrero catequizador que no ha renunciado del todo a su formación católica y que se enorgullece de la prohibición que establece su religión respecto del sacrificio y la idolatría, además de otras prácticas. Y en tercero, el naufrago considera íntimamente que el sacrificio sí existe en España, sólo que expresado de otras formas. Observemos el siguiente pasaje:

Aunque por ser ella quien ella érase [su esposa], en nada complacíale la esta bárbara costumbre de la gente suya, que a mí preguntome más de una vez si allá en la España había la esta costumbre de los sacrificios y dijéle yo cien veces no, aunque para mí tengo yo que sí los hay aunque de otro modo y manera [...]²⁵ y veredes vosotros la Santa Inquisición con el fuego y la parrilla, con el toro de bronce y el potro del estirado, la cadena y la rueda, con el acial y la cinta y el torno del pie y más y más, veredes ahora los esos señores del fuero y el feudo con quien tan mal lo pasan algunos de sus vasallos, señores de la horca y del cuchillo, dueños de vidas y haciendas.²⁶

Gonzalo le hablaba a su mujer de todas las cosas buenas que hay en España. Y a ella le gustaba oír acerca de la religión cristiana. De las

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Ibid.*, p. 42.

campanas de los templos. Él se lamenta de que no haya curas para “cristianar” el mayab. Admira la gran memoria e inteligencia de su mujer; considera un acierto su juicio sobre ciertas prácticas mayas. Todo esto es perfectamente posible.

Es por demás curioso que haya existido en épocas tan tempranas la audaz opinión, por demás moderna y polémica, de que el sacrificio tuviera equivalencia en España de otras maneras. En la actualidad esta idea recurre a ejemplos contemporáneos de crueldad del mundo europeo, igualmente aberrantes o más que los sacrificios antiguos.

Pero tanto aquellas opiniones, como estas de nuestros días, están fundadas en equívocos movidos por fuertes pasiones, pues los sacrificios en primer lugar integraban de manera fundamental la antigua religiosidad; eran un rito religioso central cuyo simbolismo podría ser equivalente a la comunión del catolicismo. Mientras que la acción de la Inquisición no era un rito religioso central (aunque se empapara de convicciones cristianas) sino, más bien, el recurso de la tortura que casi todos los estados y congregaciones usaron como medida de coacción y siguen usando hasta nuestros días. Son pues dos fenómenos de naturaleza muy distinta.

Este equívoco se formó porque el fenómeno del sacrificio se juzgó desde un punto de vista moral y no teológico, antropológico o histórico. Se juzgaba, *grossó modo*, qué tanta crueldad humana abrigaba. Y desde esa sola perspectiva desde luego que es equiparable con otras acciones: y así, finalmente, sacrificio y tortura dejan un mismo saldo de muerte. Pero el problema no era el crimen, que aparte de sacrificio y tortura ha tenido infinidad de otras causas en todas las culturas del mundo. El problema era el contexto, moral y cívico, en el que ocurrían esas prácticas.

Como fruto de aquel equívoco y confusión se perfiló la trampa de que clérigos y conquistadores, pensadores y jueces, muy temprano en el siglo de la Conquista concluyeron que la existencia de los sacrificios en los reinos indígenas era una prueba (igual que la idolatría o la sodomía) para juzgarlos atrasados, equivocados y luciferinos. Condiciones que hacían indispensable que la evangelización cristiana los redimiera piañosamente, léase, cristianamente. La razón que observaba estos hechos se defendió arguyendo que la tortura en España era igual de cruel que el sacrificio. Por supuesto, pero este no era el punto a dilucidar.

Por otra parte está el hecho ambiguo y fascinante de que la situación de Gonzalo Guerrero en el mundo maya era (¿o fue sólo al principio?) involuntaria: había sido cautivado y vuelto esclavo.

Se dice en la fuente que citamos que Gonzalo Guerrero procreó con su mujer maya tres hijos: Gonzalo, Juan de Guerrero y una niña rubia, doña Rosario, que era el nombre de la madre del naufrago. Que en España tuvo cinco hermanos: Gonzalo, Juan, Rosario, María Manuela y Beatriz. No deja de llamar la atención que sus padres nombraran a dos de sus hijos con el mismo nombre, pero cabe recordar que también Hernán Cortés procedió de tal forma y tuvo dos Luises, dos Martines y dos Catalinas.

Guerrero se volvió un principal indígena en Chetumal y tuvo como sirviente, entre otros, a Ah Zinac Xiu, quien fuera su compañero de celda a su llegada a la ciudad. Simultáneamente fue, como la Malinche, evangelizador; el primero, se puede decir con seguridad, en tierra mesoamericana.

Existe también el curioso dato reportado por indígenas mayas de que un año antes de que llegaran las primeras naos de Francisco Hernández de Córdoba (1517) se desató una extraña peste: calenturas, dolor de cabeza y al tercer día granos negros purulentos; mal que había empezado en Maní, Chol, Cocom, y ya en tierras de Belice, Tipu; también en otras tierras más lejanas como Uaxactún, Zacoleu, Quiché, Xoyabak, Sahcabajá, Xelaxú y Chuimekana. El antiguo mundo maya de las selvas del sureste había entrado en una etapa compulsiva y catastrófica.

Aquí tenemos este elocuente testimonio del impacto de los españoles ante la estupefacción de los indios: “que venían en unos *acales* grandes”. El término es un préstamo del náhuatl, idioma que como *lingua franca* recorría el sureste desde el siglo IX. Significa, *a*, *atl*, agua, *calli*, casa, y está pluralizado en español, algo que era frecuente desde los primeros contactos. Casas o edificios o pirámides sobre el agua: las grandes naves españolas. Que los invasores bajaron a tierra y traían “unos animales grandes de grande pelea y grande fuerza”. Que venían “por cima de los lomos”, con lanza larga y escudo o *yahual*. Que “corren en grande y fiera manera”. Que no les entra la lanza ni la flecha “y traen en las sus manos el rayo de los cielos tenidos en unas cañas cortas y otras más largas por las que sacan el fuego y el rayo del cielo, que al que le caía lo

mataba en el mismo momento”.²⁷ Que los asombrados mayas vieron la llegada de Hernández de Córdoba a las costas de Champotón (la Bahía de la Mala Pelea, como se refirió después), donde fueron recibidos por los couoh, los más aguerridos mayas, y que fueron vencidos. “Se fueron con sus grandes animales en los acales para dentro del mar, y así desaparecieron en el horizonte.” Enterado Gonzalo Guerrero en Chetumal, se lamenta públicamente de la derrota y hace loas de la evangelización para gran progreso de estas tierras. Los otros principales lo escuchan con asombro. Y ya en su casa abomina de los sacrificios y de la antropofagia “que ni el moro hace porque es muy grande porquería”.²⁸

Al año siguiente llegó Juan de Grijalva a Tulum pero los mayas lo expulsaron después de siete días. Entonces el concejo y principales de varios pueblos consultaron a Guerrero sobre el hecho y él se aferró a la idea de que los españoles venían a cristianizar y a infundir un mejor modo de vida.

Un año más tarde llegaron once naves a Cozumel y se dijo que algunas continuaron hasta Chetumal.²⁹ A estas alturas habían pasado ocho años de la llegada de Gonzalo Guerrero. Sus hijos y su mujer habían aprendido en cierta medida el castellano. Su suegro el *halach uinic* lo llama y lo increpa en maya de esta manera: “*Jo caxabanok ah chic, ruqinaxa, nakal qieg, jolon, chozcolon qieg*” (“Aquí hay hombres de tu raza, puedes irte o quedarte”). Había expresado esto con furia y autoridad señalando la puerta con su báculo. Guerrero salió muy conturbado a la calle donde, para su sorpresa, se topó con cuatro soldados y dos caballeros oficiales de los castellanos, que al verlo le gritaron: “¡Ea, vos! Don Gonzalo Guerrero, venid a nos, queremos hablaros, son las órdenes del señor capitán general don Ferdinando de Cortés”. Todo esto había sido expresado con un vozarrón insolente y la gente que los rodeaba se había quedado muy asombrada de que hablara así frente a la casa del *halach uinic*. Aquí se dice que era don Conrado de Arias Maldonado quien lo hubiera increpado de tal manera y estaba junto a Jerónimo de Aguilar, quien había señalado a Gonzalo Guerrero.³⁰ Bernal

²⁷ *Ibid.*, p. 47.

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Ibid.*, pp. 51-52.

³⁰ *Ibid.*, p. 53.

Díaz del Castillo menciona a un Maldonado el Ancho, de Salamanca, persona prominente, que acaso fuera el mismo hombre.

Gonzalo Guerrero caminó hacia Maldonado y Jerónimo de Aguilar se adelantó para tomarlo por los brazos y decirle, “Bienaventurado yo que os vuelvo a ver, don Gonzalo, vivo y bueno y sano como ahora os miro”. Para continuar se refugiaron a la sombra de una palmera porque el sol calaba, y entonces Jerónimo de Aguilar agregó: “este caballero que veis es el señor alférez de la montada don Conrado de Arias, a las órdenes del señor capitán don Hernando Cortés, que así os ordena que vengáis con él al servicio del Rey nuestro señor y de las armas españolas”.³¹

Guerrero estaba entre la espada y la pared y Arias agregó irónico: “¡Y es mucho lo que tenéis por perderlo aquí!”

Según Aguilar expresó, los soldados traían instrucciones de Cortés de dejarle lo que pidiera en caso de que se negara a regresar, y que Guerrero pidió papel para escribir. Y que intentó una disculpa hablando de su familia maya que no quiso abandonar y además diciendo que ya había perdido el hábito de las armas, lo que provocó una risotada de los soldados. Todavía añadió Arias: “Mirad a mí que tengo trabado en las mis costillas una punta de pedernal de una de las estas flechas”.³² Guerrero se fue de prisa hacia su casa donde montó en cólera de impotencia. Los españoles se habían despedido; antes de partir dieron doce cañonazos de salva, que retumbaron en la aldea de Chetumal y Gonzalo Guerrero lloró.

Muy diferente fue la versión de Antonio de Solís y Ribadeneyra, contemporánea de la obra de fray Joseph de San Buenaventura y Cartagena que venimos citando; otra versión y muy negativa de la actitud de Guerrero.

También los hechos de este importante pasaje están narrados de otra manera en las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, en la *Crónica* de Andrés de Tapia y en la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo.

Gonzalo Guerrero vive en grandes aprietos después de la carta que le envió Hernán Cortés. Su situación era difícil y dudosa. Aquí están de nuevo sus propias palabras según el cronista:

³¹ *Idem.*

³² *Ibid.*, p. 54.

Y veo yo y mírolo bien que los mis hijos hacen mucho caso de la madre y en nada creen en mi [...], y el mozo mi hijo el mayor, que ahora tiene trece años y que está hecho más al abuelo el halach uinic que lo quiere mucho y apáñalo en todo lo suyo; el este mi hijo don Gonzalo que mírame a mí con recelo y más cautela que en nada quiere oír las mis palabras de darle la mejor explicación de todas las cosas que aquí acaecen.³³

Y acaso estas sombrías reflexiones de Guerrero, de ser ciertas, hayan tatuado la conducta familiar de aquellas zonas donde el prestigio y el poder de la madre indígena haya sido mayor que la del padre español, a diferencia de otras muchas donde el proceso ocurría al revés. Y que perduren formas antiguas en modos arquetípicos de la conducta de los mexicanos, lo que haría ejemplos concretos de cómo se habría forjado la tan recurrente actitud contracultural, que los estudiosos señalan hoy para intentar tipificar las mentalidades locales a lo largo de la historia nacional.

Según Bernal Díaz, cuando Jerónimo de Aguilar recibió de Hernán Cortés —que estaba en Cozumel— la carta que lo conminaba a reintegrarse con sus coterráneos, partió de inmediato para Chetumal para hacer partícipe de este hecho a su viejo compañero de desventuras Gonzalo Guerrero. Cabe hacer notar aquí que el trayecto a pie desde el norte de la península hasta Chetumal no debió haber tardado menos de una semana de camino, más otros cinco días quizá de regreso hasta Cozumel. Y que Cortés había ordenado a Diego de Ordaz esperar sólo ocho días en Cabo Catoche para rescatar a los naufragos.

Comoquiera, Aguilar se presentó en Chetumal con la carta. Y Gonzalo Guerrero le respondió así una vez que la hubo leído:

Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras: idos vos con Dios; que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas; ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.³⁴

³³ *Ibid.*, p. 71.

³⁴ Bernal Díaz del Castillo, 1983, pp. 64 y 65.

La mujer de Guerrero que escuchaba este diálogo intervino en maya con decisión y así le dijo a Aguilar: “Mirá con que viene este esclavo a llamar a mi marido: idos vos, y no curéis de más pláticas”. Pero Aguilar volvió a la cargada para decirle a Gonzalo “que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar”.³⁵

También es de mucho interés la discrepancia entre Aguilar e Yzpilotzama: ella le dirige pocas palabras, pero envenenadas con la alusión clasista de que le estaba respondiendo a un simple esclavo, aunque fuera español. Por su parte Jerónimo, aunque contestara en castellano, que la mujer ya entendía, dejaba ver también su desprecio profundo y hacia el chantaje moral de lo que significaba la pérdida de la cristiandad. Guerrero callaba ante tan difícil trance de tensión; no era la primera vez que debía asumir su pasividad.

Mientras tanto Cortés asistía por primera vez a un rito religioso de los indios en Cozumel. El sacerdote mayor se hacía cargo al final de la larga arenga a sus dioses y Hernán pidió a Melchorejo, que ya hablaba algo de español, que tradujese el discurso. Después hizo reunir a los principales para explicarles cómo estaban en un error infundido por el diablo al conservar esas creencias; que aquella prédica e ídolos eran malos. Se encendió en su explicación y arremetió contra los ídolos, para después poner en su lugar la cruz y a la virgen.

Cuando por fin Jerónimo de Aguilar estuvo frente a Cortés, no dudó en decirle cómo Gonzalo Guerrero había instigado a los indios a dar guerra a Francisco Hernández de Córdoba.³⁶

A Guerrero le parece que su suegro y su concejo piensan que él conoce la manera de conjurar el arribo de los españoles. Los principales de todo el mayab se reúnen durante tres días en Chetumal para deliberar sobre la acción de los españoles. En tan difícil situación, a Gonzalo Guerrero, que asiste a la reunión como principal, no le queda alternativa y llegado su turno empieza a hablar sobre la religión católica, su ética y sus misterios. Los sacerdotes ríen del hecho de que Jesucristo, siendo un dios, hubiera sido sacrificado a otro dios y, para completar la

³⁵ *Ibid.*, p. 65.

³⁶ *Ibid.*, p. 70.

incongruencia, que los sacrificadores hubieran sido los propios hombres de su pueblo.³⁷

Robert S. Chamberlain,³⁸ con base en el estudio de la *Relación de Oviedo*, agrega que algunos años después Francisco de Montejo el viejo hizo un requerimiento (documento que sobrevive) a Gonzalo Guerrero en Chetumal, al que éste se negó rotundamente no obstante las amenazas del adelantado, quien le recuerda que es la segunda vez que se niega, pues él fue testigo de la primera, promovida por Cortés.

Al año siguiente Francisco de Montejo regresa con su hijo (del mismo nombre), mozo apuesto, valiente y arrogante y con cargo de capitán de Castilla, que funda una ciudad española en Xicalango y otra en Itzamankanak. El hijo de Guerrero, Gonzalo Guerrero Kan Xiu, que a la sazón hablaba muy bien el castellano, dirigió entonces la batalla contra los españoles. Montejo el mozo comanda a los capitanes Alonso de Ávila y Lorenzo de Godoy, mientras él acude a Champotón al llamado de su padre. Ávila queda en Xicalango y Godoy en Itzamankanak. En un encuentro tenido en Acalan, el joven Guerrero logra derribar de su caballo a Montejo el mozo, pero éste logra escapar.³⁹ Todo esto ocurre en el año de 1533 cuando Gonzalo Guerrero el viejo tiene 54 años. Pero su hijo, cuyo nombre de batalla es Ah Kan Muan Kabul (gavilán celeste que golpea y parte en dos), está al mando de mil soldados mayas, los xiues, grandes guerreros. Mientras que Alonso de Ávila y Montejo el mozo deciden emprender la marcha y asediar directamente el reino de Chetumal. En el camino hay una cruenta batalla y Guerrero el mozo cae como prisionero. Los españoles logran dominar una parte de Chetumal que fue nombrada Ciudad Real de Castilla, mientras que el *halach huinic* atrincherado en otro reducto envía a Gonzalo Guerrero a parlamentar con el joven Montejo a fin de que libere a su nieto. Al mismo tiempo Ah Nachan Kan Xiu amenaza con convocar a todos los reinos circunvecinos: cocomes, tazes, cheles, cupules, tipúes, de no acceder a su petición.

Guerrero logra rescatar a su hijo bajo condición impuesta por Mon-

³⁷ Fray Joseph de San Buenaventura, 1994, p. 74.

³⁸ Robert S. Chamberlain, 1982. G. Solís et al., *op. cit.*, p. 166, nota 99.

³⁹ Fray Joseph de San Buenaventura, 1994, p. 84.

tejo de que cualquier reincidencia de parte del mestizo le habría de costar la muerte. Cuando lo fue a buscar a su prisión Guerrero notó que su hijo estaba preso en las mismas condiciones que él, 22 años atrás. Hablan largamente en español ante los guardias españoles que no dan crédito de que un maya hable perfectamente su lengua.⁴⁰

La ocupación de Chetumal duró pocos meses y la resistencia indígena, que dicen algunos que fue dirigida por Gonzalo el viejo, terminó por expulsar a Dávila y a Montejo. Y volvió el tiempo de la paz. Hasta que pasados diez años, hacia 1543 o 1545, cuando Gonzalo Guerrero hubiera tenido 64 años de haber sobrevivido a la guerra de Las Hibueras, tornaron las huestes españolas que lograron la caída definitiva de Uaymil-Chetumal ante la ofensiva de los capitanes Alonso y Melchor Pacheco. Este reinado maya de la selva se desintegró y los mayas, junto con la familia Guerrero, se refugiaron en otras comunidades.⁴¹

Anota vivamente Chamberlain que los españoles atribuyeron su expulsión de Chetumal al genio militar de Guerrero, y que todavía el naufrago avecindado entre los mayas llevaba contingentes a Las Hibueras para evitar la colonización en aquellos sitios de Honduras, en el Valle del Naco, donde gobernaba Andrés de Cerezeda hacia 1534. En la peor batalla de esta plaza, a la que tuvo que acudir el pelirrojo y temible Pedro de Alvarado, desde Guatemala, aportando un gran contingente, los españoles toman el fuerte del cacique Cozumba en el valle del río de Ulúa. Pierden los indios. En el valle surcado con sus cadáveres encontraron el de Gonzalo Guerrero, “vestido, pintado y lacerado ceremonialmente como un indígena”.⁴²

Gonzalo Guerrero el mozo fundó Ciudad Real de Chichén Itzá sobre las ruinas de esta antigua ciudad. Estableció un cabildo y asignó lotes de tierra a su pueblo. Mientras que Montejo el mozo fundaba Mérida sobre la también antigua ciudad de Tihó,⁴³ Guerrero el mestizo empezaba a regir entre los mayas de acuerdo con la causa de los españoles.

Montejo el mozo obtiene permiso del padre y después de la fundación

⁴⁰ *Ibid.*, p. 91.

⁴¹ *Idem.*

⁴² Robert S. Chamberlain, 1982, p. 178; véase Solís, p. 168, nota 108.

⁴³ Fray Joseph de San Buenaventura, 1994, p. 169.

de Mérida, el 6 de enero de 1542, se casa con la hija de un sacerdote principal de Tiho llamada Ix Mucuy Niczama. El padre de ella era un Ah Chilam Balam, la casta superior de los sacerdotes, y se llamaba Ah Ahilan Balam Xiu. Y cuando la novia fue bautizada por fray Antonio de Benavides recibió el nombre de María de la Concepción Montejo.⁴⁴

Antes, en 1525, Hernán Cortés regresaba de Las Hibueras a México-Tenochtitlan, a donde había ido para combatir a Cristóbal de Olid, que se había apoderado de la región matando al cacique Ah Balam Lempira. Este *halach huinic* maya había logrado convencer con prevención a cientos de pequeños reinos de la vasta región para que combatieran a los españoles y hacia un recuento del papel que éstos habían jugado en el mayab y de la suerte que esperaba a los indios bajo su tutela. Cristóbal de Olid empleó una trampa para matar al cacique, tan espectacular como aquella otra que 400 años más tarde usara en la hacienda de Chinameca el joven militar Guajardo para asesinar a Emiliano Zapata. Olid citó al cacique a cierto paraje, con la promesa de pactar una solución conveniente a ambos bandos, y allí lo mató. Desde las azoteas de Chinameca, Zapata todavía a caballo recibió una nutrida ráfaga que lo fulminó. Lempira a pie recibió la embestida a caballo de los españoles que dispararon sus arcabuces. El caballo: un animal que empezó por grabarse en la mente de los indígenas donde se infiltró como deidad extranjera que la religión local permitiría adoptar.

En 1525 Cortés entró a Tayasal donde se concentraba el reducto de los itzaes⁴⁵ más recalcitrantes y pactó con el *halach uinic* que en ese tiempo era Canek. Cuenta San Buenaventura que a instancia de los diálogos que ambos tuvieran (con seguridad traducidos por la Malinche y Jerónimo de Aguilar, presentes) Cortés regaló un caballo al *halach uinic*, que los ambicionaba con fervor. En las propias *Cartas de relación* consta que Cortés accedió a regalar el caballo porque éste ya estaba herido y pronto sería inservible “pues se hincó un palo por el pie”. Pero Canek, consagrado sacerdote y curandero, dijo que él lo podría curar.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 103.

⁴⁵ Tayasal fue nación de los itzaes, los últimos rebeldes mayas, a quienes describió con proflijidad el padre Bernardo de Lizana en 1633: *Historia de Yucatán. Devocionario de Nuestra Señora de Izmal y conquista espiritual*, 1893.

Cogolludo fue quien terminó por aderezar esta increíble historia. Dijo que no obstante la fe del cacique, el caballo murió en poco tiempo, cuando Cortés navegaba hacia Veracruz. Pero los fervientes itzaes le hicieron una estatua impresionante con la que buscaron remediar con toda exactitud el porte del hermoso animal, máxime que la obra se realizó cubriendo de barro el esqueleto para conservar las mejores proporciones, un procedimiento inaudito en la historia de la plástica en esta y otras latitudes. Consolidada la estatua, la colocaron en la cima de la pirámide principal donde la adoraron como a una deidad de alto rango.⁴⁶

Años más tarde el mismo Canek recibió la visita de fray Bartolomé de Fuensalida y fray Juan Joseph de Orbita, en Tayasal, vestido pomposamente de largas plumas formando un halo grande, túnica de algodón fino bordada de colores con plumas, finas sandalias y collares y pectorales y ajorcas de oro. Las pláticas fueron cordiales al punto en que el cacique permitió a los frailes que celebrasen una misa cristiana con todos los ingredientes de ese ceremonial. Y él se presentó ataviado como queda dicho y flanqueado de músicos y guardias. Pero no pudo evitar a cada acto de la ceremonia católica reír a carcajadas. No aceptó la nueva religión y despidió a los frailes con una promesa ambivalente: que los itzaes se convertirían al cristianismo tan sólo en la fecha del Katún 8 Ahau, fecha aciaga en que supuestamente se derrumbaban las ciudades mayas. Los frailes hacen pesquisas de cuándo se cumpliría tal simbólica fecha, les responden confusamente, por fin creen hallar un sacerdote entendido en los calendarios mayas que les asegura que tal ocurriría pasando un año, y retornan después de ese tiempo a Tayasal. Entonces ya gobierna otro Canek, sucesor del que había pactado con Hernán Cortés. Van al templo mayor y encuentran curiosamente en su cima a un caballo de arcilla y cuando preguntan sobre la causa de tal misterio los sacerdotes le indican que es el “tziminchac”, el caballo del trueno y del rayo, la base del jinete que dispara un arcabuz. Fray Juan Joseph de Orbita arremetió exasperado contra la estatua, que hizo polvo, y el pueblo enardecido tomó a los frailes y los llevó ante la efigie de Kukulcán para sacrificarlos.

⁴⁶ También Lizana, 1893, p. 113, fray Diego López Cogolludo, 1954, tomo I, cap. XVI, p. 148, y Solís, *op. cit.*, p. 108, reportan este hecho.

También se dijo que llegados a ese punto intervino Canek y que los rescató para que pudieran irse de Tayasal.⁴⁷

Pasó el tiempo. Fue en 1697 cuando el gobernador de Yucatán, Martín de Urzúa y Amezcua, sometió a Tayasal, último reducto de los itzaes radicales. El beato fray Adrián de Orortiz habló en maya desde las goletas rodeadas de canoas itzaes, pero los mayas mostraban a los españoles “las partes verendas y daban gran grita”.⁴⁸ Comenzó la guerra, destruyeron la ciudad, sus templos y sus ídolos. Se plantó la cruz el día de Santa Matilde virgen y mártir.⁴⁹

El caballo y la guerra antigua. Un formidable animal en las batallas. Simultáneamente, un símbolo universal que ahora podemos observar como el de Troya que porta en el vientre a los enemigos; o como este “tziminchac” maya, filtrado en la religión y erguido en la cúspide de la pirámide, y aun así negado por los cristianos por idolátrico y, una vez más, disparador de la guerra. Para los peregrinos mayas del pasado “fue base del jinete que dispara un arcabuz”, el rayo mágico que dominaban los cristianos. El pasado en esta historia: una proverbial confusión que brilla en la oscuridad; también una terrible injusticia que iluminó como un relámpago, en un instante, el vasto campo oscuro de la humanidad.

⁴⁷ Fray Joseph de San Buenaventura, 1994, p. 124.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 146.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 149.

LOS TRES VIAJES A MESOAMÉRICA: HERNÁNDEZ, GRIJALVA Y CORTÉS

FRANCISCO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Era un rico hacendado de Cuba que en 1517 supo del naufragio que había ido a recalar a Yucatán y que algunos sobrevivieron al desastre y se encontraban en alguna aldea de indígenas. El piloto mayor de su fragata, Antón de Alaminos, había tenido alguna noticia de la tierra y fue el guía hasta llegar al Cabo Catoche. Habiendo salido del Cabo de San Antón en Cuba el 8 de febrero,¹ les tomó por sorpresa una tormenta que duró dos días con sus noches, por lo que pasaron 21 días en alta mar hasta llegar el 4 de marzo de 1517. Francisco López de Gómara, de quien se dice con frecuencia (aunque alguno lo niegue) que tuvo al propio Hernán Cortés y a Andrés de Tapia como informantes, testigos presentes de los hechos de la Conquista, aseguró que Francisco Hernández de Córdoba descubrió Yucatán en tres navíos, con Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo.² Los mayas asombrados vieron aparecer en el horizonte las naves de Hernández de Córdoba, en cuyas proas se perfilaban a contraluz aproximadamente un centenar de hombres. No es posible conocer la impresión que tal visión, en ese momento, causara a los mayas y sólo es posible imaginarla. Los extraños llegaban en *acales* o casas, como nombraron a sus barcos, término que ya conocimos. Un criterio de la multitud que se abarrotaba en la playa, del cual los asombrados españoles lograron escuchar algo así como “con escotoch” y entonces optaron por tomar esta voz como nombre del lugar: Cabo

¹ William H. Prescott, 1976, p. 108.

² Francisco López de Gómara, 1988, p. 11.

Catoche, atolondrados en el momento. A quién se le ocurre pensar que el grupo de indígenas que esperaba en la playa dijera el nombre de un lugar deshabitado y lejano de su aldea. Y sorpresivamente, cuando los intrusos bajaron los bateles y se enfilaron hacia los lugareños, el cacique dio voces y los atacaron. Pero los españoles respondieron con arcabuces ante la estupefacción de los indios. Aun así se armó la trifulca y combatieron desde bateles y canoas, los indígenas en retirada, y continuó la batalla en la arena y hubo dispersión de los guerreros mayas y muchos españoles penetraron hasta llegar a la aldea que había sido abandonada. Hernández mismo vio edificios de cal y canto, le causaron asombro los cultivos, vio entre los indios adornos de oro y finas ropas de algodón. El padre Alonso González, capellán, entró en una plazuela y subió los peldaños de una pirámide y en un pequeño recinto que la coronaba halló algunas figuras y “unas joyuelas” de oro.³

Con prudencia, Hernández ordenó el regreso a las naves y los soldados llevaron consigo a dos rehenes atrapados en la refriega, Melchorejo y Julianillo. Hernández costeó hasta Campeche donde los naturales también lo recibieron con hostilidad y así decidió su regreso a Cuba.

Pero en la carta del cabildo de Veracruz al rey, incluida en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés (y que muchos aseguran que él mismo escribió), consta que en Campeche no hubo hostilidades y que Hernández de Córdoba se detuvo allí y hasta comerció con el cacique, nombrado por los soldados, Lázaro. Que Yucatán estaba a 60 o 70 leguas de la Isla Fernandina, como se le llamó a Cuba. Que el piloto Antón de Alaminos era de la villa de Palos (y de esto es permisible suponer que conoció a Gonzalo Guerrero). Que, más aún, navegaron “costa abajo 10 leguas” hasta “Machacobón”, cuyo cacique era “Champoto” (hermano de Tabscoob, el cacique de Centla) y que allí tuvieron una ruda pelea con saldo de 26 españoles muertos y muchos heridos.⁴ Esta fue la “Bahía de la Mala Pelea”.

En el *Itinerario de la Armada de Juan de Grijalva*, y cuyo original en lengua italiana se encuentra en la Biblioteca de la Santa Iglesia de Sevilla, consta que Francisco Hernández de Córdoba llegó a Cozumel.⁵ Este

³ Bernal Díaz del Castillo, 1983, cap. II, p. 7.

⁴ Hernán Cortés, 1870, pp. 3 y 4.

⁵ “Itinerario de la Armada del rey católico a la isla de Yucatán en la India, el año 1518, en

dato está confirmado en otro documento antiguo también de mucha importancia y escrito en latín,⁶ que anota que Hernández de Córdoba cautivó al indio Julián en Cozumel.

Sobre todos estos informes, algunos diferentes y contradictorios, tenemos la versión de fray Diego López Cogolludo (1613-1665), que logró ordenar en el siglo XVII la mejor narración de los hechos, de la cual hago a continuación esta síntesis.

Los primeros españoles que vieron Yucatán, aunque no saltaron a tierra, fueron Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, en fecha tan temprana como 1506. Salieron de La Española a Guanajos o Isla de Pinos, que así la nombró su descubridor Cristóbal Colón en su cuarto viaje. De allí al poniente hasta la entrada del Golfo Dulce, “cuya boca a la mar es como un río”, que está entre cerros altos. “Y tomando la vuelta del Norte descubrieron lo oriental de Yucatán”.⁷ Por eso —vale la pena comentar— se dijo que Francisco Hernández de Córdoba ya en 1517 había tenido alguna noticia de la existencia de Yucatán.

En el Darién gobernaba Pedrarias Dávila “con falta de mantenimientos y sobra de gente castellana”. Entre ellos (se pueden completar los datos de Cogolludo) Diego de Nicuesa, Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, los náufragos que habrían de arribar a las costas de Yucatán en 1511.

Por esa situación Dávila permitió que partiesen algunos hacia Cuba y entre éstos iba también nada menos que Bernal Díaz del Castillo. Pedrarias, cruel, mandó degollar a Vasco Núñez de Balboa que había visto las costas yucatecas, no obstante que era su yerno y de quien sospechó que se quisiera alzar contra él.

la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva. Escrito para su alteza por el capellán mayor de la dicha armada”, en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, 1980, tomo I, p. 289. Este documento es copia del “Itinerario de Ludovico de Varthema, bolonés [de allí su escritura italiana] en Siria, en la Arabia Desierta y Feliz, en Persia, en la India y en Etiopía”, Venecia, 1522, núm. 8. El original perteneció a Hernando Colón y anotado de su puño está en la Biblioteca de la Santa Iglesia de Sevilla, est. V, tab. 115, núm. 21. Nota de Muñoz al final de la traducción francesa de Ternaux-Compans: “Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l’histoire de la Découverte de l’Amérique”, tomo X, p. 46.

⁶ “Vida de Hernán Cortés. Fragmento anónimo”, en García Icazbalceta, 1980, pp. 309 y ss.

⁷ Fray Diego López Cogolludo, 1954, p. 75.

A diferencia de Dávila, Diego Velázquez era buen gobernador de Cuba y sus españoles eran ricos. Por esta buena administración fue que cien nobles españoles se decidieron a ir a vivir a Cuba. Aunque las promesas de Velázquez se alargaban y esto causó que promovieran la búsqueda de nuevas tierras, desde luego con su anuencia. Nombraron como capitán a Francisco Hernández de Córdoba, hombre rico y dueño de indios. Compraron dos navíos y un tercero lo ofreció el gobernador, siempre y cuando fueran primero a Las Guanajas a traerle indios a cambio de su barco. Los cien no aceptaron este trato, Velázquez dobló las manos y aun así prestó su barco. Partieron con tres pilotos: Antón de Alaminos, de Palos, Juan Álvarez el Manquillo, de Huelva, y un Camacho, de Triana. Además, el clérigo Alonso González y un veedor del rey, Bernardino Íñiguez o Núñez, de Santo Domingo de la Calzada.

He aquí entonces, cabe observar, que el descubrimiento de Yucatán lo hicieron españoles de alcurnia.

Salieron del puerto de Jaruco, en la banda del norte de Cuba; pasaron por La Habana, hasta el Cabo de San Antón, en un viaje de semanas, con tormenta de dos días con sus noches, y vieron tierra después de 21 días. Desde los navíos divisaron un pueblo a dos leguas de la costa. Lo nombraron El Gran Cairo. Y el 4 de marzo decidieron bajar a tierra pero se detuvieron porque se acercaban cinco canoas. En ellas, 30 indios “vestidos con camisetas de algodón y cubiertas sus partes verendas” y por ello los tuvieron por “gentes de más razón que los de Cuba”. Éstos se allegaron a la nave *La Capitana* y subieron. Los indios “miraron con cuidado aquel modo de gentes tan extrañas para ellos y la grandeza y artificio de los navíos”.⁸ El cacique que iba entre ellos prometió volver y lo hizo al siguiente día con 12 canoas grandes para llevarlos a su pueblo. Él fue quien había dicho: “conéx cotoch,” que quiere decir: “venid a nuestras casas”, y que los españoles creyeron que era el nombre del lugar y por eso nombraron al sitio Cabo o Punta de Cotoch.⁹

La costa estaba llena de indios. Los españoles no abordaron las canoas sino que fueron en sus bateles y bien armados con 15 ballestas y diez escopetas. Pero al pasar por un “montecito breñoso” el cacique dio voces

⁸ *Ibid.*, p. 76.

⁹ *Ibid.*, p. 77.

y entonces apareció una gran multitud de indios que comenzaron a flechar, y resultaron heridos 15 soldados. La lucha prosiguió, ahora cuerpo a cuerpo y a espada desenvainada; murieron 15 mayas, los demás huyeron; los españoles lograron apresar a dos: Melchor y Julián. Mientras esto pasaba, el clérigo Alonso González se infiltró en unos adoratorios hechos de piedra y encontró muchos ídolos de barro, “unos como caras de demonios, otros de mujeres, altos de cuerpo, otros al parecer de indios, que estaban cometiendo sodomías”. El cura, con sus asistentes robó todas las piezas junto a otras de oro bajo. Definitivamente, se trataba de un mundo muy distinto al de Cuba.

A causa de la refriega se embarcaron y en pocos días llegaron a Campeche, que llamaron San Lázaro por haber llegado ese domingo. Y allí los recibieron otros indios que a señas preguntaron “si venían de donde sale el sol”.¹⁰ Una pregunta que mucho después habría de atribuirse a una creencia mítica de los mesoamericanos.

Y que los mayas también dijeron “castilan, castilan”, pero los españoles no cayeron en cuenta de que probablemente estuvieran al tanto de su procedencia por boca de los naufragos que vivían en la costa este desde hacía seis años. Ahí en Campeche los españoles habían observado la presencia de una suerte de cruces. Y los campechanos se mostraron de paz y los llevaron a su pueblo y allí los castellanos vieron que en los adoratorios con figuras de serpientes y otros ídolos en los muros, y en una especie de altar, había gotas de sangre fresca de un sacrificio humano, que después se supo que era para pedir a los dioses victoria contra los extranjeros. Salieron diez sacerdotes con cabellos enmarañados de sangre seca, los sahumaron y les indicaron que se fueran, mientras que los escuadrones de indios “dieron grandes silbos, trompetillas y tunkules, y ademanes muy bravos”.¹¹

Duró seis días su nueva partida hacia el norte y llegaron a Potonchán. Y allí aparecieron “muchos indios de guerra, armados con sus sacos de algodón hasta las rodillas, arcos y flechas, lanzas y rodelas, espadas a manera de montantes, que jugaban a dos manos, hondas y piedras. Las caras de blanco, negro, colorado, pintadas [...] parecen demonios pinta-

¹⁰ *Ibid.*, p. 78.

¹¹ *Ibid.*, p. 79.

dos, muy empenachados". Y repitieron: "Castilan, castilan".¹² Arremetieron contra ellos y los rodearon, de lo que resultó un saldo de 80 españoles heridos. El propio Hernández de Córdoba recibió 12 flechazos y capturaron a Alonso Bote y a un viejo portugués para llevarlos a sacrificio. En total murieron 50 españoles y el resto logró huir hacia los navíos. "Grita, silbos y mayor persecución" y se hundían los bateles por el sobrepeso mientras que otros perseguidos nadaban. Al embarcarse todavía recibieron gran daño desde las canoas. Otros cinco españoles murieron después por las heridas. De ese recio combate, que habría durado solamente un poco más de media hora, el soldado Berrio salió incólume. Se concentraron en los dos navíos mayores y quemaron el menor. Y en esas condiciones navegaron tres días por la costa y hacia el norte hasta que llegaron al estero de Los Lagartos, muertos de sed, "con grietas en las lenguas y bocas".¹³ Fueron a dar a La Florida en cuatro días. Antón de Alaminos recomendó que bajaran con cuidado pues él había estado allí con Juan Ponce de León cuando los indios habían matado a muchos de ellos. Y en efecto, al desembarcar arremetieron los indios por mar y tierra hiriendo a seis. El que dio aviso desde lejos de que venían los esquadrones de indígenas fue Berrio, el único sano de la batalla de la Bahía de la Mala Pelea. Pero allí le tocó a él; se lo llevaron los indios. Los demás huyeron por la costa, embarcados, hasta encontrar buena agua. Era tanta la sed que un soldado se aventó desde un navío para llegar antes al batel que la acarreaba. Tomó mucha, se infló y murió. De allí navegaron hasta La Habana (Puerto Carenas). El capitán Francisco Hernández se quedó en Sancti Spiritus, pues allí tenía su encomienda. Diez días más tarde murió.

El difundido rumor, pues, de que el consejo y acción de Gonzalo Guerrero habría sido la causa única de que los nativos dieran guerra a los españoles carece de muchas bases. Lo más concreto al respecto es la cita de Bernal Díaz¹⁴ donde acude Jerónimo de Aguilar ante Cortés y le espeta, lo que tiene todos los visos de una intriga, que Guerrero investigaba a los mayas a guerrear. Pero no pareció que Cortés hiciera caso

¹² *Idem.*

¹³ *Ibid.*, p. 81.

¹⁴ Bernal Díaz del Castillo, cap. XXIX, p. 70.

de esa declaración, y sólo se puede aceptar como una de tantas visiones equívocas de quienes llegan a un mundo por completo desconocido. Si Cortés después, al enterarse de la negativa de Gonzalo Guerrero a reintegrarse con ellos, disgustado expresó su deseo de haber querido tenerlo en sus manos para castigarlo, no insinuó que ello fuera porque hubiera tomado medidas hostiles hacia ellos. Pero después de eso se formó la leyenda negra del naufrago traidor. Y esta creencia, si es que imperó entre los propios soldados de la Conquista, no expresa más que la consideración de que los indios sólo eran salvajes, sin un sentido cabal de la habitación y posesión de un territorio, y que Guerrero, un español, les habría despertado esos sentimientos dormidos. Si no fueron los soldados de la Conquista capaces de creer tales patrañas, entonces fueron los cronistas (Bernal escribió su *Historia* 30 años más tarde) quienes se encargaron de creerlas y difundirlas con tanta efectividad, que aun muchos españoles (y mexicanos) de hoy las siguen repitiendo.

JUAN DE GRIJALVA

Juan de Grijalva era sobrino de Diego Velázquez, el gobernador de Cuba. Llega directamente a Cozumel el 3 de mayo de 1518, y fue quien le dio nombre a la isla: Santa Cruz de Puerta Latina.¹⁵ En torno a este viaje, también al anterior y al posterior desde luego, se forjaron muchas leyendas. El nombre que se dio a la isla resultó de haber llegado la fragata el día de la Santa Cruz. Pero también se dijo que Grijalva se había asombrado de la arquitectura y de unas cruces de piedra encontradas y que además eran adoradas por los indígenas y que por todo esto pensó que el nombre que le correspondería a este lugar sería el de Nueva España.¹⁶ No quedó en claro pues si el nombre dado a la isla fue sólo por haber llegado el 3 de mayo o también por la perturbadora coincidencia de haber encontrado cruces, como en su cristiana España, de allí que titu-

¹⁵ Manuel Orozco y Berra, 1880, p. 96, señala que el sitio donde anclara Cortés un año más tarde se llamaría San Juan Ante Portam Latinam. Este sitio se encuentra hoy en la pequeña ciudad portuaria de la isla. Cortés en sus *Cartas*, I, p. 9 especifica que al puerto le nombraron San Juan de Porta Latina y a la isla Santa Cruz.

¹⁶ William H. Prescott, 1976, p. 109.

beara con el nombre de Nueva España.¹⁷ También se esbozó la leyenda de que después Cortés nombrara a Chalchiuhcuecan como la Vera Cruz, respondiendo al nombre dado a la isla de Cozumel y a la duda en torno a las cruces mayas. Los topónimos tienen orígenes insondables en todas partes. Grijalva se llamó el río que en Centla desemboca al mar junto al Usumacinta. Pedro de Alvarado que acompañaba a Grijalva en la navegación hacia el norte dejó su nombre, o así le pusieron otros, al río del sur de Veracruz, con un arroyo contiguo que él mismo bautizara como Río Banderas, porque en sus riberas pulularon centenares de indios con insignias desplegadas. Grijalva llegó hasta Pánuco. Hizo escala en San Juan de Ulúa e Isla de Sacrificios, ambos así nombrados por él: San Juan por el día del arribo, Ulúa por las referencias hechas por indígenas mexicas de un reino de culías. Isla de Sacrificios por haber encontrado allí restos de este ritual. Aunque no sería tan fácil reconocer de unos tristes despojos regados por el suelo, sin ninguna indicación verbal ni en el entorno, y quizás, desde las islas antillanas, como evidencia de tales misterios religiosos. Grijalva fue el primero que comerció con aztecas y “el primero en pisar suelo mexicano”.¹⁸

Por fortuna, sobre el viaje de Juan de Grijalva se escribió un itinerario y aunque este original, en español, se perdió, se conserva una tra-

¹⁷ Orozco y Berra(1880, tomo IV, pp. 97-98) respecto del tema de la cruz cita a don Antonio de Saavedra Guzmán: *El peregrino indiano*, Madrid, 1599, que consignó estos versos cuya grafía me permito actualizar:

Tienen allí la cruz y la adoraban
Con gran veneración y reverencia,
Dios de lluvias continuo la llamaban,
Y estaba en un gran templo de abstinencia:
Todos muy de ordinario la estimaban
Con gran solicitud y continencia,
Dicen que en Yucatán por uso había
Ponerla sobre el cuerpo que moría.

En el capítulo “Efectos contemporáneos”, *infra*, p. 111, veremos cómo hasta la fecha, la Iglesia católica recuerda y refiere cómo un rebelde de la Guerra de Castas de 1847 muere acostado sobre una cruz. El rebelde moría simultáneamente sobre su dios Chaac, pero también (sería consciente de ello?) sobre Jesucristo.

¹⁸ Orozco y Berra, t. IV, p. 110.

ducción al italiano publicada en Venecia en 1522, que fue propiedad del letrado Fernando Colón, hijo menor (y biógrafo) del almirante.

En la *Carta del Cabildo* se señala que cuando Grijalva saltó a tierra en la isla de Cozumel salió un contingente de 150 indios y que al día siguiente los españoles abandonaron el pueblo. Que cuando llegó a Campeche los naturales mataron a un español y que de allí partieron al río Grijalva donde también tuvieron un recibimiento hostil, y que no fue sino hasta San Juan (de Ulúa) donde tuvieron mucho “rescate”, tanto que enviaron una carabela con el oro para Diego Velázquez. De allí se regresarían a Cuba.

Juan de Grijalva ya llevaba consigo indicaciones precisas de buscar a los naufragos. Lo que se reportó de su viaje en el valioso documento *Itinerario de la Armada...*, que he citado, es, desde luego, aunque quizás omitiera pasajes inconvenientes, lo fidedigno de ese evento. Se asegura haber llegado a Cozumel el 3 de mayo y por eso el nombre puesto a la isla, como se dijo. Que fueron hasta el otro lado de la isla y que allí encontraron una casa grande, “una torrecilla que parecía ser de largo de una casa de ocho palmos y de la altura de un hombre”. Que en total vieron en Cozumel 14 torres. Y otro muy curioso dato: que ellos preguntaron por los cristianos “que Francisco Fernández, capitán de la otra primera armada, había dejado en la isla de Yucatán”, y que el cacique respondió que uno vivía y el otro había muerto. Continúa diciendo: “seguimos la costa para encontrar al dicho cristiano, que fue dejado aquí con un compañero, para informarse de la naturaleza y condición de la isla”. Pero no se vuelve a hacer referencia a los posibles comisionados de Hernández, y esta información resulta asombrosa tanto como inusitada.

En la isla de Cozumel pronto se percataron los de la armada que habían llegado a un mundo muy distinto al conocido en Cuba porque contaron 14 torres, es decir, 14 pirámides o templos que se erguían en los claros abiertos a la selva y en torno de ellos otros edificios menores, más las viviendas hechas de bajareque y con techos de palmas. En particular les llamó la atención una torre que parecía ser la más alta de todas, alrededor de la cual muchos indios los miraban con atención mientras se oía el estrépito de tambores, caracoles y chirimías con que fueron recibidos, una costumbre que, entre otras cosas, era señal de alarma. Juan de Grijalva, acompañado del alférez que portaba la bande-

ra, subió a esta torre y arriba colocó la insignia como un gesto de posesión de estas tierras para el rey Carlos, pero eso no significaba nada para los indígenas. Él continuó con su breve ceremonia, que completó poniendo un escrito donde constaba dicha posesión sobre el muro frontal de la construcción que culminaba la pirámide.¹⁹

Afuera de la torrecilla, el papel de toma de posesión de Grijalva; adentro, ídolos, huesos y ceniza, el adoratorio de los indígenas. Subieron dos ancianos y unos guardias quedaron flanqueando la entrada. Eran los sacerdotes del templo, y al lado de los ídolos en una especie de altar colocaron un incensario con estoraque y acto seguido ofrecieron a Grijalva una larga pipa de madera con tabaco. El sacerdote principal tenía amputados los dedos de los pies y entonó un canto fuerte “casi de un tenor”.²⁰ Por su parte los españoles celebraron misa y los sacerdotes se fueron para regresar más tarde con comida para los visitantes: gallinas, miel, tortillas. A través de Melchor y Julián, el capitán Grijalva dijo a los sacerdotes que ellos no querían sino oro, para mayor asombro de los indígenas. Bajaron del templo y toda la armada fue invitada a comer en un salón de paredes de piedra y techo de paja; afuera había un pozo donde bebieron agua fresca. Pero al día siguiente ya no apareció más ningún indio, los dejaron solos. Ellos recorrieron el pueblo y admiraron las pirámides muy bien labradas. Las calles estaban empedradas y cónicas, y una seguida de otras las casas de piedra, tierra y techos de palmas. Muchos cultivos, colmenas, cera y miel. En el campo, liebres, conejos, jabalíes, venados, armadillos y otros. Y ante la ausencia de la población que se había escondido en la foresta, partieron el viernes 7 de mayo hasta llegar a Yucatán, calculado a unas 15 millas por el Golfo; y habrían de llegar a lo que hoy se llama Playa del Carmen, donde encontraron tres pueblos grandes cercanos entre sí, con muchas construcciones y pirámides. Continuaron navegando por la costa durante todo el día y la noche y al día siguiente ya hacia el atardecer vieron un gran pueblo y no dudaron en juzgar que era tan poblado e importante como Sevilla. Quizá Tulum. El domingo regresaron a Cozumel, que de nuevo estaba deshabitado, y el martes volvieron a Yucatán por la banda del norte y en-

¹⁹ *Itinerario de la Armada*, 1980, p. 284.

²⁰ *Ibid.*, p. 285.

contraron “una muy hermosa torre en una punta, la que se dice ser habitada por mujeres que viven sin hombres” (Isla Mujeres), y corrió el rumor legendario de que éstas eran de la raza de las Amazonas.²¹ Llegaron a Río Lagartos, entre Campeche y Tabasco de hoy. Los indios de esos lares estaban azorados y no habían tomado una posición del todo clara frente a los extranjeros. Hospitalarios, les ofrecieron comida: una gallina cocida y muchas crudas para que se las prepararan a su gusto. Juan de Grijalva preguntó si tenían oro. Los indígenas se ausentaron y regresaron con una máscara de madera chapada de oro y le pidieron a los visitantes que partieran, que no querían que tomaran agua. Pero luego llegaron otros con diferente actitud, dispuestos al trueque de maíz, que llevaron en buena cantidad. Al día siguiente se agudizaban las hostilidades y llegaron tres escuadrones guiados por dos principales a pedir de nuevo que se marchasen de sus costas; por medio del intérprete, Grijalva indicó que se irían al día siguiente puesto que no quería guerra. Los escuadrones regresaron por la tarde en medio de gritos y silbidos y los soldados españoles estaban dispuestos a combatir de inmediato de no ser porque el capitán prohibió el ataque. Se retiraron los indios pero volvieron al día siguiente a pedir la partida. Esta vez pusieron un sahumerio entre los dos bandos: si no se iban antes de consumirse las resinas, habría guerra. Al cabo de esto y como no partían soltaron una lluvia de flechas y los españoles hicieron sonar la artillería, que causó gran asombro y cayeron tres guerreros mayas, los demás huían. Los españoles dieron fuego a tres casas y mataron a otros en medio de la confusión. Los de Grijalva también se desconcertaron y hubo un error: unos corrieron detrás del alférez del estandarte y otros detrás del capitán. Partieron por fin ese mismo día hasta Champotón, llegando a Puerto Deseado el 31 de mayo. De allí a Centla, donde encontraron cerca de dos mil guerreros armados y dispuestos a pelear. Desde sus navíos, los españoles echaron un perro al agua y los indios lo mataron desde sus canoas. Como respuesta soltaron un tiro de artillería que mató a un guerrero y hubo una retirada, pero al siguiente día volvieron con refuerzos: cien canoas y cerca de tres mil hombres. El cacique envió a un emisario para preguntar qué querían los visitantes y el intérprete respondió que andaban en busca de oro. Pron-

²¹ *Ibid.*, p. 288.

to les llevaron cierta cantidad de oro y al siguiente día el cacique y unos remeros se adelantaron hasta la nave del capitán; pidieron a éste que bajara a la canoa para dialogar y Grijalva aceptó. En la canoa el cacique hizo señas para que vistiesen al capitán con un misterioso atuendo: “un coselete y unos brazaletes de oro, borceguíes hasta media pierna con adornos de oro, y en la cabeza le puso una corona de oro”. El coselete estaba hecho con piezas de madera chapadas de oro y trataba de simular una especie de chaleco o malla como las que usaban los propios españoles. Como respuesta Grijalva también ordenó que vistieran al cacique con un jubón de terciopelo verde, “calzas rosadas, un sayo, unos alpargates y una gorra de terciopelo”.²² El cacique de Tabasco pidió que devolviera al rehén Melchorejo, pero Grijalva no aceptó en vista de que le era indispensable para comunicarse aunque fuera a nivel elemental. Todavía insistió el principal diciendo que le daría en oro lo que Melchor pesara pero Grijalva no aceptó y decidió retirarse enseguida, visto lo cual el cacique partió a la costa vestido de español y el capitán subió a su nave disfrazado, puesto que el famoso “chaleco” no era una prenda indígena. Aunque sí el resto del atuendo. Un bizarro capitán regresaba a su nave; a ojos indígenas sería un jefe (*halach uinic*) con su corona dorada. Partieron de inmediato hasta el río Dos Bocas, que bautizaron como San Bernabé. Por toda la costa encontraban aldeas y hombres con rodelas incrustadas de oro y mujeres engalanadas con el mismo metal. Hasta llegar a la Isla de Sacrificios donde encontraron cuerpos de jóvenes sacrificados envueltos en mantas de colores, una piedra de sacrificios, vasijas con sangre coagulada. Del viaje de Hernández, el capitán había traído consigo a un indio totonaca que a señas y con algunos términos comunes explicó a Melchor acerca del ritual del sacrificio y cómo era a los enemigos de guerra a quienes daban muerte en tal manera, y que en una ceremonia a propósito comían ciertas partes de sus piernas y brazos. Esto parece una afirmación triunfal de guerra teatralizada en un ritual, en mucho similar a otras formas culturales de la antigüedad preclásica de Oriente y también de Occidente, pero los españoles del siglo XVI habían perdido esa memoria arcaica. En esta costa, que más tarde sería veracruzana, Juan de Grijalva y su hueste pasaron muchos días “resca-

²² *Ibid.*, p. 295.

tando” piezas y pepitas de oro, vasos de alabastro y objetos de pluma, piedra y obsidiana, ropa de algodón y tejida, papeles pintados y otras novedades. Y regresaron a Cuba.

HERNÁN CORTÉS

La flota seguía a la nave de Cortés en cuyo mástil ondeaba su bandera que tenía fuegos blancos y azules, con una cruz roja en el centro y la leyenda: *Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincemus*, “Sigamos la cruz, que con esta señal venceremos”, según Andrés de Tapia. William Prescott tradujo siglos después con mayor fidelidad: “Amigos, sigamos la cruz; y bajo este signo, si tenemos fe, conquistaremos”.²³ Y Prescott opinó que esta leyenda fue sugerida “sin duda” por aquella otra que se leía en el lábaro de Constantino.²⁴

Cortés llega a Cozumel entre el 15 y el 20 de febrero de 1519 y desembarca en la playa de San Juan. Había salido de Cuba el 10 de febrero. Prescott registra el 18 de febrero, basado en Las Casas y en Gómara. Hay una placa conmemorativa que inauguró Jacqueline Kennedy, esposa del presidente John F. Kennedy, en 1962. La placa se encuentra al norte de la pequeña ciudad turística, en Playa Azul, en el hotel Cozumel Caribe, e indica el lugar donde supuestamente pisó tierra por primera vez el conquistador. La placa reproduce el interesante discurso que Cortés pronunció en Cuba antes de su salida y que es una arenga a sus soldados para entusiasmarlos aún más en la empresa de conquista; contiene también su visión de un nuevo mundo para los españoles.²⁵

Cortés llegó con sus once navíos y alrededor de 700 españoles y un buen número de indígenas isleños, todos guiados por el piloto mayor Antón de Alaminos que llegaba a Yucatán por tercera vez. Le seguían en importancia los pilotos Camacho de Triana, Sopuerta y El Manquillo. Entre los indios venían también los mayas Julianillo y Melchorejo,

²³ Esta es la traducción literal: “Amigos, sigamos la cruz, y si tenemos fe, con dicha señal venceremos”.

²⁴ Prescott, 1976, p. 123.

²⁵ Véase Francisco López de Gómara, 1988, cap. IX, “Oración de Cortés a los soldados”, p. 18.

los rehenes de Cabo Catoche tomados por Francisco Hernández de Córdoba en el primer viaje.

La nave de Cortés pesaba cien toneladas. Tres más pesaban 70 y hasta 80 toneladas. Las demás eran carabelas y bergantines. Entre todas llevaban 16 caballos.

Por medio de Melchor, Cortés trató contacto con unos mercaderes que sabían de los naufragos y envió su carta y un pago para el rescate. En el documento, conocido como *Pliego de Instrucciones*,²⁶ que es un acuerdo entre Cortés y el gobernador Velázquez, que fue firmado en Santiago de Cuba el jueves 13 de octubre de 1518 ante el notario Vicente López, consta que Melchor conoce a los caciques que tienen cautivos a los naufragos.

Cuando llegó Cortés a Cozumel se llevó la sorpresa de que uno de sus once navíos se le había adelantado sin que él se percatase. Era el *San Sebastián* de Pedro de Alvarado con su piloto Camacho, que había llegado dos días antes. Alvarado era conocedor de la ruta, puesto que había viajado también en la expedición de Grijalva y en el mismo navío. La culpa recayó en el piloto Camacho que no tuvo en consideración las instrucciones precisas de Cortés. Con él viajaba también nada menos que Bernal Díaz del Castillo. Pero el pelirrojo Alvarado robó en los templos y atemorizó a los nativos, lo que le costó que Cortés lo reprehiera acremente en público. Y su piloto fue encarcelado. También Alvarado había apresado a tres nativos, que fueron liberados diciéndoles por medio de Melchor (a la sazón había muerto el otro traductor, Julianillo) que Alvarado había cometido una falta puesto que venían de paz. Bernal observó que Alvarado llegó primero “a Cozumel” y que los indios hu-yeron; de allí partió a otro pueblo situado a una legua de camino.²⁷ Que fue allí donde Alvarado había “tomado” 40 gallinas, “diademas e ídolos, cuentas e pinjantillos de oro bajo”, dos indios y una india y que volvieron a Cozumel. Permanecieron todos diez días en la isla y se volvieron a embarcar costeando con rumbo norte el 4 de marzo.

Pero los mayas habían visto ondear las velas de los once navíos que se aproximaron a sus costas y después de asimilar el impacto causado

²⁶ *Cedulario cortesiano*, 1949, p. 23.

²⁷ Bernal Díaz del Castillo, 1983, p. 61.

por tal espectáculo empezaron a abandonar la ciudad y se refugiaron en el campo. La sorpresa fue precisamente el número de las embarcaciones puesto que el año pasado habían contemplado las tres de Juan de Grijalva. Ahora les quedaba claro que aquello era una invasión. Y la población toda, de unos 2 000 habitantes, que eran productores de miel de abejas, pequeños agricultores, salineros y pescadores, huyeron con sus familias. Vacía la pequeña ciudad con su templo principal, una gran pirámide frente al mar. En el recinto superior de ésta, un ídolo hueco empotrado en la pared agujerada, por donde entraba un sacerdote para hablar a su pueblo con la voz del dios. Al callarse escuchaba los ruegos de los feligreses que rezaban por agua de lluvia para remedio de la sequía y beneficio de buenos cultivos. Al pie de la pirámide estaba la cruz de piedra caliza que tanta inquietud hubiera causado a todos los españoles y que por mucho tiempo se hubiera convertido en un enigma teológico. Un círculo de cal rociada con sangre rodeaba la cruz. Desde la cúspide del templo y cuando volvieron algunos indígenas, los españoles que miraban la cruz veían también emerger las volutas de humo de copal de los incensarios. Exploraron la isla. Por todas partes encontraron vestigios de una gran civilización y a partir de allí Cortés comenzó a insistir en la conversión de los indios. Se escandalizó por las prácticas religiosas aunque no hubiera visto sacrificios. Mandó derribar los ídolos. Hizo colocar una imagen de la Virgen con el Niño, y el padre Olmedo dio la primera misa en el templo indio. De la actitud de conversión por fuerza a que fue proclive el capitán al principio, Las Casas juzgó que tal método era inservible puesto que había que predicar por largo tiempo y con el ejemplo. Al cabo de unos días volvió el cacique y las familias a la ciudad. Antes se habían asomado algunos emisarios que entraron en comunicación a través de los traductores. Cortés obtuvo una buena muestra de miel de abeja que mandó a Carlos V junto con algunos objetos de oro.

Al tercer día de estancia en Cozumel, Cortés mandó hacer alarde. Por el recuento consignado en la obra de Bernal Díaz conocimos estos datos precisos:

Eran 508 más maestres, pilotos y marineros que eran 109 [total 617]. 16 caballos, 11 navíos grandes y pequeños, un bergantín a cargo de Ginés Nortes; 32 ballesteros, 13 escopeteros, tiros de bronce, cuatro falconetes, mucha pólvora

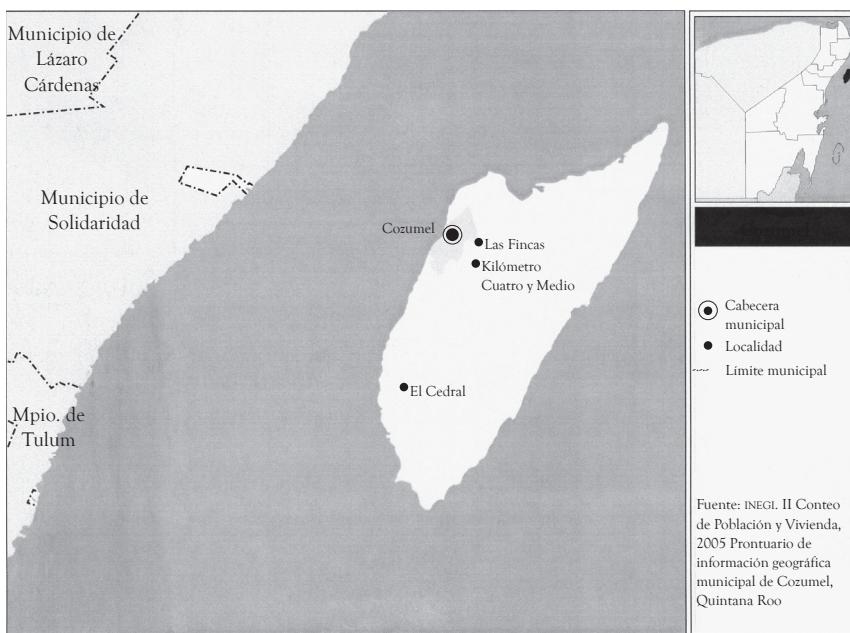


Figura 8. Isla de Cozumel

y pelotas. Los artilleros eran: Mesa, Bartolomé de Usagre, Arbenga, Catalán. El capitán de artillería era Francisco de Orozco.²⁸

Aunque las tres fragatas de españoles de 1517 a 1519 costearon por el norte y el este de la península y a pesar de haber visto grandes ciudades en la costa, entre ellas Tulum, que Bernal Díaz reportó como “El Gran Cairo”, ninguno incursionó tierra adentro. Quizá Hernández y Grijalva tuvieran algún informe de la decadencia y abandono de las ciudades mayores y de las migraciones y colonización ulterior del sureste de esta tierra. Tal vez ninguno, ni Cortés con sus más de 700 soldados osaran penetrar la comarca alejándose de sus navíos. Por otra parte, Cortés se percató, por haber sido informado al respecto y por haberlo comprobado con sus propios ojos, de que en aquella tierra no había más oro que los pequeños adornos corporales que venían de otros reinos

²⁸ *Ibid.*, p. 62.

lejanos; en cambio, supo, por ejemplo, del *corset* de tablillas doradas que el cacique de Tabasco había regalado a Grijalva.

Los reinos mayas apenas eran una parte del vasto territorio mesoamericano. La comunicación en aquella época era torpe y muy lenta. Quizá Moctezuma mismo no estaría enterado del todo de la presencia de los náufragos entre los reinos mayas por más que permanecieran ocho años en ellos. El pochteca o comerciante-espía de los mexicas no había ido al puesto comercial de Xicalango en la Laguna del Carmen desde hacía muchos años, donde se hubiera enterado de tales sucesos. El proceso expansionista de los tenochca llegaba sólo hasta Cunduacán y Amatitán, en La Chontalpa, donde había un pequeñísimo reducto de cimatares, la avanzada mexica que exploraba nuevas tierras para someterlas más tarde.

Los españoles dejaron Cozumel a principios de marzo. Ya sabemos que una de las naves empezó a hacer agua y eso causó una marcha atrás, lo que después alguien habría de considerar como un milagro, pues gracias a ello llegaba a tiempo Jerónimo de Aguilar, hombre educado para la carrera eclesiástica que preguntó si se hallaba entre cristianos en un castellano entorpecido por los años del mundo maya. La causa del retraso fue que la nave de Francisco de Morla había perdido el gobernalle y Cortés había recibido las señales que pedían auxilio. Era de noche y esperaron al nuevo día. Morla desesperado se había echado a la mar amarrado de la cintura para rescatar el timón que con el amanecer se vio que flotaba a cierta distancia.²⁹ Según Orozco y Berra ya habían llegado a Isla Mujeres y de allí habían partido hacia Cabo Catoche cuando se oyó un cañonazo: era la nave de Juan de Escalante que pedía socorro porque se anegaba, y en ella se transportaba todo el pan de cazabe para la flota, lo que realmente obligó el retorno a Cozumel.

También existe la noticia de que la reparación de la nave de Escalante duró cuatro días; que el 12 de marzo de nuevo se hacían a la vela, pero que hubo tormenta que duró día y noche y que al día siguiente, domingo primero de cuaresma, 13 de marzo, se reembarcaban cuando vieron llegar una canoa con tres hombres: Aguilar y dos acompañantes mayas.³⁰

²⁹ Orozco y Berra, 1880, p. 96.

³⁰ *Ibid.*, pp. 99 y 100.

De las conversaciones de Cortés con Jerónimo de Aguilar oyó que Gonzalo Guerrero había instigado a los indígenas a dar guerra a Francisco Hernández de Córdoba.³¹ Esta declaración la escuchaba Antón de Alaminos que era de la Villa de Palos igual que Guerrero.

Por último, hay un dato que vale la pena referir porque su proveniencia y la forma en que está expresado es del todo confiable. Se trata de la Carta al Rey, del cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz (y que ya citamos con otro propósito), firmada por los soldados de Cortés. En ella la información es franca y sin ánimo de elogiar al capitán. Por esto y por ser el primer documento que se envía a España firmado por toda la flota en fecha muy temprana, sus datos son de enorme valor.

Cortés escribió una carta a los náufragos disculpándose por no haber ido él mismo a buscarlos, “por ser mala y brava la costa para surgir”. Que la carta fue llevada por “unos indios mensajeros en una canoa” y que sólo tres días después fue cuando Cortés envió “dos bergantines y un batel con cuarenta soldados, más tres indios que fuesen tierra adentro”. Que los bergantines esperaron en Cabo Catoche sólo seis días “con mucho trabajo por la bravura del mar”.³² El envío de la carta a los náufragos hace caso omiso de la instigación de Guerrero, que habría sido una falta impostergable y que acaso hubiera sido motivo (y oportunidad) para que el conquistador, con todo su armamento y con la flota de sus once naves se colocara frente a Chetumal y comenzara por someter a la civilización maya.

³¹ Bernal Díaz del Castillo, 1983, p. 70.

³² Hernán Cortés, 1870, p. 18.

AGUILAR Y GUERRERO ANTE CORTÉS

Es indispensable seguir aquí la secuencia narrativa de Ignacio López Rayón y su esbozo biográfico de Jerónimo de Aguilar (aunque agregaré nuevos datos, correlaciones y comentarios que completarán dicho propósito), que han citado algunos historiadores y que José Luis Martínez integró completo como la nota 1 al documento 100 de su recopilación “Algunas respuestas de Gerónimo de Aguilar” y que integra el *Juicio de Residencia* hecho a Hernán Cortés.¹ No hay un texto biográfico mejor, a pesar de ser una reconstrucción ulterior a partir de las crónicas existentes, respecto del momento del encuentro entre el náufrago y el conquistador en la isla de Cozumel en abril de 1519.

Estando pues Hernán Cortés en la isla le fue confirmada la noticia de que en tierra firme vivían algunos españoles desde hacía muchos años. Lo primero que consideró el capitán, con gran interés, fue el hecho seguro de que aquellos hombres después de tanto tiempo viviendo con los mayas hablarían correctamente su lengua, que si bien la hablaran también los rehenes llamados Melchor y Julián, aún eran incapaces de hacerla explícita en castellano. Por eso se abocó a escribir una carta para los náufragos diciéndoles quién era él y cuáles sus propósitos en esta tierra donde en primer lugar habría de liberarlos a ellos mismos. Los principales indígenas de la isla aconsejaron a Cortés que enviara buenos regalos para los caciques que esclavizaban a los españoles, sobre todo integrados por espejos, cuentas de vidrio y tijeras, que eran en extremo

¹ José Luis Martínez, 1993, pp. 64-68.

apreciados por ellos como objetos curiosísimos y nunca vistos. Para eso se prestaron unos isleños y uno de ellos escondió la carta entre sus cabellos, para que no se la quitaran durante el viaje. A estos emisarios los habría de trasportar por mar hacia el norte, hasta Cabo Catoche, Diego de Ordaz, en un bergantín a propósito, puesto que aquella costa es con frecuencia brava.

Esta es la carta que reprodujo Bernal Díaz del Castillo y posteriormente fray Diego de Landa:²

Señores y hermanos: aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí en Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubieres menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis, y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchan, etc.

Landa agrega la variante:

“Los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco o seis hombres barbados y en todo a nosotros muy semejables”, lo que deja ver que la recolección de su versión había pasado por boca de indígenas. Sigue: “Yo y estos hidalgos que conmigo vienen a poblar y descubrir estas tierras”. Por último: “Un bergantín envío para que vengáis en él, y dos naos para seguridad”.

Quedaba en claro el objeto del viaje de Cortés. Once navíos tripulados por hidalgos. Dos naos para seguridad. Eran indispensables los traductores para Cortés. Dejaba ver a los desamparados la fuerza española que no los abandonaría a sus destinos. Nada en la intención del envío ni en el contenido de la carta denota ninguna aprehensión por la existencia de un terrible traidor entre los cinco o seis hombres barbados esclavizados por los mayas.

Ordaz despachó desde Catoche a los emisarios hacia tierra adentro a donde arribarían en dos días, y esperaría ocho según las instrucciones específicas del capitán, y aun dos más, sin que tuviera ninguna noticia de los naufragos, por lo que tuvo que regresar a Cozumel. Mientras

² Bernal Díaz del Castillo, 1983, cap. XXVII; fray Diego de Landa, 1989, cap. IV, pp. 9 y ss.

tanto Jerónimo de Aguilar, no obstante los presentes enviados para su rescate, no obtenía el permiso de su amo. Por fin lo consiguió después de sus complicadas razones y por la estimación que el cacique le tenía. Los suyos eran poderosos y anclados en once navíos frente a Cozumel. Jerónimo prometió lealtad y ayuda a la gente de su pueblo. Era lo mejor para todos. Así que caminó hacia el norte hasta llegar en varios “soles” a la punta Catoche. Pero cuando llegó, sus coterráneos habían partido.

Algunos dicen que Aguilar regresó desesperanzado con su amo y que éste lo animó a embarcarse hacia la isla. Otros, que en llegando a la costa de Catoche encontró sin embargo una canoa medio averiada y abandonada que restauró, y con dos acompañantes indígenas se hizo a la mar impulsándose precariamente con una duela de pipa allí encontrada, hasta que las corrientes y sus esfuerzos lo llevaron cerca de las naves españolas ancladas frente a Cozumel.

Mientras tanto, a los diez días Cortés recibió contrariado a Diego de Ordaz que regresaba sin los naufragos. E intentó hacerse a la vela para ir él mismo por ellos, pero al salir se averió el navío de Juan de Escalante porque azotó con furia un temporal. Y era nada menos que el barco que transportaba el pan de cazabe, el alimento para toda la flota, como ya se ha dicho. Así que todos tuvieron que regresar a la isla para arreglar el navío y para esperar a que cambiara el tiempo. Fue entonces cuando se vio a lo lejos que llegaba una embarcación con tres figuras de pie a contraluz; éstos viraron hacia el norte de la playa de San Juan donde estaba la armada y Cortés envió a Andrés de Tapia a su encuentro en un batel armado. Cuando se acercaron Tapia y los suyos desenvainaron y uno de los tripulantes, Aguilar, les habló asustado:

—Somos cristianos.

Aguilar estaba rapado y su piel era tan oscura como la de los otros, que en cambio tenían trenzas enrolladas en la coronilla. Los tres vestían sólo taparrabos y empuñaban arco y flechas. Enseguida preguntó Aguilar si era miércoles ese día, por comprobar que no había perdido el conteo del tiempo y para hacerse oír hablando español. Su pregunta testimonia la soledad padecida.

Bernal Díaz y el propio Andrés de Tapia, que fueron testigos presentes, dicen en cambio que la canoa llegó hasta la playa donde aguardaban todos y que al bajar de la canoa los tres se pusieron en cuclillas sobre la

arena en forma reverencial y a la usanza indígena. Y que Aguilar pronunció a duras penas: “Dios e Santa María y Sevilla” porque hablaba ya muy mal el castellano y por la embarazosa emotividad del encuentro.

Hernán Cortés tampoco lo reconocía, apuntó López Cogolludo: era moreno, trasquilado como indio esclavo, “un remo al hombro, una ruin manta, sus partes verendas cubiertas con un paño a modo de braguero”, lo que en maya se llama un *puyut*, y en la manta un bulto (morral) con “hojas muy viejas”: el libro de horas deshojado que conservaba el náufrago. Que ante Tapia y sus hombres lanza en ristre, había dicho: “Señores, cristiano soy”. Que Aguilar se había puesto en cuclillas como los otros indios cuando estuvo ante Cortés y que dijo: “Yo soy”³ Cortés lo abrazó. Se despojó de su capa amarilla con guarnición carmesí y lo cubrió; pero que Jerónimo no toleraba ya la ropa española “y sentía enfado con el nuevo vestido”. Lo llevaron al pueblo, y mientras le dieron de comer, que él apenas picó con frugalidad (“por no estragar el estómago”) pues manifestó precaución con comida a la que no estaba habituado. Contó cómo y cuándo y en qué circunstancias había naufragado y cuál había sido su suerte y la de Gonzalo Guerrero, el otro sobreviviente, en manos de los indígenas. Era de Écija (“la caldera de Andalucía”), tenía orden de evangelio.

Cortés se alegró enormemente: ahora podía hablar con los indios.

Cuando había regresado Aguilar a su pueblo, porque en Catoche ya no quedaba nadie esperándolo, no es que se hubiera enterado de la permanencia de Cortés en la isla por causa del descalabro de Escalante; fue que se encontró en el camino con centenares de peregrinos que regresaban de Cozumel donde habían concurrido como todos los años a ese famoso santuario. Sólo que ahora había un atractivo más: los extraños y sus grandes embarcaciones.

Cortés le preguntó si era pariente del licenciado Marcos de Aguilar, a quien había tratado en España. Jerónimo dijo que era su tío. Que lo había despedido en Écija, de donde salió como estudiante rumbo “a las Indias”. Que él, por estar ordenado de evangelio no había querido casarse y por ese motivo los indios le hacían burla pues no comprendían

³ Fray Diego López Cogolludo, 1954, p. 105.

su condición. Cortés lo cuidó, le hizo regalos, le hizo descansar para que se serenara. Al día siguiente le preguntó por su suerte.

Estando en el Darién (dijo) cuando las desavenencias de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa, se embarcó para Santo Domingo con Valdivia que iba comisionado para dar cuenta al almirante de lo que allí pasaba, y también para llevar gente, dinero y víveres; que llegando cerca de Jamaica se perdió la carabela en los bajos nombrados de las Víboras o Caimanes, y dificultosamente se acomodaron en el batel veinte hombres con ruin aparejo de remos, sin velas y sin víveres, por lo cual murieron luego siete, llegando a tanta la necesidad, que bebían lo mismo que orinaban; que los demás dieron en tierra en una provincia que se decía Maya, cayendo por desdicha en poder de un feroz cacique que sacrificó a Valdivia y a otros cuatro, y se los comieron haciendo fiesta a sus ídolos; que a él y a otros seis que quedaron los pusieron en engorda destinándolos al mismo sacrificio.⁴

Los naufragos vieron que era preferible perder la vida de una forma distinta y por eso fue necesario intentar la escapatoria. Aquí los datos de López Rayón tomados de Herrera señalan que no fue de la prisión en una choza que escaparan los presos sino de una jaula de madera donde los habían encerrado, y que esta jaula la pudieron romper con grandes trabajos a fin de salir. Pero que pronto cayeron en manos de otro cacique que resultó más benévolos que el anterior y enemigo del mismo. Se llamaba Aquineuz y era el gobernador de Xamancona. Aquineuz les perdonó la vida a cambio de su esclavitud y así pasaron sus primeros días entre los mayas. Al poco tiempo murió el cacique y le sucedió otro llamado Taxmar, a cuyo servicio se quedó sólo Jerónimo de Aguilar porque Gonzalo Guerrero fue a dar a “Chetemal”, donde permaneció bajo la tutela del cacique “Nachencam”. Guerrero allí casó con una señora principal y procreó hijos y ascendió a capitán del cacique por haberse destacado en batalla contra los enemigos del reino. Cuando Aguilar recibe la carta de Cortés informa de su asunto a su compañero de ruta Gonzalo Guerrero. Pero Guerrero aduce que no va a regresar con los suyos puesto que se avergüenza profundamente de tener horadadas las narices, las orejas y los labios, además de tener pintado el

⁴ Ignacio López Rayón, 1980.

rostro y labradas las manos. Si estas marcas lo avergonzaban frente a los españoles, en cambio eran señales de mucho prestigio entre los mayas, pues sólo las tenían los valientes que habían triunfado en las guerras.

Aguilar en cambio obedecía ciegamente a cualquier indio para garantizar su vida, así de sujeto estaba. Dejaba de comer, si era necesario, ante cualquier orden, y así ganó la voluntad de su señor. Salió triunfante de la prueba que éste le impuso una infiusta noche en que escuchó el canto de la sirena maya, la adolescente adiestrada previamente para tentar al célibe seminarista. Ésta y otras trampas tuvo que sufrir para probar su humildad. En 1517 y al año siguiente presenció el desembarco de las flotas de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva. Y acaso calculara que sus coterráneos llegaban con hueste insuficiente para someter a los aguerridos mayas y que no le convenía regresarse con ellos. Por eso tan sólo dialogó con los recién llegados y volvió a su esclavitud. Pero este gesto le consiguió aún más consideraciones de parte de sus amos.

Cuando por último fue rescatado por Hernán Cortés en Cozumel en 1519, Aguilar superó la esclavitud que hubo de soportar a lo largo de ocho años. Al conquistador le fue sumamente útil, primero como traductor, después en diversas empresas indispensables y que sólo podía realizar el único español que conoció de cerca la mentalidad indígena en los primeros días de la Conquista. Después habría de intervenir la célebre Malintzin, que en buena medida lo desplazara de sus cargos puesto que no sólo hablaba el maya como él sino también el náhuatl, y con ello se abrió un puente de comunicación con todo el mundo indígena. Cortés recompensó sus servicios inmediatos nombrándolo regidor de Segura de la Frontera, cuya plaza después validó el propio rey de España en el año de 1523. Segura de la Frontera era Tepeaca, Puebla, lugar de renombre y simbólico pues fue el primer reino vencido por Cortés después de la derrota tremenda sufrida en Tenochtitlan en 1520 conocida como “La Noche Triste”. Tepeaca volvía a dar seguridad al conquistador derrotado e inseguro en su huida pasando frente a los aliados tlaxcaltecas que lo veían con resquemor. Tepeaca es también la ciudad donde Cortés escribió su segunda célebre carta de relación al rey.

SEGUNDA PARTE

EL CONQUISTADOR Y EL INDIANO

El conquistador, colonizador, evangelizador: occidentalizador. Y el indiano: el castellano aclimatado, después “el criollo”. Dos circunstancias individuales prototípicas de las mentalidades en la base de la nacionalidad mexicana.

Con los españoles nacidos en México se reafirmó una tendencia que había brotado en la mente de algún conquistador desfavorecido de la Corona y que se ahondó en aquella otra de los primeros mestizos: el posible abandono de la tutela real.

La actitud consciente o inconsciente de Hernán Cortés y la de muchos soldados participantes de la Conquista, de cohabitar con las mujeres de la tierra, abría la posibilidad de la creación de una población mestiza que fue siempre en aumento progresivo. Ésta, naturalmente, al repudiar ambos polos de sus orígenes, el español y el indígena, reclamaba ocupar un lugar en el Nuevo Mundo; un espacio, una idiosincrasia y, por ende, un conjunto normativo que viera por sus intereses. En otro nivel, la disposición de Cortés, opuesta a la de los primeros descubridores de las Antillas que se negaron a cristianizar para poder usar a los naturales como esclavos, favoreció la evangelización de los indios y la Iglesia se enfiló con todos sus recursos a la realización de esta enorme tarea. Así, fueron a llegando a México las distintas órdenes religiosas de evangelizadores empezando por los franciscanos. Los españoles nacidos en México, hijos de los primeros colonizadores que acumularon fortunas desmedidas y en breve tiempo, reaccionaron con desconcierto y recelo cuando comenzaron a perder privilegios, *status* y puestos clave en la

administración de la colonia, los cuales por ordenanzas reales empezaron a ser reservados solamente a los peninsulares. La gleba mestiza y las castas empujaban la idea primeriza fantaseada como recelo de la, mucho más tarde, posible independencia. La conquista, el mestizaje, el desamparo del pueblo bajo dividido en castas y el criollismo fue el perfil inmediato de un nuevo mundo pasado por la convulsión de la invasión, el sometimiento y la transformación. Tal perfil era el costo de la invasión. Y reclamó lenta pero inflexiblemente la configuración de una nueva realidad política y social, las bases para el surgimiento de una nueva nación en el concierto universal.

Muchos fueron los antecedentes socioculturales y antropológicos que configuraron el recelo y la posibilidad de la autonomía. Y la primera manifestación práctica de tal aspiración se dio inmediatamente con los primeros hijos mestizos de los grandes conquistadores: Martín, el hijo de Hernán Cortés tenido con la Malinche, que con su hermano de igual nombre Martín, ya se le puede considerar un criollo, el segundo Marqués del Valle, y que participó en la conjuración de 1565. Resultado de ello fue que lo atormentaran y después fuera desterrado a España. El segundo Marqués del Valle nació en Cuernavaca y fue a España con su padre en 1540, donde entraría al servicio de Carlos V. Pero regresó a México en 1562 después de la muerte de su padre, y se integró y comunicó a fondo con los hijos de los conquistadores, entre éstos los hermanos Alonso y Gil González de Ávila, y se le llegó a considerar el artífice de la conjura del 65 que tuvo por objeto “alzarse con la tierra”. Los hermanos González de Ávila sí fueron decapitados en la Plaza Mayor el 3 de agosto de 1566.¹

Y hubo desde luego otros antecedentes del mismo tipo aunque velados. Bernal Díaz del Castillo reporta que:

... el pueblo de Guatitán se quitó a los hijos de Gil González de Benavides y sobre ello fueron degollados, porque según se halló, no tuvieron la lealtad que eran obligados al servicio de su majestad; y con ellos ajusticieron y desterraron otras personas y otras quedaron con mala fama. He querido poner esto en esta relación aunque no había necesidad para que se vea sobre qué fue el desasosiego de México.²

¹ Véase José Luis Martínez, 1993a, p. 525.

² Bernal Díaz del Castillo, 1983, p. 849.

Muchos investigadores contemporáneos también han remarcado este hecho. Porque “siempre existió un caldo de cultivo propicio para que en tierras mexicanas se escenificara un acto de rebelión, como años más tarde ocurriría en el Perú, donde Gonzalo Pizarro se alzó en armas contra el poder real”³

³ Juan Miralles, 2001, p. 366.

EFECTOS CONTEMPORÁNEOS

Los ocho años de permanencia de los náufragos en tierras mayas, en la primera década del siglo XVI, fue la etapa que definió con total precisión la actitud de los españoles frente al mundo indígena que encontraron en el continente. Estas dos actitudes son prototípicas: la del cristiano que resiste y persiste en su afán de dominio, bajo la bandera católica de la evangelización de los indios, que estaría representada por Jerónimo de Aguilar. Y la del converso que se subsume en la extrañeza de la cultura local, creando la perspectiva psicosocial del mestizaje, e incluso predisponiéndose a luchar contra sus congéneres peninsulares, según se aseguró. Esta actitud estaría representada por Gonzalo Guerrero y es el *humus fecondo*, o el huevo de la serpiente para los españoles, que abriría a través del tiempo la idea de una nueva nación.

En el 2019 se cumplirán 500 años de la llegada de los españoles a México. Diez años antes de esta fecha proverbial tratamos de observar qué significó la hazaña pionera de los náufragos en Yucatán; cómo se instaló ésta, no sólo en la historia escrita de aquellos hechos, sino de qué manera se conserva su memoria en el estado de Quintana Roo y cuál es la actitud de la sociedad y de los gobiernos estatales frente a la misma.

Esta última tarea no puede ser exhaustiva en las páginas de este libro, que en cambio se conforma con lograr abrir una nueva vertiente de la investigación etnohistórica.

Tierra adentro de la Bahía de Chetumal, a distancia de un kilómetro, aproximadamente, está la zona arqueológica de Oxtankah, restaurada

parcialmente, la antigua ciudad del Clásico (200 a 600 a.C) que, según aseguran algunos que la han explorado, es la misma, la vieja Chaacté'mal de las fuentes históricas. Aunque otros consideran que hubo otra ciudad cercana, amurallada como las del Posclásico. Pero los restos arqueológicos de Oxtankah demuestran que ésta fue la ciudad más grande existente en la Bahía de Chetumal en el momento de la llegada de los españoles, ya que su radio habitacional se prolongó después hasta la costa. Probablemente construida en sus orígenes a esa distancia de la costa como protección contra los huracanes que cada año azotan con violencia. En ese recodo de la selva, la ciudad que era muy amplia y se extendió hasta la isla de Tamalcab fue construida bajo los patrones arquitectónicos de El Petén y en el momento de la llegada de los españoles tenía miles de moradas residenciales alrededor de los grandes edificios del culto y administrativos. Los estudios que se han hecho descubrieron dos tumbas importantes de "calanchionis", los *halach uinic* o caciques o sacerdotes supremos de la ciudad, hecho que señala su importancia. En el interior de esas tumbas se encontraron numerosos objetos de gran belleza que confirman también la importancia del lugar. Sus antiguos habitantes refugiados allí se abastecieron de agua con pozos para captar la lluvia y vivieron de la agricultura, la caza y la pesca. En el centro de la ciudad se puede ver la evidencia de templos, palacios, plazas y patios hundidos, y al norte de este conjunto puede visitarse "la capilla española" que fue restaurada hacia 1980 por el arqueólogo Fernando Cortés, ahora cubierta con una enramada de palma. El centro de la ciudad está ubicado en una plataforma natural. Es el sitio donde vivió Gonzalo Guerrero con su mujer y su descendencia mestiza. Hoy quedan las ruinas de una ciudad que fue estucada y pintada de colores en medio de la selva, con sus restos de albaradas o bardas de separación de las propiedades habitacionales. De la capilla española del norte de la plaza principal se conserva el altar y el espacio de la sacristía; también se puede observar el atrio bardado que la circunda, testimonio de las primeras inserciones arquitectónicas y culturales castellanas en el seno de una ciudad indígena. En 1937 esta ciudad fue nombrada Oxtankah por Alberto Escalona Ramos, debido a la abundancia de árboles de ox, ramones, en su entorno, muy apreciados por ser sus hojas alimento básico de venados. Ahora sobre las hojas secas de este árbol, que tapizan la

entrada a la zona, dos grandes iguanas suelen apartarse del paso de los visitantes, con ruido estruendoso que acaba con el silencio del lugar, silencio que vuelve a instalarse hasta que de pronto se puede escuchar un graznido sincopado que después de unos instantes deja ver al ave que lo causa: un tucán de pico largo y verde que ladea la cabeza para mirar mejor hacia el suelo donde marchan dos visitantes. Cesan los graznidos, el tucán vuela. Animales sobrevivientes de la deforestación.

Aquí están las ruinas de la vieja ciudad selvática donde Guerrero se refugiara de su persecución de otros mayas más hostiles; donde fuera primero esclavo pero después parte del cacicazgo del lugar por haber desposado a la hija mayor del cacique. Donde se convirtiera a la religiosidad local y las costumbres del pequeño reino. Donde asentara sus reales y después luchara en su defensa incluso contra sus congéneres españoles. La arqueología contemporánea del Instituto Nacional de Antropología e Historia ha tenido el cuidado de su restauración y de establecer la hipótesis de que ésta es la vieja Chetumal donde viviera Gonzalo Guerrero (véase fig. 7, p. 61).

El tamaño de la ciudad, que acredita su importancia, privilegia la hipótesis de que fue ésta la sede del poder de Ah Nachan Kan Xiu, padre de Zazil-Yxpilotzama y suegro de Guerrero. El hecho de que inserta en su propia arquitectura se haya engastado una capilla de construcción española avala también esta hipótesis, porque la integración de Guerrero a la cultura local de todos modos habría significado el contacto que favoreciera la penetración de la religión cristiana. Así, Oxtankah, que tuvo una larga secuencia en su construcción, terminó con una capilla española al norte de su centro ceremonial, lo que habla de un importante principio de aceptación de la cultura extranjera.

La conquista de la región del Mayab fue la más lenta a pesar de haber sido la primera zona mesoamericana ocupada por los españoles. Los reinos mayas enfrentaron a los españoles hasta el final de sus posibilidades y cuando la fuerza de las armas se imponía, quedaba el recurso de la huida, la migración y el refugio en zonas apartadas de la selva. Era rebeldía y capacidad de resistencia, pero era también una tradición ancestral. Así ocurrió con los itzaes que abandonaron Chichén Itzá para refugiarse en Tayasal, en la región de El Petén guatemalteco. Todavía a mediados del siglo XIX, cuando se desató la llamada Guerra de Castas,

los rebeldes mayas se refugiaron en las comunidades de Señor, Tihosuco y otras, huyendo del asedio de la “casta divina” y del ejército centralista para permanecer con sus costumbres y sus ritos libres del yugo de los hacendados. A esas alturas el sincrétismo de símbolos y conceptos iberoamericanos se había profundizado; ya no era el Chaac a través de cuyo ídolo les hablaban sus sacerdotes, en su lugar estaba la “cruz parlante”, el árbol sagrado de sus orígenes enraizado en el martirio de Jesucristo. Pero ahí quedaban esas comunidades mayas sincréticas que no se habían dejado subyugar.

Hoy esas comunidades han sido penetradas por fin por las relaciones de producción del mundo moderno que ofrece trabajo a las nuevas generaciones en los grandes centros turísticos del estado. La bicicleta, la radio, la televisión, la computadora, son las herramientas técnicas y también los talismanes de apoyo de las relaciones de producción triunfantes que se infiltraron en el mundo de los antiguos rebeldes.

La historia de los naufragos del siglo XVI se conserva hoy como un eco lejano del principio de la penetración del mundo hispano entre los mayas. Es, sin lugar a dudas, habiendo pasado por los filtros ideológicos que impone la historia, motivo de orgullo y, sobre todo, el principio de identidad más intenso que salvaguarda la administración pública desde que el territorio de Quintana Roo se convirtió en el último estado de la República y desde que la industria sin chimeneas del turismo construyera los impresionantes polos de desarrollo de la así llamada Riviera Maya. La saga de Gonzalo Guerrero se enseña en la escuela primaria a partir del cuarto año en las comunidades y ciudades del estado. Se canta un himno del estado cuya letra evoca los hechos de aquella historia. Se ha construido en la capital un museo arqueológico de la cultura maya, de cuyo hastial emerge gigantesca, en altorrelieve, la imagen de Yzpilotzama-Zazil, su marido Guerrero y su prole mestiza. De igual forma en la costera de San Miguel de Cozumel hay un conjunto escultórico del mismo tema cuyas figuras se destacan a contraluz dando la espalda al mar. Y esta escultura repite el tema en otras ciudades del estado.

La gesta de Gonzalo Guerrero se reflejó de inmediato en la literatura del propio siglo de la Conquista; no así, curiosamente, la de su compañero en el naufragio, Jerónimo de Aguilar. Desde entonces se escribió abiertamente en un tono que dejó ver una consideración general de

Gonzalo con tintes de heroicidad. Desde Francisco de Terrazas, el primer poeta de lengua castellana nacido en México, se observa esa consideración y en su poema épico *Nuevo mundo y conquista* escribió:

En Chetumal reside ora Guerrero,
que así se llama el otro que ha quedado;
del grande Nachamcán es compañero
y con hermana suya está casado:
está muy rico y era marinero,
agora es capitán muy afamado,
cargado está de hijos y hase puesto
al uso de la tierra del cuerpo y gesto

Rajadas trae las manos y la cara,
orejas y narices horadadas;
bien pudiera venir si le agradara,
que a él también las cartas fueron dadas.

No sé si de vergüenza el venir para,
o porque allá raíces tiene echadas;
así queda y solo yo he venido,
porque él está ya en indio convertido.

Muy curioso poema y primerizo de la poesía en castellano escrita en Nueva España, en endecasílabos perfectos. Contiene casi toda la información que después habría de divulgarse sobre la hazaña de Guerrero y da la voz narrativa a Jerónimo de Aguilar, que en la primera estrofa es ambigua, pero que se confirma en la última: “así queda y solo yo he venido”.

Como escrito de finales del siglo XVI, el poema confunde el parentesco de la mujer de Guerrero con su padre Ah Nachan Kan Xiu, que figura como su supuesto hermano. Y a la fecha del escrito ya era el *halach uinic* de Chetumal el hermano de Yzpilotzoma, Ach Balam Cahuel Xiuu. El resto de la referencia es correcta y sorprende su puntualidad cuando aún no circulaba ninguna crónica sobre los sucesos de la Conquista.

Francisco de Terrazas (1525-1600), hijo de conquistador, escribió en 1577 cinco sonetos en su cancionero *Flores de varia poesía*. Su fama trascendió y fue elogiado por el propio Miguel de Cervantes en *La Galatea*,

que consideró que el novohispano era un gran poeta. Si bien Terrazas se guiaba con la escuela sevillana, sus temas estaban dominados por la escuela de Petrarca que destacaba siempre belleza y crueldad de la amada como tópico principal.

En el poema citado consta la residencia de Guerrero en Chetumal; su relación con Jerónimo de Aguilar, que aunque sin ser nombrado es clara la referencia; su pertenencia al estrato principal del reino; su oficio de marinero en España, y su desahogada situación económica una vez que ingresa al servicio del cacicazgo. También, y esto es lo más importante para nuestros fines, hace constancia de su fama y del hecho extraordinario de ser un converso hacia el mayismo, pues “hase puesto al uso de la tierra del cuerpo y gesto”. El poema informa también del hecho de haber recibido la breve carta de Cortés que pide la reintegración de los naufragos a la hueste española y, por último, registra la negativa de Guerrero a regresar con sus coterráneos: la supuesta vergüenza que le habría causado el aparecer tatuado ante ellos, junto con el hecho real, de mayor peso, de que tiene esposa e hijos en ese reino maya donde, en efecto, “él está ya en indio convertido”.

Acerca del famoso elogio de Terrazas, hecho por Cervantes (*La Galatea*, libro VI), no es inconveniente decir que éste se inserta en amplia lista que de contemporáneos personajes hizo el Manco de Lepanto en una ingeniosa trama literaria para ofrecer su obsequiosa admiración y, desde luego, con sutil fin de ganar anuencia y reconocimiento. El precioso ardid se compone de la intervención de la musa Calíope que declara que su “oficio y condición es favorecer y ayudar a los divinos espíritus”. Estas palabras y todo este pasaje de su *Galatea* pone Cervantes en labios de la musa, así como el largo canto que lo continúa y que contiene la mención de Terrazas.

Mediante un exorcismo hecho en el campo, los personajes Telesio, acompañado de “Elicio, Tirsí, Damón, Lauso y otros animosos pastores” alucinan entre las apartadas llamas de una hoguera, a Calíope, que se presenta ricamente ataviada y empieza su discurso que, naturalmente, constituye en sí mismo una pieza literaria de notoria perfección. La musa revela su identidad ante los asombrados pastores:

Sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas

que en las altas y sagradas cumbres de Parnaso tienen su propria y conocida morada. Mi nombre es Calíope; mi oficio y condición es favorecer y ayudar a los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada sciencia de la poesía.

Pero en el elogio, del cual cito fragmentos a pie de página,¹ el gran Cervantes no se restringió a los poetas, sino que incluyó a muchos otros, de oficios distintos. Y algunos dudosos, como el de Pedro de Alvarado si no se refiere a un homónimo. Y enseguida, dos estrofas donde se

¹ Canto de Calíope

Al dulce son de mi templada lira,
prestad, pastores, el oído atento:
oiréis cómo en mi voz y en él respira
de mis hermanas el sagrado aliento.
Veréis cómo os suspende, y os admira,
y colma vuestras almas de contento,
cuando os dé relación, aquí en el suelo,
de los ingenios que ya son del cielo.
Pienso cantar de aquellos solamente
a quien la Parca el hilo aún no ha cortado,
de aquéllos que son dignos justamente
d'en tal lugar tenerle señalado,
donde, a pesar del tiempo diligente,
por el laudable oficio acostumbrado
vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
sus claras obras, sus famosos nombres.
[...]

Y el que con justo título meresce
gozar de alta y honrosa preeminencia,
un don Alonso es, en quien floresce
del sacro Apolo la divina sciencia;
y en quien con alta lumbre resplandece
de Marte el brío y sin igual potencia,
de Leiva tiene el sobrenombre ilustre,
que a Italia ha dado, y aun a España, lustre.

Otro del mismo nombre, que de Arauco
cantó las guerras y el valor de España,
el cual los reinos donde habita Glauco
pasó y sintió la embravescida saña.
No fue su voz, no fue su acento rauco,

que uno y otro fue de gracia estraña,
y tal, que Ercil[la], en este hermoso asiento
meresce eterno y sacro monumento.
Del famoso don Juan de Silva os digo
que toda gloria y todo honor meresce,
así por serle Febo tan amigo,
como por el valor que en él floresce.
Serán desto sus obras buen testigo,
en las cuales su ingenio resplandece
con claridad que al ignorante alumbra
y al sabio agudo a veces le deslumbra.
[...]

Crezca el número rico desta cuenta
aquej con quien la tiene tal el cielo,
que con febeo aliento le sustenta,
y con valor de Marte acá en el suelo.
A Homero iguala si a escrebir intenta,
y a tanto llega de su pluma el vuelo,
cuanto es verdad que a todos es notorio
el alto ingenio de don Diego Osorio.
[...]

[Aquí, otro segundo Apolo]
Y el nombre que me viene más a mano,
destos dos que a loar aquí me atrevo,
es del doctor famoso Campuzano,
a quien podéis llamar segundo Febo.
El alto ingenio suyo, el sobrehumano
discurso nos descubre un mundo nuevo,
de tan mejores Indias y excelencias,
cuanto mejor qu'el oro son las sciencias.
[...]

menciona a Terrazas, “el nuevo Apolo”, y al arequipeño Diego Martínez de Ribera:

De la región antártica podría
eternizar ingenios soberanos,
que si riquezas hoy sustenta y cría,
también entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
y en dos os quiero dar llenas las manos:
uno, de Nueva España y nuevo Apolo;
del Perú, el otro, un sol único y solo.

Del doctor Vaca, si decir pudiera
lo que yo siento dél, sin duda creo
que cuantos aquí estás os suspenderá:
tal es su ciencia, su virtud y arreo.
Yo he sido en ensalzarle la primera
del sacro coro, y soy la que deseo
eternizar su nombre en cuanto al suelo
diere su luz el gran señor de Delo.

[...]

[A continuación, uno de nuestros cronistas]
Un conocido el alto Febo tiene;
¡qué digo un conocido!, un verdadero
amigo, con quien sólo se entretiene,
que es de toda ciencia tesorero.
Y es éste que de industria se detiene
a no comunicar su bien entero,
Diego Durán, en quien contino dura
y durará el valor, ser y cordura.

[...]

Muestra en un ingenio la experiencia
que en años verdes y en edad temprana
hace su habitación ansí la ciencia,
como en la edad madura, antigua y cana.
No entrará con alguno en competencia
que contradiga una verdad tan llana,
y más si acaso a sus oídos llega
que lo digo por vos, Lope de Vega.

[...]

En don Luis de Góngora os ofrezco
un vivo raro ingenio sin segundo;
con sus obras me alegro y enriquezco

no sólo yo, mas todo el ancho mundo.
Y si, por lo que os quiero, algo merezco,
haced que su saber alto y profundo
en vuestras alabanzas siempre viva
contra el ligero tiempo y muerte esquiva.
Ciña el verde laurel, la verde yedra,
y aun la robusta encina, aquella frente
de Gonzalo Cervantes Saavedra,
pues la deben ceñir tan justamente.

Por él la ciencia más de Apolo medra;
en él Marte nos muestra el brío ardiente
de su furor, con tal razón medido
que por él es amado y es temido.

Tú, que de Celidón, con dulce plectro
heciste resonar el nombre y fama,
cuyo admirable y bien limado metro
a lauro y triunfo te convida y llama,
rescribe el mando, la corona y cetro,
Gonzalo Gómez, désta que te ama,
en señal que meresce tu persona
el justo señorío de Helicona.

[...]

Pues de una fértil y preciosa planta,
de allá traspuesta en el mayor collado
que en toda la Tesalia se levanta,
planta que ya dichoso fruto ha dado,
callaré yo lo que la fama canta
del ilustre don Pedro de Alvarado,
ilustre, pero ya no menos claro,
por su divino ingenio, al mundo raro.

[...]

Francisco, el uno, de Terrazas, tiene
el nombre acá y allá tan conocido,
cuya vena caudal nueva Hipocrene
ha dado al patrio venturoso nido.
La misma gloria al otro igual le viene,
pues su divino ingenio ha producido
en Arequipa eterna primavera,
que éste es Diego Martínez de Ribera.

Miguel de Cervantes valiéndose pues de la musa de la poesía, Calíope, puede, de la región antártica, “eternizar ingenios soberanos”. Misterios de la cultura. Como su obra *Los seis libros de Galatea* fue impresa en Madrid en 1585, Cervantes desde luego que no menciona a Hernán Cortés ni a otros, pues el elogio sólo refiere que “Pienso cantar de aquellos solamente a quien la Parca el hilo aún no ha cortado”. Tal vez no llegó a saber el gran clásico que Alvarado había muerto en 1541 en Nueva Galicia, hoy Guadalajara, México.

La consideración literaria de la saga de los naufragos españoles en la península de Yucatán empezó, pues, inmediatamente después de la Conquista y en el ámbito de la poesía, y esa intención que tuvo un *impasse* de un buen lapso ha perdurado sin embargo, esta vez dentro de la novelística, a lo largo de siglos.

Sólo menciono aquí las obras que me parecieron de mayor relevancia porque el tema es vasto y excede los propósitos de este libro. Y éas

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
dando principio a la mayor hazaña
que jamás emprendí, la cual espero
que ha de mover al blando Apolo a saña,
pues, con ingenio rústico y grosero,
a dos soles que alumbran vuestra España
no sólo a España, mas al mundo todo
pienso loar, aunque me falte el modo.
[...]

En ellos un epílogo, pastores,
del largo canto mío ahora hago,
y a ellos enderezo los loores
cuantos habéis oído, y no los pago:
que todos los ingenios son deudores

a estos de quien yo me satisfago;
satisfácese dellos todo el suelo,
y aun los admira, porque son del cielo.

Estos quiero que den fin a mi canto,
y a nueva admiración comienzo;
y si pensáis que en esto me adelanto,
cuando os diga quién son, veréis que os
venzo.

Por ellos hasta el cielo me levanto,
y sin ellos me corro y me avergüenzo:
tal es Laínez, tal es Figueroa,
dignos de eterna y de incesable loa.

aparecieron tardíamente, desde principios del siglo XX, y en forma del importante subgénero de la novela histórica, un fenómeno equivalente al ocurrido a propósito de la figura de la Malinche.²

En 1927, José Baltasar Pérez escribió *Ocho años entre salvajes*; casi 20 años después, en 1942, Álvaro Gamboa Ricalde publicó *Nicte-Ha (Lirio de agua)*; diez años después, en 1950, Argentina Díaz Lozano publicó *Mayapan*; y de allí, casi 50 años más tarde Eugenio Aguirre escribió, en 1991, *Gonzalo Guerrero*; y en 1994 Otilia Meza: *Un amor inmortal, Gonzalo Guerrero, símbolo del origen del mestizaje mexicano*; también en el mismo año, *Nen, la inútil*, de Ignacio Solares; en 1996, *Gonzalo Guerrero, memoria olvidada, trauma de México*, de Carlos Villa Roiz. Esta notable aportación de mexicanos a la novela histórica tiene un desarrollo paralelo en el extranjero, si bien más reciente y más escaso: *El futuro fue ayer*, de Torcuato Luca de Tena (español), en 1988, y *Huracán, corazón del cielo*, de Francis Pisani (francés), en 1991.³

La historia se narra sobre el olvido, que es fuente de tergiversación; aunque en ésta pulule la leyenda y el mito que de muchas maneras compensan la peregrina obsesión del historiador por la verdad. Leyenda y mito que son muchas veces fuente de la ficción literaria operan como hipótesis arriesgadas. Pero también muchas veces compensan las enormes lagunas que deja la narración histórica y contribuyen de una manera principal a la erección del edificio de la cultura. Esto es patente en la obra de fray Joseph de San Buenaventura y Cartagena que quizás haya tejido en su historia del Mayab con el hilo virtual de un supuesto texto escrito nada menos que por Gonzalo Guerrero, para condimentar los hechos de su descripción.

Hoy que las peripecias de los náufragos del siglo de la Conquista han tenido que pasar por el esfuerzo de los historiadores y por diferentes visiones míticas, las noticias de aquellos hechos flotan entre el conocimiento, la ignorancia y la mistificación de los habitantes de esa parte de la región maya que configuró el estado de Quintana Roo. Maestros, editores, investigadores y políticos tratan de difundir aquel primer capítulo de la historia moderna de México, en virtud de una necesidad de

² Véase mi libro *La conquista de la Malinche*, 2009.

³ Véase Lancelot Cowie, 2007.

identidad que los constriñe a sentar las bases para una memoria linajuda que los singularice y, con la correcta intención pedagógica, que haga de los ciudadanos del estado un recurso activo del bienestar colectivo. Efraín Villanueva es un político formado académicamente en su materia, de notable sensibilidad para observar el desarrollo histórico y social de su estado, que ha actuado a través de altos cargos, incidiendo, en la medida en que los usos y costumbres y el aparato nacional lo permiten, para impulsar la investigación y la educación de los ciudadanos.

Juan A. Xacur M. como director y editor de una *Enciclopedia de Quintana Roo* en diez volúmenes y con un fascículo de divulgación contribuye en grado importante a la difusión de la historia del estado. Señaló en entrevista que la preocupación por la historia de la región comenzó a partir de que el territorio se convirtió en un estado de la federación. Eso ocurrió en 1972, cuando Chetumal ocupó el rango de capital y tenía apenas 30 000 habitantes. Casi 40 años después alcanzaría la cifra de 150 000, cuando el estado (que en 1974 tenía 88 000 habitantes) roza la cifra de millón y medio. Y observa el editor que si bien el estado alcanzó esta cifra fue por el desarrollo de los centros turísticos de la llamada Riviera Maya, pero aunque concentró mucha población, no configuró, por sus características, una verdadera comunidad. Pervive pues en la conciencia de este observador la tesis de que los cambios compulsivos o arbitrarios en el desarrollo social de la región operan contradictoriamente a la forja de una identidad como reflejo de los hechos principales del pasado sociocultural. Refiere cómo Porfirio Díaz sentó las bases para la estructuración de la ciudad de Chetumal, que casi un siglo más tarde habría de convertirse en la capital, y que construyó entre otras muchas obras la Avenida de los Héroes, a lo largo de la cual se aglutinó la mancha urbana. Que esos héroes fueron los del 2 de abril,⁴ pero que después el general Cárdenas agregaría las estatuas de los héroes nacionales quitándole así su significación original.

Xacur fue condiscípulo de Carlos Castillo Peraza, al que reconoce

⁴ El 2 de abril de 1867, durante la segunda invasión francesa de México, el general Porfirio Díaz derrotó a las tropas francesas en la tercera Batalla de Puebla, siendo ésta la penúltima batalla formal entre el ejército francés, que protegía a Maximiliano de Habsburgo, y las tropas liberales mexicanas.

Coro:

Selva, mar historia y juventud
pueblo libre y justo bajo el sol,
la tenacidad como virtud;
¡Eso es Quintana Roo!

I

De las hondas raíces del maya
al tesón que construye el presente
entonemos alzada la frente,
en un himno, fraterna lealtad.

Al unísono vibren sus notas
y la voz de tu pueblo te envuelva,
lo repita el clamor de la selva
y lo cante el tumulto del mar.

(Coro)

II

En tu escudo saluda la aurora,
al surgir del violento Caribe,
pues la patria en tu suelo recibe
la caricia primera del sol.

Ocho haces son tus municipios,
ocho haces de luz ascendente,
el pasado se torna presente
en el glifo de tu caracol.

(Coro)

III

Esta tierra que mira al oriente,
cuna fue del primer mestizaje,
que nació del amor sin ultraje
de Gonzalo Guerrero y Za'asil.

Ni la fuerza del viento te humilla,
ni la torpe ambición te divide
tu estatura gigante se mide
en el pacto de unión federal.

(Coro)

IV

En Tepich el coraje del maya,
convirtió su opresión en victoria,
el mache te escribió en nuestra historia:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Santa Cruz fue santuario del libre,
su refugio, la selva, el pantano,
porque el indio se alzó ante el tirano,
jabalí perseguido jaguar.

(Coro)

V

Maná el látex de herido madero,
el mar cede a la red su tesoro,
el apíario sus lágrimas de oro
y la tierra su fruto en sazón.

El trabajo es la fuerza de un pueblo,
ya que vuelve la vida más digna,
construir es la noble consigna
y ser libres la eterna lección.

(Coro)

Créditos

Letra: Ramón Iván Suárez Caamal
Música: Marcos Ramírez Canul
Arreglos: José Muñiz Cohuo

Figura 9. Himno a Quintana Roo.

como un intelectual de hondo sentido ético para apreciar los cambios históricos y políticos de la región y de la nación. De su interacción temprana con él, Xacur acepta que resultó su vocación de editor y de escritor. Y así, con el primer gobernador del estado editó la primera geografía y una enciclopedia de historia, y apunta que a pesar de los esfuerzos que se han hecho en tal sentido pedagógico y de divulgación, en la actualidad no se enseña historia regional en las escuelas.

Ramón Iván Suárez Caamal, premiado como poeta en diversos certámenes, escribió el himno del estado, que vemos en la figura 9 (*supra* pp. 122, 123).

Cuatro son las sustancias principales que integran su canto: el ciclón devastador que sopla cada año; la referencia al inicio del mestizaje en la zona por el matrimonio entre Guerrero y Za'asil; la Guerra de Castas de 1847, y la explotación del chicle.

El edificio del H. Congreso del estado está pintado con murales de Elio Carmichael que recuentan en forma gráfica la historia. En el pasado la economía se fundaba en los productos de las dos estaciones de la zona, la de lluvias y la de seca. En la primera se obtenía el chicle del árbol del chicozapote; durante la sequía se cortaba la caoba. Plasma la leyenda de la creación del hombre según el *Popol-Vuh*. Refiere la fundación de algunas ciudades antiguas: Coba, Tulúm e Xpatúm. Con ironía diseña la actuación de los primeros franciscanos en el área: la cruz que sostienen es a la vez una espada. De la Guerra de Castas aparecen sus líderes mayas, Cecilio Chi y Jacinto Pat, y allí alude también al fenómeno sincrético de la Cruz Parlante, culto que existe hasta la fecha. Refiere también el pueblo ancestral de Chetumal bajo el nombre de Ixpatún, aunque arqueólogos contemporáneos opinan que aquél floreció en Oxtankah. Está la guerra entre guerreros mayas y soldados españoles. Incluye los escudos de los siete municipios del estado: Othón P. Blanco, Felipe Carrillo Puerto, José María Morelos, Lázaro Cárdenas, Isla Mujeres, Benito Juárez y Cozumel. La fecha de creación del estado: 8 de octubre de 1974, junto con Baja California Sur en el extremo norte del país.

Un panel completo refiere la historia de Gonzalo Guerrero, el matrimonio con la hija del cacique Nachankan, el mestizaje, su muerte en Puerto Caballos en Honduras, donde defendía los intereses del reino

de Chetumal contra los invasores españoles. Por último, el desprecio que los cronistas expresaran sobre su conducta.

El pintor plasma también el proceso de transformación del escudo de la región desde su creación original por un pintor italiano de nombre Gaetano Maglioni. Después lo retoma Diego Rivera y le imprime modificaciones en los muros de la Secretaría de Educación Pública (v. fig. 10). Y el último modelo, de utilización extraoficial, lo diseñó el colombiano Rómulo Pozo.

El territorio de Quintana Roo fue creado el 24 de noviembre de 1902 por decreto del presidente Porfirio Díaz. Lo derogó Venustiano Carranza en 1913 pero se volvió a restituir a su situación original el 26 de junio de 1915. En 1931 Pascual Ortiz Rubio decretó la desaparición del territorio, que dividió entre los estados de Campeche y Yucatán, y hasta enero de 1935 Lázaro Cárdenas lo vuelve a independizar como territorio. Durante la década de 1970, en el sexenio de Luis Echeverría Álvarez, el territorio de Quintana Roo alcanza la categoría de un estado más de la federación.

El proceso histórico de identificación geográfica y cultural del territorio fue lento y, además, intermitente. El pasado prehispánico sin escritura alfábética hasta que llegaron los españoles, quienes narraron a su modo, quedó en el olvido por espacio de siglos; la Guerra de Castas puso en la palestra la cuestión indígena pero en un capítulo sangriento y desgraciado. Hasta que se fundó de manera oficial la primera ciudad sobre las ruinas de la vieja Chaaacte'mal, el 5 de mayo de 1898, con el nombre de Payo Obispo, la población dispersa empezó a vivir el fenómeno comunitario y los ritos identitarios de corte nacional irrumpieron en el territorio cuando se izó por vez primera la bandera nacional y se cantó el himno en una ceremonia pública. Othón Pompeyo Blanco Núñez de Cáceres fue el fundador de Payo Obispo y comisionado por Porfirio Díaz para construir el fuerte en la desembocadura del Río Hondo. Era necesario un control aduanal de las armas que entraban procedentes de Inglaterra y que avivaban la lucha de los rebeldes indígenas. Pero después de eso, la región volvió al olvido. Hasta que en septiembre de 1955 azotó el huracán *Janet* que arrasó la ciudad de Chetumal e hizo volver la vista del gobierno mexicano hacia la zona.

Este recuento histórico explicado a partir de un folleto del poder



Figura 10. Mural de Diego Rivera en la Secretaría de Educación Pública, que incluye (arriba) el escudo.

legislativo del estado, con base en el mural que decora su sede es en extremo significativo de la urgente pulsión ideológica que domina los últimos tiempos de la zona y donde se destaca en modo principal la vida y el rol jugado por Gonzalo Guerrero.⁵

La opinión del etnólogo Margarito Molina en larga entrevista realizada en Chetumal el 27 de abril de 2008 es representativa y de mucho interés para observar el paradigma de las ciencias sociales de nuestros días respecto de la saga de Gonzalo Guerrero y otros temas de historia en la península.

Molina distingue la naturaleza de los imaginarios a propósito de los hechos del siglo XVI y de la influencia que generan hasta el presente. Así subraya la diferencia entre “los imaginarios colectivos auténticos”, que corresponderían a la opinión de los propios actores mayas, y aquellos otros imaginarios que son construidos artificiosamente y que tienen procedencia en el discurso gubernamental. Cuando en 1974 el viejo territorio de Quintana Roo alcanzó el rango de un estado más de la federación, los gobiernos regionales se vieron impelidos a rastrear aquellos elementos históricos significativos que acuñaran la identidad de la región. Ese propósito se volvió una obsesión, en la inteligencia de que el factor de desarrollo más poderoso del estado fue el turismo de los grandes centros del norte de la península, donde la población de crecimiento aceleradísimo dispuso un conglomerado hecho en más de 90% de fuereños y extranjeros, sin ningún interés ni ninguna fuerza para la implantación sociocultural de tipo comunitario. En cambio, hacia el sur, donde está la capital del estado y se ubican las poblaciones con una vieja historia maya y sus grandes tradiciones, existe la exigencia comunitaria y el estrato gubernamental propugna por legitimarla apelando a los hechos importantes de su historia. La historia de Gonzalo Guerrero viene a cuento en primer término porque recuerda una de las formas de interrelación de españoles e indígenas, y porque la descendencia del naufrago efectivamente inaugura la tradición de mestizaje que imperaría después del contacto en todo el país.

⁵ Poder Legislativo del Estado de Quintana Roo, *Murales “Forma, color e historia de Quintana Roo” y “Ley”*, H. Congreso del Estado, Chetumal, Quintana Roo, 2005.

Molina refiere una polémica existente en el estado y a nivel académico, que trata de dilucidar con qué bases se construyen los ritos imaginarios. Para esto se pone el ejemplo del fenómeno de la Cruz Parlante que nació en los días de la Guerra de Castas de 1847, como un imaginario construido a base de mitos. En cambio —dice Molina— la memoria de los hechos de Gonzalo Guerrero pertenece a un imaginario construido por el gobierno.

Así pues, no existió una memoria que perdurara hasta el presente entre la gente local, sino que ésta es derivada de la historiografía y consagrada por los intereses ideológicos de los gobernantes estatales, porque se trata de un estado joven en busca de asideros y héroes. El estado promovió mediante una convocatoria la creación de un himno regional, cuya letra seleccionada le correspondió al escritor Ramón Iván Suárez Camaal y la música (como con cierta influencia del himno cubano) al compositor Marcos Ramírez Canul. El himno, muy apreciado por la ciudadanía, y que menciona los hechos de Gonzalo Guerrero, es de gran influencia en el conocimiento popular de la historia. También hay otras iniciativas gubernamentales que buscan el mismo fin.

El investigador Molina, con una importante experiencia de campo en la comunidad de Señor, uno de los refugios de los rebeldes indígenas sobrevivientes de la Guerra de Castas y donde prevalecía el mito de la Cruz Parlante, tiene interés especial en el dato historiográfico que supone que el segundo apellido de Gonzalo Guerrero es Aroca o Aroça, que corresponde a su herencia materna y que considera que acaso la madre del naufrago hubiera sido una judía conversa. Y que esta tradición materna de conversión desde el judaísmo, hubiera promovido un antecedente cultural y psicológico para determinar la actitud del propio Gonzalo ante la cultura maya y como respuesta a la imposición ideológica y cultural de los españoles frente a un mundo de gentiles. Guerrero en su rechazo a sus congéneres españoles habría actuado como un reivindicador de costumbres ajenas a la tradición judeocristiana.

Esta visión del asunto es desde luego muy atractiva y ostenta un entramado lógico. Pero está imposibilitada de superar su nivel hipotético por la ausencia total de datos que confirmen sus propios antecedentes. Por esto, tenemos que aceptar que tal hipótesis se integra también dentro de los imaginarios construidos, y no auténticos como demanda-

ría Molina en sus clasificaciones, imaginario construido esta vez por académicos contemporáneos, con base en una hipótesis sobre el pasado.

Por último, la apreciación de Molina sobre la sociedad maya contemporánea después de haber realizado una temporada de campo muy larga en la comunidad de Señor es de importancia, y polémica, sobre todo frente a algunas posiciones rousseauianas de la antropología contemporánea. Y así cuenta cómo en cierta ocasión en Señor, cuando él admiraba la sabiduría en el uso de un arquitrabe de madera que ensambla toda la construcción de una casa maya fortaleciéndola sobre todo contra los huracanes constantes de la zona, se sorprendió con la respuesta de su interlocutor: que hubiera preferido tener una casa de material como las de Chetumal, que éas sí son resistentes a huracanes y ciclones.

A principios de los noventa cae la producción del chicle. Ya no hay milpas. Los campesinos conservan su iglesia con sus sacerdotes mayas bajo los restos de una organización teocrático-militar. Paralelamente a esta situación, pueden vender sus tierras de Tulum y otras partes, que el desarrollo del turismo demanda, pagando altos precios, incomparables con otros del pasado. Muchos de sus hijos tienen ingresos fijos como trabajadores en los hoteles de los grandes centros turísticos; nuevas generaciones cuyos antepasados se dedicaron al cultivo del maíz con una producción supeditada a los cambios climáticos. Las empresas contratan esta mano de obra y luego la devuelven a sus comunidades, con objeto de obtener más mano de obra barata para el trabajo. Hay una pérdida constante de la lengua. De la lengua itzá quedan tan sólo ocho hablantes. Se observa la pérdida del vestuario femenino. Aumenta la marginación. A la vez ya existe un grupo de trabajadores trilingües, del maya, el español y el inglés. Molina acepta que estos datos dan pie a un replanteamiento de la cuestión indígena en la zona.

Por qué el padre del mestizaje en México no regresó con Cortés cuando éste requirió de él para informarse del mundo recién descubierto, pero sobre todo para actuar como traductor en las negociaciones con los caciques de la región, es una pregunta enrarecida por las pasiones a lo largo de la historia. El propio Guerrero respondió con pretextos poco convincentes: que estaba tatuado y horadado al modo indígena y que tenía familia. Sobre el segundo argumento, Jerónimo de Aguilar, que trasmitió la solicitud de Cortés, propuso que llevase consigo a su familia.

Cortés y sus hombres y después los cronistas, entre quienes destaca don Antonio de Solís y Ribadeneira, que escribió su *Historia* casi dos siglos después y que criticó con mayor saña, observaron en Guerrero una esclálida fe cristiana y por lo tanto proclividad hacia el mal. Y en el consenso español prosperó la leyenda negra del traidor, a lo largo de los siglos aunque sin usar abiertamente el término.

Pero nunca se sopesaron otras razones que no obstante ser concretas también son complejas: el mundo de las comunicaciones geográficas del siglo de la Conquista era lento y difícil. Ir de un lugar a otro carecía de la expectativa de la movilidad y de la posibilidad del retorno en cualquier momento. Cuando se viajaba —en mucho “se quemaban las naves”— era con la idea de instalarse en otra realidad, en otro mundo. Gonzalo Guerrero se instaló en la cumbre de una sociedad y de una cultura extraña con una religiosidad muy lejana a la cristiana, al pertenecer a la casa del *halach uinic* de un gran reino maya. Y empezó a ver el mundo a partir del poder y de los complejos protocolos de un estado teocrático y sacrificial a nivel del más alto estrato de la pirámide social. Empezó a ver, en pocas palabras, un mundo integral, con una lógica clara (para el complejo cultural local) y con la posibilidad de incidir en la hechura de la historia local. Al mismo tiempo, no debió escapar a su capacidad de asombro la fascinación por un mundo nuevo por completo, donde el espíritu respondía a otras razones y a otras leyes muy distintas de las de un cristiano pobre, marinero de Palos, en una Andalucía desestructurada por la ocupación secular de los moros y por el largo empeño para su erradicación. Una razón más: la vida en un mundo donde se podían realizar libremente los actos que prohibía férreamente la moral inquisitorial, medieval, de las provincias españolas del siglo XVI.

El eco de los hechos del siglo de la Conquista sobrevive en Quintana Roo de muchas maneras diferentes. Una de ellas ciertamente fue por vía narrativa cuyo origen fueron las crónicas y documentos. A partir de esta memoria se revitalizó el imaginario del presente estimulado por la acción gubernamental del estado. En el pueblo de Bacalar, cabe la laguna multicolor, y que en el pasado fuera asentamiento maya, hoy se enseña la historia de Gonzalo Guerrero desde el cuarto año de la escuela primaria. Y allí vive Ramón Iván Suárez, autor del himno del estado. En el ayuntamiento de Cozumel desempeña un cargo Velio Vivas que es cronista

de la isla. En Holbox, Eliecer Jiménez. En Playa del Carmen, el periodista Joaquín Córdoba. Todos ellos activos promotores de una educación con base en el recurso histórico de los primeros tiempos, que tiene una profunda influencia en la reestructuración ideológica de nuestros días.

El 2 de mayo de 2008 reordeno mis apuntes después de los trabajos y recorridos del día. Y haciendo un balance no es difícil percatarse de que el ánimo del cronista Francisco López de Gómara para describir la llegada de Cortés a Cozumel fue una leyenda de leyendas en cuanto que repitió las impresiones, quizás influidas de la fantasía, de los conquistadores ante el Nuevo Mundo. Antes habían circulado en Cuba las noticias de Francisco Hernández de Córdoba —que sin haber llegado a la isla conoció Catoche y Potonchan—, de Juan de Grijalva y de Cortés. Su narración tiene la impronta del misterio que hay en suponer un mundo del que nadie antes había hablado. El mar de esta latitud, con su hermosura, el mismo que bajo las tormentas anuales es devastador. Y de pronto, frente a las naves antiguas ancladas a distancia de la playa, los indios curtidos, emplumados, danzantes de sus ritos, extraños a ojos españoles, de la risa a la atrocidad, de la simpleza al sacrificio; horadados, pintados, tatuados, con ajorcas de oro en los brazos, con taparrabos. Se adelanta el “calanchioni” empenachado, acicalado, soberbio y violento, baja de las andas donde lo cargan entoldado y abanicado por sus siervos. Dice López que los indios no se cansaban de ir y venir viendo las naves y a los españoles barbudos, que tocaban y mesaban sus barbas. Alvarado era pelirrojo, tal vez descendiente de godos. La comunicación precaria se inició a través de Melchorejo, rehén de Hernández de Córdoba en Catoche, que había aprendido algo de “castilla” a pesar de su cortedad de pescador. Pero si poco español aprendió, su curiosidad no estuvo dormida y anduvo con los españoles y fue testigo de los hechos. Hasta Centla, donde vio la matanza, se quitó las ropas españolas, las colgó en una rama y huyó por la selva tabasqueña sin duda con la esperanza de regresar a Catoche.

El recorrido por el sur de la isla de Cozumel muestra un erial desértico con matorrales polvorrientos y las playas turísticas con sus restaurantes. Los turistas forman grupos de motociclistas desaforados que hacen rugir sus máquinas a lo largo de la costa donde el oleaje es más violento. Se trata de una amplia zona inulta con pequeños grupos de pescadores asentados de tramo en tramo. Al norte está Playa Azul y el viejo hotel

Cozumel Caribe donde está la placa conmemorativa del punto de arribo de Hernán Cortés.

Al día siguiente, 3 de mayo, hubo un festejo en El Cedral, al sur de la isla y lejos de la costa. Fiesta que debía ser memoria de la llegada de Juan de Grijalva en 1518, pero que ahora por conducción de la Iglesia católica se restringe a la fiesta del día de la Santa Cruz. Y todavía, para el curato es un pretexto sobre el que ajusta su filipica que recuerda y advierte la inconveniencia de la rebelión indígena que se iniciara en la Guerra de Castas de mediados del siglo XIX.

En El Cedral hay restos arqueológicos muy similares a los de Punta Celarain, en el extremo sur donde está instalado uno de los faros. Son curiosos restos de templos prehispánicos, especie de miniaturas de pirámides. En el extremo norte, a unos pocos kilómetros de la costa se conservan las ruinas de San Gervasio. En esa zona se encuentra también El Castillo Real, ubicado antes de Punta Molas y más próximo a la costa. Había en total cinco asentamientos en el siglo XVI: de sur a norte, Punta Celarain y El Caracol, Rancho de Buenavista, El Cedral, San Gervasio, El Castillo y Punta Molas. De ellos los más importantes son



Figura 11. Construcción de la costa sur de Cozumel. Foto del autor.



Figura 12. Restos arqueológicos de El Cedral. Foto del autor.

El Cedral y San Gervasio, ambos tierra adentro por prevención contra los huracanes anuales que azotan de agosto a noviembre. Hoy la zona urbana está en la costa oeste frente a tierra firme, donde se ubica Playa del Carmen en una travesía de 25 minutos en el ferry. En carabelas con buen viento se ha calculado un tiempo de cerca de dos horas y en canoa a remos más de tres horas. Es probable que Grijalva hubiera arribado primero a El Cedral y que Cortés, habiéndose ubicado el punto que hoy ocupa el Hotel Cozumel Caribe, llegara a la población de San Gervasio.

En El Cedral la ceremonia del 3 de mayo se celebra en una muy amplia palapa con cupo para unas 600 personas, que es la iglesia más importante de la comunidad. El evento está presidido por tres reinas que encabezan a un conjunto de señoritas principales engalanadas con huipiles floreados y muchas alhajas de oro.

Las “flores de El Cedral” guardan aún una vieja alusión a deidades femeninas de la fertilidad, flanqueadas por las señoritas principales. Y a finales del mismo mes se celebra la ceremonia del arribo desde Playa del Carmen de “las mujeres más fértiles” que acuden a dar gracias a la deidad (Ixchel), todas con sus atuendos originales para la ocasión.

En otra enramada previa a la iglesia se exponen objetos, símbolos y fotografías de antiguos festejos de la misma fecha; un modo de preservar las viejas tradiciones con recursos modernos.

El sacerdote del festejo de la Santa Cruz del 3 de mayo en El Cedral,



Figura 13. "Flores de El Cedral",
Cozumel, Quintana Roo.



Figura 14. Fiesta del 3 de mayo en El Cedral. Foto del autor.



Figura 15. Fiesta del 3 de mayo en El Cedral.
Foto del autor.

al referirse exclusivamente a la cruz cristiana, cancela por consecuencia la posibilidad de los sincretismos culturales que se forjaron desde el pasado. Y cuando necesita hacer una referencia histórica respecto de la cruz tan sólo menciona el papel jugado por este símbolo durante la Guerra de Castas, cuando la cruz operó como la salvación de uno de los líderes rebeldes. De ningún modo aludió al hecho histórico de la llegada de Juan de Grijalva en ese día a Cozumel en el año de 1518, cuando los españoles ven por primera vez la cruz maya y se crea la especulación legendaria de una posible evangelización de los indios mucho tiempo antes de los viajes entre 1517 y 1519.

La referencia al símbolo de la cruz en este festejo es metafórica. Y se usa para señalar cómo el ser humano debe vivir con el pesar constante de las adversidades en su vida diaria. Y así, “todos cargamos nuestra cruz, aun quienes no son creyentes”, por eso debemos acostumbrarnos a ella y tratar de hacerla “menos pesada” porque no es posible evadirnos. A este punto el sacerdote agregó que “es necesario aprender a alegrarnos

con nuestra propia cruz". Concluyó que incluso la fiesta y el vino en dosis moderadas son convenientes. Y agregó un chiste popular y muy conocido respecto de los efectos del consumo excesivo del alcohol.

En el viaje de Cortés a la isla en 1519, después de haber subido al claustro superior del templo mayor, donde después de haber presenciado una ceremonia indígena y haberse hecho traducir el contenido de los cantos de los sacerdotes, y de haber perorado él, por su parte, acerca de los puntos fundamentales del Evangelio, bajó por escalinatas alternativas de la pirámide y al pie de ésta encontró la especie de cruz adorada por los indígenas. Rodeada por círculo con cal, rociada con sangre de codorniz, como ya hemos referido.

Para los mayas, la cruz cristiana que le presentaran los españoles sería una representación plástica y peculiar de su ceiba sagrada y su síntesis cósmica. Para los españoles la "cruz" maya promovió la excentricidad de la existencia de evangelistas europeos anteriores a su viaje. Cortés, presentando su propia cruz explicó la resurrección de Cristo y la salvación del alma después de la muerte.

La evolución sincrética de los símbolos arrojó el resultado de una "cruz parlante" en la Guerra de Castas de 1847; una cruz que indicaba a los rebeldes qué hacer en la guerra contra los hijos de los españoles. Un símbolo que del lado de la cultura maya funcionaba como el Chaac empotrado que los españoles hallaron en Cozumel, y a través del cual un sacerdote infiltrado en él hablaba como el dios. Ahora el cura católico, grave y seguro, asume del mejor modo y con la esplendidez fragmentaria del discurso católico, el tema de la cruz; ésta no es sólo pesadumbre, es simultáneamente liberación.

Si Cortés llegó a San Gervasio, antes pasó por alguna población costera y no sabemos con exactitud en cuál vio "la cruz" y el oráculo maya. Respecto de este último, su realidad fue a todas luces menos simple que la narrada por los cronistas. Es muy claro que la gente de Cozumel sabía perfectamente que detrás del Chaac se introducía un sacerdote. Incluso sabrían quién era, un alto sacerdote (un shamán) imbuido de la religiosidad, sabio, curandero y respetado. Conocían su voz. Y el simulacro era un convenio religioso; el shamán se investía de Chaac, era un médium, captaba así los secretos sacros. Los demás creían firmemente en sus deidades.



Figura 16. Cruz maya. Reproducción del Museo Arqueológico de Quintana Roo.

Si Cortés en efecto hubiera puesto pie en tierra por Playa Azul, al norte de San Juan, y como bajó algunos caballos para explorar y protegerse, y con la orientación e información lograda a través del catocheno Melchorejo y cuatro mujeres tomadas como rehenes, lo más fácil es que hubieran cabalgado hacia el noreste y hubieran llegado a San Gervasio, el segundo asentamiento arqueológico hoy de importancia. Entre playa San Juan y el islote de La Pasión, frente a Laguna Ciega, está el hotel con la placa que conmemora el punto de arribo. La otra posibilidad, siguiendo las indicaciones de las *Cartas* y de las *Historias* de López de Gómara y de Bernal, es que de haber llegado de inmediato a un poblado con templos y en la costa, el sitio fuera lo que hoy se conoce como Castillo Real, que está al noreste de la isla, a poca distancia de la Punta Molas, y que de allí fueran cabalgando tierra adentro hacia el oeste hasta dar con San Gervasio.

Hoy, con excepción de la ciudad costera de San Miguel de Cozumel, que mira a tierra firme, la isla permanece en gran medida desierta.

DOS VERSIONES DESNIVELADAS Y EQUIDISTANTES EN EL TIEMPO

FRAY JOSEPH DE SAN BUENAVENTURA Y CARTAGENA

A veces es nombrado fray Joseph de Buenaventura.

Empecemos por hacer algunas consideraciones. Estudiantes y *amateurs* de la carrera de historia en sus primeros vuelos profesionales se fascinan intensamente con la idea de un documento apócrifo¹ y pronuncian el

¹ *New Oxford American Dictionary*, *Oxford American Writer's Thesaurus*, *Diccionario Apple Wikipedia*: “Apócrifo (del latín *apocryphus* y éste del griego *ἀπόκρυφος* *apokryphos*, ‘oculto’). Es un adjetivo que se refiere a algo que es fabuloso (en el sentido de fábula, cuento), supuesto o fingido.

El término se utiliza especialmente con referencia a libros o autores sagrados que no se incluyen dentro del canon de la Biblia, es decir, dentro de los 73 o 66 libros que comúnmente aceptan los católicos y los protestantes, respectivamente (desde el Génesis al Apocalipsis o Revelación).

El término *apócrifo* (griego: *ἀπόκρυφος*; latín: *apócrifus*; ‘no-revelado’) ha sido utilizado a través de los tiempos para hacer referencia a los distintos textos o escritos religiosos que no han sido incluidos en el canon de la Tanach hebrea, de la Septuaginta griega, ni de ninguna de las distintas Biblia utilizadas por grupos de cristianos. Desde esta perspectiva, existen controversias muy antiguas entre los diferentes grupos confesionales en el seno de la tradición judeocristiana; dado que cada uno de dichos principales grupos confesionales (cristianos ortodoxos, cristianos orientales —cópticos eutiquianos, siríacos nestorianos, etc.—, católicos romanos, protestantes y paraprotestantes de todas las tendencias) a través de los siglos ha venido planteando algunas importantes diferencias respecto del canon de los grupos restantes, y ha ido reservando el término de ‘apócrifos’ para distintos grupos de textos y de escritos no incluidos en su propia versión del canon bíblico. Algunas confesiones utilizan el término *Pseudoepígrafos* (*falsos escritos*), para referirse a algunos libros de la Biblia, por considerar falsa la autoría que se les atribuye o libros *Deuterocanónicos* (*Segundo Canon*). Entre ellos se suelen incluir los de Tobit, Judit, Primero y Segundo Macabeos, Eclesiástico, Sabiduría, Baruc y algunos pasajes adicionales de los libros de Esther y Daniel. La aplicación del término es pues de contexto religioso.

termino con todos los dientes. Hay una alegría grosera en la asunción del hecho y repiten con gran pujanza que tal documento es falso, apócrifo “por los cuatro costados”. Una especie de legitimación profesional se pone en juego en la asunción de tal caso. Y el orgullo manifiesto tiene una concatenación subterránea con el *quid pro quo* de los historiadores: la verdad. Por eso el joven juez del pasado refiere el hecho con tanta alegría que destrona de un tajo a todos los incautos e inexpertos que muestran algún interés por tales documentos.

La inmensa mayoría de las veces resulta que no hay un examen de rigor, ni científico, publicado sobre esos apócrifos. A lo sumo, una nota a pie de página refiriendo la condición del texto, pero con nulas o pocas pruebas sobre su pretendida falsedad. Y en la mayoría de los casos se trata de opiniones verbales que vibran en los pasillos de los templos del saber para consumo de los novicios.

Tal es el caso de la obra *Historias de la conquista del Mayab 1511-1697*, de San Buenaventura, de cuya autenticidad se duda pero sin que se haya elaborado un estudio, por breve que fuera, en probanza de su falsedad. En cambio se ha usado, legitimado y editado en dos ocasiones, siendo la mejor edición, introducción, paleografía y notas, la de Gabriela Solís Robleda y Pedro Bracamonte y Sosa.² Se puede decir que esta es la edición príncipe del documento, aunque en 1975 Mario Aguirre Rosas³ incluyera en un libro un texto parecido y atribuido a Gonzalo Guerrero, pero no igual al de Buenaventura, cuyo original hoy resguarda la biblioteca del Centro de Estudios de Historia de México, Carso (antes Con-dumex).

Aunque no exista prueba escrita sobre la falsedad del libro y que la denostación se limite a comentarios de pasillo, cabría por lo menos preguntar en qué lugar o nivel se ubicaría la falsedad del documento ya que éste cuenta con dos instancias narrativas para exponer los hechos históricos de que se ocupa: una es lo que dice el autor Buenaventura, y

Acaso San Buenaventura, que era franciscano, hubiera tenido presente esta condición del término al declarar que tuvo en sus manos un documento escrito por Gonzalo Guerrero para conmoción de sus lectores más de dos siglos más tarde, de los cuales algunos murmurarían con la aplicación de este término.

² Fray Joseph de San Buenaventura, 1994.

³ Mario Aguirre Rosas, 1975.

la otra lo que según éste escribió el propio Gonzalo Guerrero, naufrago avarciendo en Chetumal, como se ha visto, desde 1511. Y así precisar lo que es propiamente falso del documento. ¿Es falso que Buenaventura lo escribió? ¿Es falso que Guerrero escribió un texto en el que se basa Buenaventura? ¿Es falso lo que refiere Guerrero, en caso de haber escrito un documento, o es falso lo que según Buenaventura dice Guerrero? Si no fuera falso lo que dice Buenaventura que dice Guerrero, entonces lo único falso sería que es Guerrero quien lo dice. Y si esto fuera así, quién diga las verdades sería un asunto menor de las referencias históricas del libro. Y aquí operaría una pregunta de no fácil respuesta: ¿para qué habría dicho el autor Buenaventura, un franciscano misionero del sureste de la península de Yucatán, que redactó su relato en el siglo XVIII, que los hechos históricos referidos —por lo demás fieles en comparación a los de otros cronistas y documentos anteriores y contemporáneos suyos— eran de otra persona y no suyos? No habría otra razón distinta, ya que los datos son tan verídicos como los del resto de los documentos y cronistas, que la expectativa literaria de suponer que el propio naufrago hubiera contado su historia. Algo así como que Robinson Crusoe fuera real y relatara su naufragio con mayor puntualidad que su creador Daniel Defoe. Pero esta licencia no abatiría la realidad de lo narrado.

¿Podrían existir en el texto algunos datos que no fueran ciertos? Esta pregunta queda desbancada por otra que podría inquirir si acaso existe alguna crónica sobre el pasado que carezca por completo de datos inciertos. El nombre de la mujer de Guerrero aparece en las *Historias* como Yzpilotzama. Podría ser falso dicho nombre. Tanto como el de Zazil referido en otra parte. ¿Podría ser falso que Lizana reportara sacrificios supuestamente ocurridos en Bacalar tan tarde como en 1633, pasaje citado por Buenaventura?

¿Es dudoso que el barco del naufragio fuera el *Santa Lucía*, capitaneado por don Blas de..., su dueño; que viajaran 15 más dos mujeres; que el viaje fuera consecuencia de los pleitos entre Enciso y Valdivia, información proveniente de Jerónimo de Aguilar y que también cita Torquemada; que la *Santa Lucía* quedó escorada por la banda del estribor, partiéndose el palo de la banda y el de la batayola; que se hundió porque cayeron las arboladuras y las gavias y crujieron los imbernayes; que el navío encalló en Los Alacranes como dijeron Bernal, Torquemada,

Mártir de Anglería y muchos más; que don Diego Pérez de la Palma reconoció que eran arrastrados por una fuerte corriente marítima; que el soldado de la Armada Adarga, Juan Zepeda, de Cádiz, fue de los primeros que faltaron; que Ángel de Santa Cruz, nacido en Marmolejo, en Jaén, enfermó de tabardillo, cayó al agua y se perdió; que el soldado Juan Sánchez de Albornoz, de Écija (por tanto quizá conocido de Aguilar), enfermó de fríos y calenturas y amaneció muerto en cuclillas sin que alguien se percataste, hasta que lo descubrió Diego Pérez de Palma; que el capitán Valdivia impidió que Aguilar se suicidara; en fin, que la barcaza media diez varas de eslora, del codaste a la rada, y tres varas de manga; que Baltasar Díaz de la Roda cayó sobre un batel clavándose dos espigas; que merodeaban los peces carníceros parecidos a los “pececano” de Italia...? Demasiados nombres, hechos y datos que si fueran inventados de la nada darían al texto un valor literario superior a muchas crónicas. Demasiados términos técnicos de la marinería, también, para que un cura franciscano perdido en la selva del Mayab los usara con tanta facilidad y desenvoltura.

Los datos históricos de mayor importancia que refiere el autor no son falsos en manera alguna; los puntos sobresalientes de la historia y de la cultura maya son todos verídicos y aparecen en igual modo en obras y documentos consagrados como el *PopolVuh*, el *Ritual de los Bacabes*, el *Manuscrito Can Ek*,⁴ el *Chilam Balam de Chumayel* y otros referidos por el propio autor. Otros más aparecen en las crónicas españolas como la *Relación*, de Landa, la *Historia*, de Diego López Cogolludo, o la *Historia*, de Villagutierre,⁵ para citar las más importantes.

El autor a su vez aporta, de la misma manera que aportaron otros cronistas entre los siglos XVI y XVIII, otros datos conocidos por primera vez en su obra. Acerca de éstos no es posible poner en tela de juicio su veracidad, porque entonces estaríamos autorizados para hacerlo también respecto de los otros cronistas. Y el conjunto de datos originales contenidos en todas las obras de los cronistas, tan sólo se pueden poner en tela de juicio a la luz de evidencias concretas provenientes de documentos antiguos previos o de la evidencia arqueológica. Pero ninguna de

⁴ Jones Grant D., 1991.

⁵ Juan de Villagutierre Sotomayor, 1985.

estas dos instancias, hasta hoy, contradicen la originalidad de los de San Buenaventura.

Lo único pues que no se puede comprobar por vía de la comparación con otras fuentes de documentos, crónicas o de la evidencia arqueológica es que el naufrago Gonzalo Guerrero haya escrito algo que haya llegado a manos de otros y del autor de las *Historias de la conquista del Mayab*.

San Buenaventura fue apresado por los insumisos itzaes en la aldea de Alkin Xunib en 1696 cuando cumplía con su difícil misión evangelizadora en la zona y conoció de cerca no sólo la cultura de este grupo maya sino la de otros más, aparte de que tuvo en sus manos códices indígenas y documentos escritos en español que usó para sus propósitos de cronista y que a la mayoría de ellos dio fuego como hubiera hecho antes que él el fraile Diego de Landa. Por ello sus aportaciones son de gran valor y entre ellas se cuenta la reseña que proporciona sobre los rebeldes itzaes de Tayasal.

El brillante y profundo estudio preliminar del libro que hicieran Solís y Bracamonte abre una brecha incisiva y honda que va poniendo de relieve una nueva visión sobre la fusión de la cultura occidental con la mesoamericana de los siglos de los grandes viajes, y atrae nuestra atención con la enumeración de los fenómenos que el libro del franciscano aporta. Tiene el mérito la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán de haber publicado este estudio seguido del documento. La visión de los autores de la edición, introducción, paleografía y notas de este impresionante texto, como una lasca tirada al río que genera círculos concéntricos en progresión mientras salta varios tramos sobre la superficie, se ahonda a partir de ellos, tocando la instancia de la valiosa escritura de San Buenaventura, pasando por la antigua y legendaria voz del fantasma del naufrago Guerrero, hasta llegar a las plazas antiguas de las ciudades mayas, donde los sacerdotes, caciques y ciudadanos del común opinan sobre la llegada de los castellanos.

Son muchas las aportaciones de este documento, las mismas que enlistan sus estudiosos. El ritual del matrimonio, del cual hicimos un extracto con anterioridad, pone de relieve un complejo sistema religioso de cuyo funcionamiento estructural sólo sabíamos su peculiaridad de apertura frente a la presencia, por vía de la guerra o del comercio, de

otras deidades que eran adoptadas con facilidad; pero nada sabíamos de que frente al cristianismo esta religión pudo percibirse de cómo era un medio para obtener la sumisión de los nativos ante la invasión. También dejó en claro cómo el maya era una sola lengua hablada en la península de Yucatán, Guatemala y otras regiones centroamericanas, que fungió como *lingua franca* siglos después de la llegada de los españoles, a pesar de sus variaciones regionales. Fue muy clara también esta fuente al dejar constancia del papel de los *halach uinic* y de las alianzas entre los distintos reinos mayas; del papel de un concejo de ancianos integrado por un grupo de principales; del significado del concepto de esclavitud, y de la relación que los esclavos mantenían con la élite. Abundó en descripciones etnográficas sobre el vestido, la comida, casas, armas, música, instrumentos, la medicina, etc. Reveló rutas comerciales y objetos del comercio, así como el peculiar papel de los comerciantes. La mención de los cuatro grandes señores antepasados fundadores del mundo maya coincide en buena medida con la que se consigna en el *Popol Vuh*, en el *Título de Totonicapan* y en el *Título de Yax*, documentos de mucho prestigio y fiabilidad; establece el nombre de sus consortes, la correspondencia con sus deidades o patronos y la pertenencia de los grupos mayances a cada uno de dichos cuatro señores y dioses; los símbolos y escudos de cada ancestro. La forma de la mención de un “Libro viajero” o “Tira larga” es reveladora de la identidad maya, porque al señalar que era un documento que circulaba por todo el mundo maya enseña la referencia colectiva a un pasado común y por ende a una unidad cultural sorprendente. Dice que esta tira larga llegó a Chetumal y a manos de Gonzalo Guerrero, y el náufrago hace ver la conjugación de los dioses de los señores ancestros con el resto de las deidades. Refiere la procedencia de Kukulcán con dos versiones distintas: una menciona que el dios viene de “las tierras de la laguna” en el año 1100. La otra dice que uno de los cuatro ancestros, Balam Iki, cuando era asediado por “los malos hombres que vivían en la oscuridad” se convertía sucesivamente en águila y en serpiente y que al “perder a su hijo, Balam Iki se murió de tristeza, pero al morir érase una serpiente y queriendo ser águila para tornar a ser hombre, ya no pudo, y aunque le nacieron plumas a la sierpe, así se quedó por siempre”. La serpiente emplumada. Específicamente con plumas de águila. Así fue deificado y se le hizo

representación estatuaria y sacrificios humanos porque habiendo sido gran guerrero, como águila atacaba a sus enemigos sacándoles el corazón. Por último, Gabriela Solís y Pedro Bracamonte aluden al señalamiento que hace el documento de la fecha aciaga del Katún 8 Ahau, en la cual supuestamente los itzaes habrían de aceptar el cristianismo, y las peripecias y embrollos en torno a tal fecha. El fenómeno en torno al papel de esta fecha inspiró a Bracamonte otro libro sobre profecías.⁶

Es inconcebible la “invención pura” de estos datos, sobre todo atribuida a alguien que convivió largamente con los mayas, con los rebeldes itzaes, y que dominaba la lengua maya. ¿Con qué objeto realizaría dicha invención? Pero si esto fuera posible entonces tendríamos con nosotros al gran escritor, único y genial para la época en cuestión, y un gran simulador de novela histórica, capaz de crearla sin utilizar el acervo histórico existente sobre la zona. Hemos visto que la coincidencia de sus datos con otras fuentes impide esta posibilidad.

Abundan las curiosidades en el texto de San Buenaventura. Este autor afirma haber tenido junto a él en el momento de escribir su crónica, un documento de Gonzalo Guerrero escrito en parte en piel de venado y en papel europeo. Que Guerrero afirma que el papel se lo dio directamente Hernán Cortés y el adelantado de Castilla, don Francisco de Montejo. El problema está en que ni en las *Cartas de relación*, ni en la *Verdadera historia* de Bernal Díaz, ni en la *Historia* de Francisco López de Gómara, ni en la *Crónica* de Andrés de Tapia consta tal cosa. En todas éstas se dice que Cortés, desde la isla de Cozumel envía soldados y una carta a Jerónimo de Aguilar y que éste, días más tarde, va a Chetumal a encontrarse con Guerrero para enseñársela. Nunca se habló de ningún fajo de papel para escribir y mucho menos que Cortés se encontrara y hablarla frente a frente con el naufrago.

En el “Preámbulo” que hace San Buenaventura, y que los editores señalan como “Justificación” en el encabezamiento, se lee en efecto la afirmación en una frase más que anfibológica: “trozos de papel que pudo tener de las manos de don Hernando de Cortés o del señor adelantado de Castilla don Francisco de Montejo”. Que “pudo tener” de Cortés o de Montejo.

⁶ Pedro Bracamonte, 2004.

Acerca de que recibiera papeles de mano de Cortés no hay otro testimonio. En cambio Oviedo alude a una negativa de Guerrero a unirse a Montejo, sin precisar que lo hiciera directamente frente a él.

En ese mismo pasaje (que el etnólogo Molina refirió en entrevista, como vimos y que tiene sospecha de los orígenes no cristianos de la familia Guerrero), Oviedo condena y descalifica la actuación de Guerrero que se niega a reintegrarse con los españoles prefiriendo vivir para siempre con los naturales:

Este malaventurado, como se debiera desde su principio aver criado entre vaxa e vil gente, é no bien enseñado ni dotrínado en las cosas de nuestra sancta fée cathólica, ó por ventura (como se debe sospechar), él sería de ruin casta é sospechosa á la mesma religión chripstiana.⁷

Enseñado e “dotrínado” entre gente no cristiana, no puede aludir a otra que no fuera mora o judía, las únicas presencias culturales distintas en esa época y en esas latitudes de la península ibérica. Es una alusión, ésta de Oviedo, que tampoco se encuentra en ninguna otra fuente, incluida la de San Buenaventura. Lo único que podría dar pie a una investigación del género y pendiente de hacerse, es que fray Joseph refiere que los padres de Guerrero eran don Juan de Guerrero y doña Rosario de Bahamonde, apellido este último poco castizo es cierto, tan poco como el de fray Bernardino de Sahagún. Pero agrega que tanto don Juan como doña Rosario eran descendientes de hidalgos.

La obra de San Buenaventura, si en efecto fuera trucada así, como fundada en un documento escrito por Gonzalo Guerrero, podría ser que tuviera el fin de librar la responsabilidad de criticar abiertamente a la Inquisición, poniendo en labios de otro, ya reconocido y aceptado como un traidor entre los conquistadores, y aún más, dudoso de su prosapia castiza, para poderse expresar como miembro de una orden acusada de dar malos tratos a los indios y de no haber podido cristianizar hasta esos tiempos de finales del XVII a los reductos itzaes atrincherados en lejanos reinos del sureste de la península.

⁷ Gonzalo Oviedo y Valdés, 1851-1855, vol. 3, lib. XXXII, cap. 3. Véase Gabriela Solís y Pedro Bracamonte, 1994, p. 157, núm. 38.

Pero esta estrategema narrativa y política no tiene por qué invalidar la veracidad de los datos expuestos. Y a lo sumo busca un intertexto que exima al autor de su responsabilidad.

A resultado de este sofisticado plan, encontramos en San Buenaventura a un autor de corte y tendencia abiertamente criolla, como habría de ser después y en sesgo clásico la obra de Francisco Javier Clavijero. Por ello el libro *Historias de la conquista del Mayab* no se publicó sino 269 años más tarde de haber sido escrito.

Contra la opinión consensuada en el mundo español de que el náufrago Gonzalo Guerrero fue un apóstata y un traidor, el libro de Buenaventura dio pie por primera vez a una apreciación distinta, simultáneamente desde la perspectiva indígena, criolla y, por fin, etnohistórica, antropológica y veraz. Y el célebre náufrago, lejos de ser un traidor es el creador del arquetipo de una relación distinta a la del conquistador-evangelizador. Él se integró con la cultura indígena y creó lo que después habría de ser la constante principal de México: el mestizaje y la posibilidad de la autodeterminación como un complejo nacional nuevo y a futuro.

FERNANDO SAVATER

Este autor español contemporáneo nuestro, antípoda en el tiempo del franciscano misionero entre los itzaes, vino a dar, por vía de su formación filosófica, al tema del náufrago, su compatriota que estuvo avecindado entre los antiguos mayas desde 1511. Vino a dar, por una preocupación honda aunque secundaria a sus intereses de base, en modo bizarro y audaz, a esta vieja temática tiburonera. Un capítulo de un libro suyo⁸ recibió título (con afán paródico del clásico de Bernal Díaz del Castillo) de “La verdadera historia de Gonzalo Guerrero”, aunque no hubiera en Savater un enemigo que se le adelantara en el tema y a quien quisiese desmentir. Pero en su escrito ataca con ingenio posmoderno y liberalidad el problema del naufragio de 1511. Con alarde de notable independencia intelectual compara entre Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar

⁸ Fernando Savater, 1998.

dos concepciones del mundo, una que sería *privada*, la del primero, que se niega a regresar con los españoles cuando lo llaman, arguyendo que tiene esposa e hijos, y la otra, la de Aguilar, que sería de carácter *público*. Guerrero habría reaccionado como cualquier ciudadano moderno que teniendo ventajoso trabajo en otra empresa y en otra ciudad se niega a regresar a trabajar a su tierra cuando es llamado. Y así la visión privada de Guerrero se asemejaría a la de cualquier ciudadano moderno.

Pero dado el contexto donde se restriega la observación en tales términos, resultaría que lo *público* son los intereses cristianos de los conquistadores, mientras que lo *privado* quedaría circunscrito al ámbito del converso que se inserta en la cultura maya. Público es el interés occidental; privado es el desplante de integración con los indígenas, después de una negativa a sus compatriotas. Esta privacidad es moderna, y así lo meramente público, en una extrapolación mecánica pero limitada a los factores en juego, sería arcaico u obsoleto. En las coordenadas de esta visión se intuye prevención hacia los nacionalismos, si no es que una específica proclividad a observar como conveniente la disolución fronteriza. Y así la modernidad de la actitud del naufrago, aunque fuera en contra de los intereses no sólo nacionales sino civilizatorios, a juicio de determinado paradigma de observación sería más justa que la actitud de Aguilar. Un modo anfibológico de reprobar la Conquista, fundado en una actitud de aparente desprecio por la vieja polémica, perennemente incómoda para cualquier perspectiva de tipo moral. ¿Qué habría sido lo privado para los españoles de aquella época y lo público para los mayas?

Savater atiende a la observación de Tzvetan Todorov de que el éxito de Cortés se fundó en un flexible dominio de las comunicaciones, empezando por el uso del conocimiento de Aguilar sobre la lengua maya. Y así, una vez más, reflexiona Savater, el destino de grandes instituciones y de millones de personas fue decidido por incidentes menores, “como una disputa intestina entre ambiciosos, una tormenta marina y la terca capacidad de supervivencia de un solo personaje, en sí mismo quizá nada grandioso”.

El haber tenido Cortés un traductor del maya que hubiera naufragado años atrás no es un incidente menor sino una coincidencia mayor. Haber sobrevivido Aguilar, solo, en una aldea maya, como esclavo y candidato constante al sacrificio, sí es grandioso, tanto como que Cortés

haya sobrevivido y logrado alianza con totonacos, tlaxcaltecas, cholultecas, tlahuicas, xochimilcas, chalcas y otros, para someter al imperio mexica. Nada de esto son incidentes menores.

Es cierto que Bernal señala que “Guerrero fue el inventor de que diesen la guerra que nos dieron”. Pero esto tiene validez exclusivamente para la península de Yucatán y habría que cambiar el adjetivo de *inventor* por los verbos *influir* y *ayudar*: Guerrero no determinó que los mayas opusieran resistencia a los españoles. Observando la evangelización y el destino de otros reinos indígenas por donde pasaban los españoles se organizaba la resistencia. En Centla, donde ocurrió la primera batalla en forma entre indígenas y castellanos, con saldo de unos mil indígenas muertos, nada tuvo qué ver la actitud de Guerrero. En Veracruz entró en juego la alianza estratégica del cacique totonaco Cuauhtlaebana con Cortés para quitarse el yugo mexica. A partir de allí, no cesó la guerra contra Cortés y su hueste, pero ésta ya incluía millares de aliados. El hecho de que la conquista de los mayas fuera la más tardía obedece a otras razones: la primera fue el desinterés de los conquistadores por la ausencia del oro en la zona; la segunda, que los reinos mayas no tenían una organización vertical del poder culminada por un emperador, por eso el difícil sometimiento de un pequeño reino dejaba intacto un conjunto mayor de éstos, dispuestos a guerrear cada vez. No es verdad entonces que “cuantos intenten dominar Yucatán han de saber [...] que lo primero es conseguir el apoyo de Guerrero o destruirlo para que no siga dificultando su tarea”, como aseguró Bernal. A los españoles, estupefactos frente al mundo maya, les irritó sobremanera la actitud del coterráneo acomodado entre los estratos altos del reino de Chetumal. Guerrero murió hacia 1536. El sometimiento de los mayas del sur de la península ocurrió más de un siglo después.

En una apreciación de suyo riesgosa sobre aspectos de la cultura maya, Savater trae a colación una vieja afirmación y así asienta que la astronomía maya era más bien astrología. Era ambas cosas, como en todas partes. Que para ellos “los cuerpos celestes determinaban férreamente todos los incidentes de las vidas humanas”.⁹ Si esto fuera posible sería

⁹ Fernando Savater, 1998, p. 154.

prodigioso. Krickeberg¹⁰ y otros ya habían hecho esta metafórica y totalitaria observación. No; los mayas, como otros pueblos mesoamericanos, tenían una visión naturalmente limitada sobre el cosmos, una coartada hipotética; con ella guiaban sus deducciones calendáricas, arquitectónicas y teológicas, a más de algunas extensiones de otro orden; pero eso está muy lejos de que los cuerpos celestes determinaran “férreamente todos los incidentes de las vidas humanas”. ¿Cómo?

Volviendo a la vida de Guerrero, dice Savater que “es muy probable [...] que asistiese a más de un sacrificio humano y también que participe para no desentonar en banquetes caníbales rituales”.¹¹

Savater frente a sus fuentes subrayó sin querer un hecho de gran importancia para la afirmación de fray Joseph de San Buenaventura (que Savater no pudo consultar), de haber tenido en sus manos un escrito de Gonzalo Guerrero: éste sabía escribir, y muy bien. Entonces, según esto, está Guerrero lejos de pertenecer a “vaxa e vil gente y mal enseñado,” como había opinado Oviedo.

Sabía escribir y contesta una carta a Francisco de Montejo en la que dice: “Señor, yo beso las manos de vuestra Merced, y como soy esclavo, no tengo libertad, aunque soy casado e tengo mujer e hijos e me acuerdo de Dios; e vos señor, e los españoles teneis buen amigo en mi”¹²

Savater juzga: “¡El mayor enemigo de los invasores españoles pretendía ofrecerse a éstos como un amigo sincero, casi un hermano extraviado por las circunstancias!”¹³ Pero, aparte de que esto implica seguir considerando a Guerrero traidor y mentiroso, vuelve a relevar otro descubrimiento (lo que implica una posición justa desde la perspectiva del bando español únicamente) involuntario: es con Montejo y no con Cortés con quien el naufrago mantiene un trato directo: acaso el naufrago hubiera recibido del adelantado otras cosas a más de cartas. Desde luego Guerrero estuvo muy lejos de ser “el mayor enemigo de los invasores españoles”, su papel se desempeñó en un escenario muy reducido. Y sí fue un extraviado. Y salvó la vida a duras penas frente al cacique de Chetumal.

¹⁰ Walter Krickeberg, 1985, p. 15 y 1985a, pp. 78 y 165.

¹¹ Fernando Savater, 1998, p. 154.

¹² Véase Fernando Savater, 1998, p. 155.

¹³ *Idem*.

mal, donde primero fue esclavizado y algo después elevado socialmente mediante el matrimonio con Ixpilotzama. Pero tuvo que respetar las reglas del juego para permanecer vivo y no se debe descartar la idea de que en muchas maneras siempre fue un rehén de esa comunidad en medio de la selva. Su adhesión y su conversión profunda a ella fue el precio que tuvo que pagar. Con qué ánimo sobrevivió en esas condiciones es tema de otras disciplinas y éstas deben abocarse a su estudio. Pero su actitud en nada modificó la Conquista española, que hubiera proseguido de la misma manera si el naufrago no hubiera existido. Su posible labor de traductor y de conocedor del mundo indígena fue de inmediato suplida por su compañero Jerónimo de Aguilar. Y el conocimiento y la experiencia sobre la cultura indígena que llegó a asimilar no pasó de la comunidad de Chetumal y algunas otras poblaciones cercanas.

Al margen de los vericuetos de la verdad entera sobre la vida de Guerrero entre los mayas, es obvio que con lo que sabemos hasta hoy, dos grandes cuestiones quedan establecidas a su costa: una, que su actuación es una de las dos formas de relación posibles de los españoles con el mundo mesoamericano, y esta es la de la subsunción en su cultura, la de la identidad con la cultura indígena. Una cuestión arquetípica, por cierto. Y la otra, resultante de la primera, fue la del mestizaje, que dio pie al desarrollo de una entidad mexicana independiente.

La posición de fray Joseph de San Buenaventura y Cartagena de finales del siglo XVII es en más de un sentido opuesta a la de Fernando Savater en nuestros días. Aquélla escrutó al español integrado al mundo indígena sin juzgarlo. Ésta continúa calculando si el naufrago aceptó o no la misión de los conquistadores. Dos versiones efectivamente equidistantes en el tiempo que ha ocupado la aparición de las naves en las costas mayas, la organización de la Nueva España y la discusión de un tema intrincado con muchas incógnitas aún no despejadas.

CONCLUSIONES

La conquista de México empezó por la península de Yucatán. El primer sitio de estadía de los españoles fue la isla de Cozumel y allí se conocieron castellanos, extremeños, andaluces y otros, con los mayas. La primera impresión de los visitantes, por la arquitectura, el vestido y las maneras de los naturales, fue que se enfrentaban a una sociedad superior a la de las Antillas; que no había oro en esta tierra, sino que lo traían de otras partes; que veneraban un símbolo en forma de cruz, pero que eran paganos.

Siete años antes de que Cortés llegara vivieron allí dos naufragos españoles, uno, quizás como se ha dicho en Xamancona, cerca de Isla Mujeres, el otro en Chetumal; así, el mundo maya supo de la cultura hispana antes de que el mundo español supiera mucho de la cultura maya.

La integración de los naufragos al mundo indígena se efectuó en dos formas distintas que resultaron modulares: una, la resistencia en condiciones adversas para inculcar el cristianismo; la otra, en situación de conversión a la religión y cultura locales.

La integración de Gonzalo Guerrero a la cultura maya dio inicio al mestizaje biológico, que imperó después en la mayor parte del continente, pero también al sincretismo sociocultural. Aunque existió el antecendente del propio Cortés, que había tenido una hija con una mujer taína.

Los fundamentos ideológicos, culturales e idiosincrásicos del estado de Quintana Roo, último territorio (junto con Baja California Sur) integrado a la nación con rango estatal, relevan la historia de Gonzalo

Guerrero, y la de los mayas, como los referentes de identidad de mayor importancia. Hacia dichos fundamentos se enfilan la atención y la acción pedagógica de las organizaciones políticas, gubernamentales y académicas, con base en la historiografía creada desde el siglo XVI y en la etnografía y arqueología contemporáneas.

La acción de los naufragos, en vista del rol jugado por cada uno, constituye el primer capítulo de la historia moderna de México.

Guerrero es figura principal y fundacional. Su leyenda fue y vino entre España y México por el relato histórico, por el literario, en la poesía y en el ensayo, por la acre reconvención de las pláticas escondidas o de los chismes palaciegos. Sólo con tal relato es posible comprender la extensión cultural española, su integración profunda con los pueblos indígenas que dio pie a la creación de nuevos sujetos de la historia, de una nueva manera de ver el mundo. Un fenómeno que fue determinante y que ha estado en los orígenes mismos de nuestra literatura y de nuestra historia, en la consideración de Miguel de Cervantes Saavedra que vio la historia de Guerrero en los versos de Francisco de Terrazas; hecho propagado también en la obra de todos los cronistas españoles, criollos e indígenas, hasta la novela y el ensayo filosófico de nacionales y extranjeros de nuestros días.

Guerrero es pionero del proceso que creó en México una vertiente alternativa al craso colonialismo europeo, donde el español y el indígena se involucraron para crear un fenómeno nuevo, tanto social como espiritual. Guerrero representó la otra cara de la invasión, la humana. Él y su consorte legítima son nuestros diáfanos abuelos, inalterables por encima de las diatribas del tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, René y David Bolles, “Cinco textos oraculares mayas”, *Estudios de Cultura Maya*, UNAM, vol. XX, México, 1999.
- AGUILAR, Jerónimo de, en 1529 declaró en el Juicio de Residencia aplicado a Cortés, ser de la edad de 40 años. Véase el documento núm. 100 “Algunas respuestas de Jerónimo de Aguilar del 5 de abril de 1529”, en José Luis Martínez, *Documentos cortesianos II 1526-1545*, sección IV, Fondo de Cultura Económica/UNAM, México, 1994.
- AGUIRRE ROSAS, Mario, *Gonzalo Guerrero padre del mestizaje iberoamericano*, Jus, México, 1975.
- BARJAU, Luis, *La conquista de la Malinche*, Planeta/Conaculta-INAH, México, 2009.
- BAUDEZ, Claude François, “Los dioses mayas, una aparición tardía”, *Arqueología Mexicana*, vol. XV, núm. 88, México, 2007.
- BRACAMONTE, Pedro, *La encarnación de la profecía Canek en Cisteil*, CIE-SAS/Instituto de Cultura de Yucatán/Miguel Ángel Porrúa (Colección Peninsular), México, 2004.
- Cedulario cortesiano*, Beatriz Arteaga Garza y Guadalupe Pérez Sanvicente (comp.), Jus, México, 1949.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, Porrúa, México, 1985.
- CHAMBERLAIN, Robert S., *Conquista y colonización de Yucatán 1517-1550*, pról. de J. Ignacio Rubio Mañé, Porrúa, México, 1982.
- COLÓN, Hernando, *Vida del Almirante D. Cristóbal Colón escrita por su hijo*, FCE, México, 1947.

- CORTÉS, Hernán, *Cartas del famoso conquistador Hernán Cortés*, imprenta de I. Escalante, México, 1870.
- COWIE, Lancelot, “Gonzalo Guerrero, figura histórica y literaria de la Conquista de México”, Centre of Latin America and the Caribbean, Trinidad y Tobago, 2007.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Patria, México, 1983.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Historia de España*, vol. III. Jus, México, 1949.
- _____, *El antiguo régimen: los reyes católicos y los Austrias*, Alfaguara, Madrid, 1973.
- _____, *Historia de España*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, *Colección de documentos para la historia de México*, Porrúa, México, 1980.
- GRANT D., Jones (transcripción y comentario), *El Manuscrito Can Ek*, INAH, México, 1991.
- HERRERA, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, Academia Real de la Historia, Madrid, 1934-1937.
- “Itinerario de la Armada del rey católico a la isla de Yucatán en la India, el año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva. Escrito para su alteza por el capellán mayor de la dicha armada”, en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, Porrúa, México, 1980, tomo I, p.289. Este documento es copia del “Itinerario de Ludovico de Varthema, boloñés [de allí su escritura italiana] en Siria, en la Arabia Desierta y Feliz, en Persia, en la India y en Etiopía”, Venecia, 1522, núm. 8. El original perteneció a Hernando Colón y anotado de su puño está en la Biblioteca de la Santa Iglesia de Sevilla, est. V, tab. 115, núm. 21. Nota de Muñoz al final de la traducción francesa de Ternaux-Compans, “*Voyages, relations et memoires originaux pour servir à l'histoire de la Découverte de l'Amérique*”, tomo X.
- KRICKEBERG, Walter, *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*, FCE, México, 1985.
- _____, *Las antiguas culturas mexicanas*, FCE, México, 1985a.
- LANDA, fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, Porrúa, México, 1989 (Biblioteca Porrúa de Historia, 13).

- LEE MARKS, Richard, *Cortés. El gran aventurero que cambió el destino del México azteca*, Ediciones B, Barcelona, 2005.
- LIZANA, Bernardo de, *Historia de Yucatán. Devocionario de Nuestra Señora de Izmal y conquista espiritual*, Imprenta del Museo Nacional, México, 1893.
- LÓPEZ COGOLLUDO, fray Diego, *Historia de Yucatán*, Talleres Gráficos del Gobierno Constitucional del Estado de Campeche/Comisión de Historia, Campeche, 1954. La edición príncipe de esta obra es de 1688, publicada por Juan García Infanzón en Madrid. En 1842 Justo Sierra la editó en Campeche bajo el sello de la Impresora de José María Peralta.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia de la conquista de México*, Porrúa, México, 1988.
- LÓPEZ RAYÓN, Ignacio, escribió una biografía de Jerónimo de Aguilar supuestamente basada en Herrera y en un manuscrito anónimo titulado *Vida de Cortés*, del Archivo General de la Nación, que José Luis Martínez, quien reproduce la Biografía, declaró que la obra anónima no ha podido ser hallada en el AGN. Sin embargo, la *Vida de Cortés* de autor anónimo sí existe y está traducida del latín, lengua en que fue escrita y publicada por Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, segunda edición facsimilar, Porrúa, tomo I, México, 1980, pp. 309-357. Este documento fue descubierto por Juan Bautista Muñoz en el Archivo de Simancas, Sala de Indias, legajo “Relaciones y papeles tocante á entradas y poblaciones”, el 6 de enero de 1782.
- MARTÍNEZ, José Luis, *Documentos cortesianos I, 1518-1528*, secciones I a III, FCE/UNAM, México, 1993.
- _____, *Hernán Cortés*, FCE/UNAM, México, 1993a.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Libro de las Décadas del Nuevo Mundo*, trad. del latín de Agustín Millares Carlo, Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, 1945.
- MIRALLES OSTOS, Juan, *La Malinche, raíz de México*, Tusquets, México, 2004.
- _____, *Hernán Cortés, inventor de México*, Tusquets, México, 2004.
- New Oxford American Dictionary*, *Oxford American Writer's Thesaurus*, *Diccionario Apple Wikipedia*, s.f.

- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 vols., Tipografía de Gonzalo A. Esteva, México, 1880.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditación del pueblo joven*, Revista de Occidente, Madrid, 1962.
- OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, 4 vols., Real Academia de Historia, Madrid, 1851-1855.
- PÉREZ SUÁREZ, Tomás “Dioses mayas”, *Arqueología Mexicana*, vol. XV, núm. 88, México, 2007.
- Poder Legislativo del Estado de Quintana Roo, *Murales Forma, color e historia de Quintana Roo y Ley*, H. Congreso del Estado, Chetumal, Quintana Roo, 2^a ed., 2005.
- PRESCOTT, William, *Historia de la conquista de México*, anotada por Lucas Alamán, con notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez, pról. notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, Porrúa, México, 2^a. ed., 1976.
- ROJAS, Fernando de, *La Celestina* (1499), edición y notas de Julio Cejador y Fruaca, Ediciones de “La lectura” (Clásicos castellanos), Madrid, 1913.
- ROYALL, Tyler, *El emperador Carlos V*, Editorial Juventud, Barcelona, 1987.
- SAAVEDRA GUZMÁN, Antonio de, *El peregrino indiano*, Madrid, 1599.
- SAN BUENAVENTURA, fray Joseph de, *Historias de la conquista del Mayab 1511-1697*, edición, introducción, paleografía y notas de Gabriela Solís Robleda y Pedro Bracamonte y Sosa, Facultad de Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 1994.
- SAVATER, Fernando, *Despierta y lee*, Alfaguara, México, 1998.
- Vida de Hernán Cortés, fragmento anónimo escrito originalmente en latín, en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, pp. 309 y ss. Juan Bautista Muñoz es el descubridor del documento en 1782, hallado en el Archivo de Simancas, Sala de Indias, legajo “Relaciones y papeles tocante a entradas y poblaciones”. Juan Bautista Muñoz sugiere que el documento puede ser de Calvet de Estrella, “cronista de Indias”. De este cronista hay 20 libros: *De rebus gestis Vaccae Castri*, mss. conservados en el Colegio del Sacro Monte de Granada, 1980.

VILLAGUTIERRE SOTOMAYOR, Juan de, *Historia de la Conquista de la provincia del Itzá*, Condumex, México, 1985.

VIVES, Juan Luis, “Introducción a la sabiduría; Diálogos; Instrucción de la mujer cristiana”, v. *Lexipedia*, Encyclopaedia Britannica Publishers, Inc., Rand McNally & Company, Versailles, Kentucky, 1995-1996.

Náufragos españoles en tierra maya.
Reconstrucción del inicio de la invasión
se terminó de imprimir en agosto de 2011
en los talleres gráficos del Instituto Nacional
de Antropología e Historia.
Producción: Dirección de Publicaciones
de la Coordinación Nacional de Difusión.

En 1511, el expedicionario Diego Nicuesa dirige un viaje hacia Santo Domingo con el fin de entrevistarse con el virrey gobernador de las Antillas; sin embargo, a causa de una tormenta su nave naufraga y los sobrevivientes, veinte marineros, se embarcan en un batel que debido al mal tiempo atraca en las entonces desconocidas costas de Yucatán. De ellos, sólo dos sobrevivirán: un seminarista de Écija de nombre Jerónimo de Aguilar y un marino de Palos llamado Gonzalo Guerrero. El primero vivirá ocho años entre los mayas antes de ser rescatado por Hernán Cortés; el segundo permanecerá para siempre en su nuevo mundo: casado con una mujer maya, tatuado y con el ropaje del lugar; es el iniciador del mestizaje mexicano.

El estudio de la forma en que ambos náufragos se integraron al ámbito indígena se revela en este libro como algo fundamental para mostrar el primer contacto entre dos mundos: por un lado la resistencia en condiciones adversas para inculcar el cristianismo, por el otro la profunda aculturación de un español en el Nuevo Mundo y el inicio del mestizaje biológico que imperaría después en la mayor parte del continente.

A través del análisis de estos personajes, el autor traza también el camino para comprender la repercusión mundial de la conquista española como promotora de la interacción cultural; de la interrelación idiosincrásica y de la configuración de antecedentes para las nuevas naciones.